



MÁSTERES de la UAM

Facultad de Filosofía
y Letras /12-13

Máster de Arqueología
y Patrimonio



**Aproximación al uso
ritual de las cuevas
en la Edad del Hierro**
Susana de Luis Mariño



“Delante de una cueva profunda, en la que se han desplomado las rocas y que se abre en la montaña, el hombre no podrá evitar que su alma palpite, pues se presentará lo divino”

Séneca (*Epist.* IV, 12, 41, 3).

“Tienen, como las mozas del agua también, palacios subterráneos llenos de tesoros (...). El que quiera pedir su auxilio debe hacer una oración. Una vez rezada, la “anjana” se aparece con el carácter que la Virgen suele tener”

J. Caro Baroja, 1985: 41

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	1
2. DOCUMENTACIÓN Y METODOLOGÍA	3
2.1. Elección del territorio	3
2.2. Elección de los yacimientos	4
2.3. Base de datos como documento fundamental.....	7
2.4. Fuentes documentales utilizadas	12
3. LAS CUEVAS RITUALES EN LA EDAD DEL HIERRO: UNA PLURALIDAD DE HISTORIOGRAFÍAS ..	14
3.1. La evolución del estudio de la Edad del Hierro en el Cantábrico Central	15
3.2. El interés por el estudio arqueológico de las cuevas en el Cantábrico Central.....	20
3.3. La religión como objeto de estudio en las sociedades de la Edad del Hierro: el caso del Cantábrico Central.....	25
4. LA CUEVA EN LA MITOLOGÍA POPULAR DEL CANTÁBRICO CENTRAL	31
4.1. <i>Los moros, los gentiles, los romanos, la mora: “los paganos”</i>	31
4.2. Los seres mitológicos o <i>númenes</i> que habitan en cuevas.....	33
4.3 Otro tipo de leyendas.....	39
4.4 La Cristianización de las cuevas	39
5. CULTO Y RITUAL DURANTE LA EDAD DEL HIERRO EN EL CANTÁBRICO CENTRAL: ANÁLISIS DE LOS DATOS	43
5.1. La cueva como lugar ritual.....	43
5.1.1. La cueva como lugar de culto y ritual: significado religioso	43
5.1.2. Evolución del fenómeno ritual en cuevas y estado de la cuestión	46
5.1.3. Características formales de las cuevas estudiadas	51
5.1.4. Lugar de los hallazgos	55
5.2. EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS EN EL INTERIOR DE LAS CUEVAS	57
5.2.1. Análisis general: proporción de hallazgos	57
5.2.2. Tipos de ofrendas y oferentes: el sentido de la demanda y del don divino.....	59
5.2.3. Cuevas con restos humanos: uso funerario, sacrificios humanos y rituales de paso.	62
5.2.4. Cuevas con restos de fauna: el sacrificio y el banquete como forma ritual.....	70
5.2.5. Rituales con fuego: hogares, carbones y evidencias del uso de fuego en materiales.	72
5.2.6. Cuevas con depósito u ofrendas: depósitos con recipientes, etc.....	74
6. CONCLUSIONES	89
7. BIBLIOGRAFÍA.....	93

1. INTRODUCCIÓN

Este trabajo de investigación pretende constituir una aproximación al estudio del uso ritual de las cuevas naturales durante la Edad del Hierro en el norte de la Península Ibérica, concretamente en la zona del Cantábrico central. El término *aproximación* hace referencia a un primer estudio del fenómeno ritual en cuevas que debe ser completado con investigaciones posteriores, sobre todo, de revisión de materiales arqueológicos. Tanto el estudio de las cuevas como de los yacimientos de la Protohistoria en el norte peninsular han sido realizados generalmente siguiendo los límites de las provinciales actuales. En este trabajo se elige un amplio territorio que engloba varias de estas provincias y que estuvo en contacto durante la Edad del Hierro, por lo que sus yacimientos en cueva pueden mostrar fenómenos religiosos similares.

El análisis se ha realizado apoyándose en una base de datos que contiene toda la información acerca de las cuevas de la provincia mejor estudiada en este sentido (Cantabria) y de los hallazgos localizados en su interior. Los datos aquí incluidos se han completado con otros procedentes del resto del Cantábrico Central con los que se comparan, ya sean estos arqueológicos, epigráficos o procedentes de fuentes escritas, incluyendo un capítulo dedicado a la mitología popular relacionada con las cuevas.

El trabajo de investigación comienza detallando la metodología utilizada (capítulo 2), para continuar con un análisis historiográfico de las disciplinas relacionadas con el tema a tratar: arqueología de la Edad del Hierro, arqueología de las cuevas y estudio de la religión de los pueblos prerromanos en la Península Ibérica (capítulo 3). Seguidamente se ha dedicado un apartado a la mitología popular en el Cantábrico central, puesto que el folklore o la etnología es una de las fuentes que enriquecen el estudio de las religiones (capítulo 4). El análisis detallado de los datos recopilados en la base de datos se elabora en el capítulo 5, en el que se muestran detalles acerca de la cueva como lugar ritual (5.1) y sobre las evidencias arqueológicas halladas en estas cuevas (5.2). Las conclusiones recopilan de manera general las tesis extraídas del análisis realizado (capítulo 6). Finalmente se recoge la bibliografía utilizada (capítulo 7) y se incluyen dos mapas que sitúan en el espacio los enclaves incluidos en la investigación. Esta información se completa con los archivos digitales de Anexo (del 1 al 5) y con la versión en PDF de las tablas de cuevas (tabla 1) y hallazgos (tabla 2) de la base de datos.

El resultado ha sido la elaboración de un estudio realizado desde el enfoque de la religión de la Edad del Hierro que defiende el uso ritual de las cuevas en este territorio, siendo el tipo de enclave ritual mejor conocido en la actualidad para las sociedades de la zona. Para ello se han reunido los datos actualizados acerca del *corpus* de cuevas que con seguridad se adscriben a la Edad del Hierro, incluyendo también algunas que pueden corresponder a esta cronología (que se han denominado “dudosas”), así como algunas cuevas con evidencias romanas que pueden evocar prácticas prerromanas.

Además, el análisis de los hallazgos en cueva ha permitido descartar algunos materiales adscritos anteriormente a la Edad del Hierro, o determinar su naturaleza o función. Se propone así un sentido ritual y específico para cada tipo de evidencia arqueológica hallada en estas cuevas, con una lógica simbólica asociada que se especifica en su análisis.

Este trabajo no podría haber sido posible sin la ayuda, el apoyo y la confianza que muchas personas me han prestado durante su realización. En primer lugar agradezco a Jesús F. Torres (Kechu) toda la formación que me ha proporcionado al formar parte de su equipo desde mi segundo año de carrera y el haberme mostrado el maravilloso mundo de los *oppida* y la Edad del Hierro en el norte de la Península Ibérica. También a todos y cada uno de los que forman parte del equipo “Monte Bernorio en su entorno” y del IMBEAC, que me enseñaron y enseñan que otra manera de hacer arqueología es posible, y que me ayudaron a no abandonar esta vocación a pesar de las adversidades. Gracias a todos aquellos investigadores por los que en la actualidad puedo realizar este trabajo, que conocen tan de cerca las profundidades de la tierra y su espiritualidad, en especial a E. Muñoz, P. Smith, A. Serna y V. Fernández, que me proporcionaron todo lo que estuvo en su mano para que esta investigación fuera fructífera. También a Tere que, junto con Virgilio, me acogió como parte de su familia durante mi trabajo de campo y me proporcionaron una de las mejores experiencias de mi vida. También a L. Berrocal, que desde que mostré interés por la Edad del Hierro me dio la oportunidad de trabajar con él. Gracias a Begoña y Julián, que no podrían haberme ayudado con los problemas informáticos si no comprendieran lo mucho que significa para mí hacer un buen trabajo. A mis padres, que siempre apoyaron mis decisiones y conocen mi vocación mejor que nadie, por lo que me proporcionaron la educación que me permitió alcanzarla, sin la cual nada de esto hubiera sido posible. Y a Julio, porque sin su paciencia, apoyo y amor no podría haber llevado a cabo esta empresa y disfrutar de ella. Por último, agradecer a todos aquellos y todo aquello que directa o indirectamente me ayuda a que continúe con mi vocación como arqueóloga e investigadora, así como a que haya desarrollado una especial sensibilidad por los aspectos espirituales y religiosos de la Antigüedad.

2. DOCUMENTACIÓN Y METODOLOGÍA

2.1. Elección del territorio

El territorio escogido para el desarrollo de este trabajo se sitúa en la vertiente cantábrica de la Península Ibérica, más concretamente en su zona central.

La zona o región cantábrica se extiende desde el oriente de la actual Comunidad Autónoma de Galicia, pasando por Asturias y Cantabria hasta llegar al País Vasco y Navarra, incluyendo también el piedemonte de Castilla y León (correspondiente a la zona septentrional de las provincias de León, Palencia y Burgos). Este área conforma una unidad geográfica configurada por su relación climática, muy vinculada al océano Atlántico y mar Cantábrico, y por una orografía abrupta que cuenta con la Cordillera Cantábrica como formación montañosa que divide la zona entre el Sotomonte interior y la vertiente litoral o piedemonte¹. Prueba de que esta vasta región se conformó también en época prerromana como una unidad geográfico-cultural es el testimonio de Estrabón que denomina como “montañeses” a “*los que jalonan el flanco norte de iberia: calaicos, astures y cántabros hasta llegar a los vascones y el Pirene, pues el modo de vida de todos ellos es semejante*” (III, 3, 7).

La zona central de esta región cantábrica se caracteriza por contar con un importante sistema kárstico que abarca principalmente la actual Comunidad Autónoma de Cantabria junto con parte de la zona oriental de Asturias, zona occidental del País Vasco y norte de Burgos. Los principales sistemas kársticos de esta zona los conforman los del núcleo apcense Miera-Asón-Gándara (Cantabria), el complejo urgoniano que determina el relieve y la fisonomía de la comarca costera entre Ruiloba- Udías y la Peña Cabarga y entre el Portillo de Lunada, el área de ramales y el mar (Cantabria), el arco jurásico Rionansa-Campoo-Buelna (Cantabria), el macizo carbonífero de Picos de Europa que se extiende por la Sierra de Peñarrubia, Lamasón, Escudo de Cabuérniga y Dobra (Asturias, Cantabria, León) así como el cretácico de Rasines-Carranza-Trusíos (Cantabria-País Vasco). También pueden añadirse los existentes en Sierra Salvada (Álava-Burgos, Vizcaya), Sierra de Gorbeia-Itxina (Vizcaya, Álava), Peña Ubiña-Peña Rueda (Asturias) y el karst de Teverga (Asturias)². Es de destacar que un tercio del paisaje cántabro corresponde a sistema kárstico³, y que de las 10.000 cavidades conocidas en España, 7.000 se encuentran en esta Comunidad Autónoma. Por este motivo las investigaciones científicas en relación al estudio de las cavidades y de sus yacimientos arqueológicos se han visto ampliamente desarrolladas en esta Comunidad motivando, además, su estudio en las aledañas. Por esta razón, las cuevas incluidas en la base de datos pertenecen a Cantabria, teniendo en cuenta que la información extraída se comparará y completará con la referente a otras del Cantábrico Central.

¹ Torres, 2011:21.

² Fernández, 1984:12; Punch, 1998:16-17; León, 1997:720.

³ Fernández, 1984:14.

2.2. Elección de los yacimientos

Las cuevas con evidencias de la Edad del Hierro en el Cantábrico central son escasas si las comparamos con aquellas que poseen evidencias de otras cronologías como las paleolíticas, que han eclipsado muchas veces la investigación de otras épocas. Además, unas zonas han contado con mayor número de investigaciones científicas que otras. Por ejemplo, la investigación ha sido más intensiva en la actual Comunidad Autónoma de Cantabria que en Asturias o en el País Vasco; del mismo modo en la misma Cantabria hay zonas que han sido intensamente estudiadas (como los valles del Miera y el Asón) en detrimento de otras.

Por estas razones, las cuevas seleccionadas para formar parte del estudio de la base de datos proceden en su totalidad de la actual Comunidad Autónoma de Cantabria. En una publicación reciente acerca de las cuevas con evidencias de la Edad del Hierro en este territorio se indica que el número de cuevas con estas características asciende a 137⁴. No obstante, en esta cifra se incluyen también aquellas de cronología dudosa (que podrían ser de la Edad del Bronce, romana e incluso medievales) y algunas en las que se han producido hallazgos aislados. Por este motivo no se ha querido incluir en la base de datos toda la información relativa a las 137 cuevas y se han establecido varios criterios selectivos por los que se incluyen un total de 69 cuevas. Estos criterios son:

- En primer lugar, se han descartado aquellas cuevas cuyos materiales no eran atribuibles cronológicamente a la Edad del Hierro. En este sentido se han eliminado todas aquellas pertenecientes a los horizontes cronológicos más cercanos como la Edad del Bronce y el Imperio Romano. En cuanto a la Edad del Bronce, son muchas las cuevas pertenecientes a esta cronología y en numerosos casos han sido confundidas con lugares del Hierro por el parecido de sus materiales cerámicos. Las romanas (como por ejemplo la cueva del Nidral, del Esquileu, de Ciloña, de la Campanuca...etc.) plantean una clasificación complicada ya que sus materiales aparecen junto a los indígenas y muchas veces son similares. Sabemos que la romanización fue relativamente poco profunda en grandes áreas del Cantábrico, lo que hizo que los cultos y rituales indígenas no variaran sustancialmente y que, por lo tanto, no habría porqué excluirlas del estudio. No obstante se ha optado por la inclusión única de las cuevas pertenecientes a la Edad del Hierro para dotar de una mayor coherencia a los datos religiosos pertenecientes a una misma cronología. Hay que indicar que existen cuevas cuyos materiales han sido interpretados por unos autores como propios de la Edad del Hierro, mientras que otros le han otorgado una cronología diferente (normalmente de la Edad del Bronce, época romana o de la tardo-antigüedad). En estos casos se indicarán las diferentes hipótesis. De todos modos hay que saber que hasta que no se realicen estudios pormenorizados de los materiales así como análisis cronológicos para determinados hallazgos (sobre todo el material óseo y la cerámica) no podrá asegurarse su atribución cronológica.

⁴ Smith y Muñoz, 2010:678.

- En segundo lugar, no se han incluido las cuevas con arte “esquemático-abstracto” o de “pinturas negras” que se extienden por todo el Cantábrico Central, puesto que los últimos estudios les otorgan una cronología muy extendida en el tiempo y más abundante durante el medievo. En este sentido los análisis AMS realizados en la Cueva de Covalanas sitúan las pinturas entre el siglo IX (fecha que coincide con la Cueva del Mirón) y el siglo XII (que coincide con el tesoro de monedas de la Cueva de Ambascovas), aunque hay evidencias a lo largo de toda la Edad Media (desde el siglo VIII hasta el XIV) como en Calero II, Portillo del Arenal, Coburruyo, Cueva Roja, Las Palomas y Arco A. No obstante también hay dataciones para el Paleolítico (Cueva de Altamira), Neolítico y Calcolítico (Cueva de Ojo Guareña en Burgos), Edad del Bronce (Cullalvera) y Edad Contemporánea (Cova Negra)⁵. Con anterioridad se planteó la hipótesis de que estas pinturas pertenecieran a la Edad del Hierro estando además relacionadas con los materiales de esta cronología y en relación con un ritual sepulcral⁶. Sin embargo esta tesis va perdiendo peso debido a los recientes análisis cronológicos que no parecen situar a las pinturas negras en este momento⁷, aunque algunos autores piensen que las pinturas pudieran tener un origen en el Hierro II⁸. Si bien es verdad que las manifestaciones más tardías han sido interpretadas como evidencias de un culto anterior que ha perdido todo significado, y que podrían aportar información sobre las creencias prerromanas⁹, se ha preferido aislar este fenómeno que debe avanzar en sus estudios.
- En tercer lugar, se han incluido aquellas cuevas cuyos materiales son atribuibles sin ninguna duda a la Edad del Hierro, aunque alguno de estos sean escasos o se hallen aislados. La lista de estas cuevas ha sido extraída de una de las más recientes publicaciones elaborada por expertos sobre el tema, completadas con sus comunicaciones personales¹⁰. En este sentido se incluyen de Hoyo de los Herreros, Gurugú II, Callejonda, Cudón, Carabias, Calero II, Las Cubrizas, La Graciosa I, La Graciosa II, Lamadrid, El Covarón, Cofresnedo, Barandas, Delante de la Cueva o del Masío, Coventosa, La Raposa, La Tobalina, Cigudal, Sotarraña o de las Regadas, La Palenciana, La Puntida, Arín, Los Castros II, Ruchano, Saúco o del Chile, Covarona, Cobrante, La Llosa o la Arena, Falso Escalón, Fresca, Aguila o Peña Sota III, Agua o del Molino, La Cuquisera o La Codisera, La Brazada, Aspío, Grande o de los Corrales, Puyo, de Reyes, de Covará, Torca de la lanza, Cofiar o Los Trillos, Las Cáscaras, del Mapa o Angelita, Los Santos, Covarrubias, Salto del Cabrito y Cuatribu. Todas ellas hacen un total de 47 cuevas. Se identifican con un punto rojo en el mapa 1 que se encuentra como anexo al final del trabajo (también en fig.1).

⁵ García y González, 2003.

⁶ Muñoz *et alii*, 1992 ; Morlote *et alii*, 1996; Muñoz *et alii*, 1996b.

⁷ García y González, 2003; Gómez, 2003: 219.

⁸ Gómez, 2003:221.

⁹ Smith, 1998:196; Gómez, 2003:221.

¹⁰ Smith y Muñoz, 2010:679; Muñoz, comunicación personal.

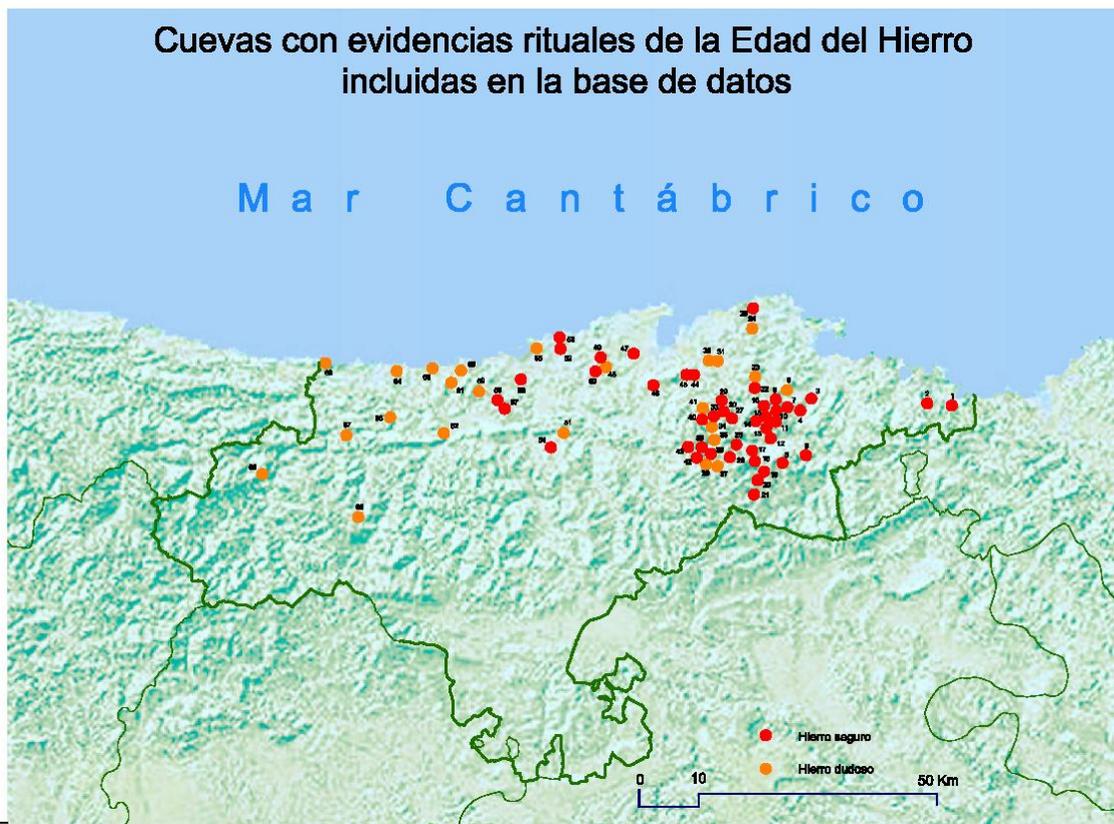


Figura 1. Mapa de dispersión de yacimientos incluidos en la base de datos. Se incluye en formato desplegable al final del trabajo.

- Se han incluido aquellas cuevas relevantes arqueológicamente, bien porque estén bastante documentadas, bien porque sus hallazgos sean relevantes desde un punto de vista ritual. No obstante, estas cuevas necesitan una revisión de sus materiales puesto que se duda de su adscripción cronológica a la Edad del Hierro. Estas son El Linar, Las Monedas, Portillo del Arenal, Riocueva, Riocueva II, Los Moros, Cantal, Cueva Mora, Cueto o Lanzal, La Cuvona, Tío Marcelino, Barcenal II, El Portillo IV, Cueto Ruvale, La Frontal, La Tejera o Las Brujas, Maciu, Acebo, La Hazuca, La Llusa, Villejas II y Las Cabras o La Bona. Todas ellas hacen un total de 22 cuevas. Se trata de las cuevas de punto naranja del Mapa 1, que se encuentra como anexo al final del trabajo (también fig. 1).

El estudio ritual del uso de las cuevas se completará comparando los resultados del estudio concreto de este *corpus* de 69 cuevas con otras del cantábrico central, que son las indicadas en el Mapa 2. Estas cuevas pueden ser con seguridad adscritas a la Edad del Hierro (punto rojo) o dudosas (punto naranja). Además de hará referencia a ejemplos extrapeninsulares en casos puntuales. En algunos casos se han incluido cuevas de cronología romana (punto morado del mapa 2), pero sólo en aquellos donde las evidencias pueden evocar una continuidad de la práctica cultural prerromana.

2.3. Base de datos como documento fundamental

La base de datos es una herramienta práctica que permite gestionar una gran cantidad de información otorgando un gran detalle a cada uno sus registros y permitiendo crear relaciones entre variables. Como en este trabajo se necesitaba tratar con una gran cantidad de datos, se optó por la creación de una base que incluyera tanto las cuevas principales de estudio como los hallazgos encontrados en cada una de ellas, cometido para el cual se elige trabajar con el programa Access. La función organizativa que cumple la base de datos se completa con un sencillo análisis descriptivo realizado con el programa SAS 9.3, para el cual se cruzaron las tablas y se elaboraron las frecuencias absolutas de distintos atributos, agrupando las variables que interesaban.

La base de datos consta de dos tablas: una dedicada a recopilar toda la información sobre cada cueva seleccionada (*tabla 1*) y otra sobre cada hallazgo encontrado en la cueva (*tabla 2*). Cada tabla es capaz de elaborar fichas individuales de cada dato introducido, por lo que la *tabla 1* contará con tantas fichas como cuevas haya (en este caso 69), y la *tabla 2* contará con tantas fichas como hallazgos encontrados en el total de cuevas (875). Ambas tablas están relacionadas de tal manera que la ficha de una cueva expone todos aquellos materiales incluidos en la *tabla 2* que se hayan encontrado en su interior. De esta manera se obtiene una visión rápida de la cantidad de material arqueológico que posee la gruta con la simple consulta de su ficha.

- *Tabla 1: Cuevas*

Ya se ha explicado con antelación los criterios de elección para el *corpus* de cuevas incluidas en la base de datos. A continuación se describirán entonces los campos escogidos para el estudio de estas cuevas, que pueden dividirse en tres grupos: en primer lugar aquellos que hacen referencia a la localización geográfica y a las condiciones físicas, en segundo lugar los que incluyen tanto información descriptiva de la morfología de la gruta como de su interés arqueológico, y un tercer lugar aquel que recopila datos fundamentalmente arqueológicos referidos al yacimiento en sí.

En lo referente al primer grupo, uno de los datos más necesarios es un *ID*, un número, que haga posible la identificación única de la cueva, por lo que hay tantos *ID* como cuevas incluidas (69). A continuación se incluye el *nombre de la cavidad*, y puesto que en alguna ocasión son varios se han incluido ambos para ofrecer la mayor información posible (por ejemplo: la cueva del Agua o del Molino, la cueva del Águila o Peña Sota III, del Castro II o de Los Castros II...). Seguidamente se indica la *localidad* en la que se enclava la cueva (por ejemplo: La Busta, Alfoz de Lloredo; Garzón, Solórzano; Calseca, Ruesga...). La *localización exacta* es otro campo importante, refiriéndose al lugar en el paisaje que ocupa, como puede ser en la ladera de un monte, su cima, el fondo de una dolina...etc., precisando todo lo posible. Se ha incluido como dato el *tipo de boca*, clasificándose en pequeña, mediana, amplia o muy amplia, especificando sus medidas cuando es posible e indicando si posee más de una entrada. Junto con el tipo de boca se incluye el desarrollo de la cueva, especificado en metros. Ambos datos pueden aportar información acerca del tipo de

grutas escogidas para la realización de rituales. Por último se indica la presencia o no de *surgencias de agua* en su interior tales como ríos, pequeñas lagunas o ambos, pues a pesar de que el agua sea una constante en los sistemas kársticos, su presencia en cuevas con evidencias rituales puede informar acerca de la naturaleza del culto.

En cuanto al segundo grupo, este ofrece una información que relaciona la morfología de la cueva con su yacimiento. En este sentido la *descripción* incluye todo lo relativo a los datos físicos de la cueva así como en qué parte de la cueva se encuentra el yacimiento. También se incluye un *croquis* de la topografía de la cueva en el que, en muchos casos, se señala el lugar de hallazgo de los materiales arqueológicos. Además se añade, cuando es posible, una fotografía de la *boca/entrada* de la cueva que complementa la información fotográfica de la cueva.

El tercer grupo se centra en el análisis del yacimiento arqueológico de la cueva. Los primeros datos se refieren a la *cronología*, indicando a qué periodo de la Edad del Hierro pertenecen (Hierro I, Hierro II o Edad del Hierro al no poder especificar) y si el yacimiento posee *materiales de otras cronologías* (que normalmente van desde el Paleolítico hasta la Edad Media). A continuación se han incluido valores que sólo pueden ser respondidos con un sistema binario *si/no* que serán de gran ayuda en el momento de hacer filtrados. En este tipo de datos se indica la existencia o no de *arte esquemático-abstracto* en la cueva, de *restos humanos*, de *fauna*, de *hogares*, de *suelo carbonoso* y de si ha sido calificada por algunos autores de “*yacimiento sepulcral*”. Se ha querido incluir también un campo relativo a la *etnología* porque muchas veces nos aporta datos interesantes acerca de tradiciones pasadas que pueden tener un origen remoto y, porque no, en la Edad del Hierro. La historia de la *investigación* en la cueva también tiene cabida, pues puede resultar interesante a la hora de reconstruir la historia de su estudio y conocer la metodología científica llevada a cabo según la época y el equipo.

Para finalizar se incluye la *bibliografía* utilizada para rellenar los campos. No obstante, en algunos casos se ha eliminado la bibliografía relativa a los yacimientos de otras cronologías diferentes a la Edad del Hierro, aunque no en aquellos casos en los que sirviera de ayuda para la descripción de la cueva o a la hora de precisar su localización.

La “*tabla 1 Cuevas*” se incluye en los archivos PDF adjuntos a este trabajo, y un ejemplo de ella se incluye en la figura 2.

- *Tabla 2: Hallazgos*

Esta tabla posee toda la información acerca de cada hallazgo de la Edad del Hierro encontrado en cada cueva de la *tabla 1*. Para seleccionar los hallazgos arqueológicos que iban a formar parte de la base de datos, se ha tenido en cuenta un criterio cronológico, incluyendo únicamente aquellos a los que se les ha atribuido la cronología que aquí interesa. No obstante, y de cara a investigaciones posteriores, es necesaria una revisión exhaustiva de estos materiales y sobre todo de los cerámicos, puesto que existen determinadas formas cerámicas cuya continuidad abarca desde la Edad del

Cuevas de la Edad del Hierro en el Cantábrico Central

Susana de Luis Mariño

TFM Máster UAM

Id Cueva :	<input type="text" value="9"/>	Arte esquemático - abstracto asociado :	<input checked="" type="checkbox"/>
Nombre :	Portillo del Arenal	Restos Humanos :	<input checked="" type="checkbox"/>
Localidad :	Velo (Piélagos)	Uso sepulcral :	<input checked="" type="checkbox"/>
Desarrollo :	<input type="text"/>	Fauna :	<input checked="" type="checkbox"/>
Cronología :	Edad del Hierro	Existencia de suelo carbonoso :	<input checked="" type="checkbox"/>
		Existencia de Hogares :	<input type="checkbox"/>
Localización :	Situada en la ladera de una colina, aunque muy cerca de la cima de una de las colinas que se ubican al oeste de la ermita de San Pantaleón y a unos 200 metros al norte del lugar denominado Portillo del Arenal.		
Descripción :	La boca comunica con una pequeña sima en cuya parte izquierda se abre una galería con gran número de bloques. Este lugar se ha venido denominando "sala sepulcral" para diferenciarla del resto de la cueva, pues aquí han aparecido restos de 16 individuos de distintas cronologías. En el resto de la cavidad se han hallado depósitos y diversas estructuras de difícil fechación. Destaca además el hallazgo de dos esqueletos completos y en posición anatómica de caballos, en el piso inferior, que no han podido ser datados.		
Ríos o lagos internos :	<input type="text"/>	Materiales de la cronología :	Desde el Neolítico pleno a la Alta Edad Media.
Tipo de boca :	Reducida. Difícil localización. Orientada al Sur-Suroeste.		
Observaciones	Una de las ollas de perfil en "s" fue fechada por termoluminiscencia (MAD-670: 1578± 125 BP). Se fechó por C14 AMS un carbón procedente de esta acumulación de ccarbones (1230 ± 40 BP). En la cueva hay más de medio centenar de paneles "esquemático-abstractos", sobre todo en la galería inferior, uno de los cuales fue datado por C14 AMS (1195± 56BP). También se fechó un carbón procedente de una acumulación de carbones (1230 ± 40 BP).		
Datos etnográficos asociados :	<input type="text"/>		
Investigación / Excavaciones :	La primera intervención arqueológica vino de la mano de un equipo del G.E.I.S. C/R en 1995 que se interesó por el arte esquemático-abstracto de la cavidad. Además recogieron materiales superficiales apoyándose en el establecimiento de cuadrículas, tomando también muestras de las manifestaciones rupestre. Posteriormente realizaron análisis de C14 por el método de AMS y Termoluminiscencia.		
Bibliografía :	Morlote et alii, 1996:230; Valle et alii, 1998; Muñoz y Morlote, 2000:265-266; Peralta, 2000:72; Gómez, 2003:224;		

Topografía/Croquis :

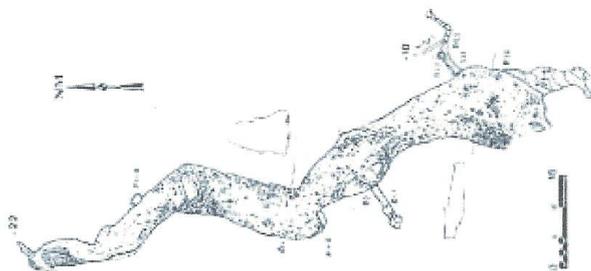


Foto Entrada :



Figura 2: Ejemplo de ficha de la tabla 1 (cuevas), en la que pueden apreciarse todos los campos incluidos. Falta el apartado que incluiría todos los hallazgos localizados en la cavidad

Hallazgos en las cuevas de la Edad de Hierro del Cantábrico Central

Susana de Luis Mariño

TFM Máster UAM

Id Hallazgo:	536	Subtipo 1:	A torno
Nombre Cueva:	Aspio	Subtipo 2:	
Tipo:	Cerámica	Subtipo 3:	
Descripción:	<p>Vasija casi completa y reconstruible en perfil a excepción del labio. Es muy pequeña, realizada con un torno rápido, de pasta de color anaranjado y de sonido metálico. Está muy decantada y tiene desgrasantes finísimos de mica. Por el exterior tiene una capa finísima de engobe. Es de estilo tardo-celtibérico. Tiene el cuerpo globular con base plana recorrida en su perímetro externo por un anillo de solero, biselado por el exterior. La unión de la panza con la base es convexa. El borde es muy vuelto y fino, conservándose sólo el arranque. Presenta una decoración compleja, ya que a las dos líneas incisas paralelas y muy próximas de la parte inferior de la panza, hay que añadir la decoración con pintura de color vinoso desde la mitad superior de la panza hasta la base del cuello, de trazos lineales realizados con un pincel fino. Es una composición formada por una banda metopada horizontal que en el caso de la inferior, tiene otra línea paralela y próxima. En el interior hay cuatro ondulaciones Horizontales, paralelas e irregulares, terminando el motivo de ondas en cuatro líneas oblicuas y paralelas a intervalor, probablemente regulares; todo ello a modo de frisos y metopas. Se puede, aparentemente, seguir el orden de realización de los motivos, siendo los primeros las líneas horizontales que marcan el motivo, los siguientes las ondas y por último las líneas oblicuas verticales. Posee una altura de 100 mm, un diámetro de borde de 72 mm, un diámetro de base de 60 mm, una anchura máxima de panza de 137 mm y un grosor medio de 2-3 mm.</p>		
Localización en la cueva:	<p>Tercer depósito: En un caos de bloques ,a unos 120 metros de la boca. Entre restos de hogares. Todos los materiales se hallaron dispersos por 40 m cuadrados sobre una rampa inclinada junto a la pared izquierda. En un caos de bloques ,a unos 120 metros de la boca. Entre restos de hogares. Todos los materiales se hallaron dispersos por 40 m cuadrados sobre una rampa inclinada junto a la pared izquierda. Esta en concreto se halló entre las grietas que hay a ambos lados del bloque, apareciendo los fragmentos de mayor tamaño en la unión del gran bloque que se halla contiguo al primero, con otros más reducidos. Es muy probable que hubiera sido depositado encima del bloque citado.</p>		
Piezas similares:	<p>Es de estilo tardo-celtibérico.</p>		
Observaciones:			
Bibliografía:	<p>Serna et alii, 1994:376; Peralta, 2000:73.</p>		

Dibujo:

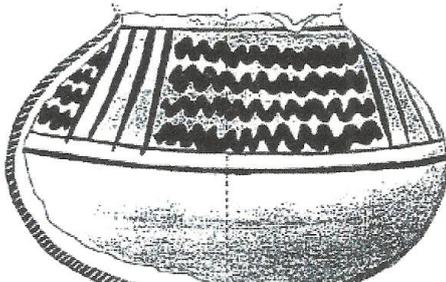


Foto:



Página 610 de 889

Figura 3. Ejemplo de ficha de la tabla 2 (hallazgos) en la que se incluye la información referida a una pieza localizada en uno de los yacimientos incluidos en la tabla 1.

Bronce hasta la Edad Media, siendo muy difícil su adscripción sin la realización de análisis arqueométricos o tipológicos sistemáticos.

En cuanto al número de hallazgos incluidos, se crea un ID por vasija (y no por fragmento), por especie animal cuando ésta se especifica (y no se incluyen únicamente como “fauna”) y si un hallazgo ha sido citado en la bibliografía en plural (por ejemplo “vasijas celtibéricas” o “placas de bronce”) se crean dos ID, entendiendo que este es el número mínimo para la indicación en plural. Se han excluido todos aquellos hallazgos que estén incluidos en la bibliografía pero de los cuales no se posea información acerca de su cronología, pues de esta manera se evitan errores.

Los campos elegidos para gestionar la información de cada caso pueden dividirse en tres grupos: por un lado los referentes a la localización rápida de la pieza, por otro, los relacionados con la descripción y funcionalidad de la misma, y por último, aquellos que informan de su contexto arqueológico.

En cuanto a la rápida localización de la pieza, cada una cuenta con un *ID* que la hace única y con el *nombre de la cueva* a la que pertenecen.

En lo relativo a la descripción y funcionalidad del hallazgo, se han creado varios campos (*Tipo*, *Subtipo1*, *Subtipo2* y *Subtipo3*) que fueran útiles a la hora de la realización de posteriores filtrados.

- El campo *Tipo* responde a un primer criterio selectivo relativo a la materia prima de la pieza, por lo que aparecen: óseo, metal, cerámica, madera, lítico, malacofauna, vidrio/pasta vítrea y estructuras. En cuanto al último campo, esta clasificación se refiere a todas aquellas evidencias arqueológicas inmuebles producidas por el ser humano.
- El campo *subtipo1* supone una primera división de las variables del campo *Tipo* óseo (*fauna*, *restos humanos*), cerámica (*a mano*, *a torno*, *torneta*), metal (*hierro*, *bronce*, *cobre*, *plata*) y lítico (*cuarcita*, *arenisca*, *sílex*, *crystal de roca*) y un material que contenga de manera conjunta *silex* y *crystal de roca*), añadiendo la variable “sin especificar” que se utilizará para varios criterios. Hay que indicar que con respecto a los materiales cerámicos, se ha creado un campo hallazgo para cada unidad cerámica y no por cada fragmento.
- *Subtipo2* pretende precisar más dentro del campo *Subtipo1*. En cuanto a la fauna, se precisa la especie a la que pertenecen los restos óseos hallados encontrando *bóvidos*, *cérvidos*, *suidos*, *cánidos*, *ovicápridos* y *úrsidos*. Se crea un campo o hallazgo para cada especie diferenciada puesto que informa acerca de la presencia de un animal. Además se incluye la variable *asta*, que normalmente se utiliza como enmangue de herramienta. En lo que se refiere a los restos humanos se especifica la edad del individuo (*infantil*, *juvenil*, *adulto*) y si se han hallado restos de cráneo, puesto que la presencia de esta parte del esqueleto es destacable en número en el interior de las cuevas (*cráneo*, *cráneo infantil*, *cráneo juvenil*, *cráneo adulto*). En cuanto a los metales, se indica su tipología diferenciando entre armas (*cuchillo/puñal*, *escudo*, *punta*, *punta de lanza*, *punta de flecha*), adornos (*fíbula*, *placa*, *aguja*, *remache*, *anillo*, *cuenta*) y herramientas (*hacha*, *cuña*, *reja de arado*), añadiendo *moneda*. Entre los

materiales cerámicos se especifica si se trata de *orzas*, *olla de perfil en "s"*, *olla tipo "La Brazada"*, *vasija celtibérica* o *fusayola*. La madera cuenta con las divisiones de peine, recipiente y "*palo*", las estructuras con *muro*, *hoyo*, *cubeta*, *túmulo* y por último el lítico con *molino*.

- El campo *Subtipo3* pretende indagar en la funcionalidad de determinados materiales (*herramienta*, *adorno* y *arma*) o especificar el sexo cuando se trata de restos humanos (*masculino* y *femenino*). La primera clasificación es muy útil a la hora de analizar el tipo de depósito ritual al mismo tiempo que la segunda permite indicar la existencia o no de un patrón de enterramiento/sacrificio según sexos.

Dentro de este segundo grupo se incluye una *descripción* física de la pieza cuya extensión variará según los datos publicados complementada con una indicación acerca de *piezas similares* que puedan servir de referencia. Este apartado se ayuda, cuando es posible, de la *foto* o/y el *dibujo* del hallazgo.

El tercer grupo corresponde a los datos sobre el contexto arqueológico del hallazgo. En este sentido se indica su *localización* exacta en relación a la cueva y en observaciones todo lo que se pueda saber sobre su contexto, desde su asociación a otros materiales, hogares o carbones, hasta si se han realizado análisis arqueométricos de la pieza.

La "tabla 2 Hallazgos" se incluye en los archivos PDF adjuntos a este trabajo, y se incluye una muestra de ella en la figura 3.

2.4. Fuentes documentales utilizadas

Las fuentes documentales utilizadas en este trabajo han sido fundamentalmente bibliográficas, de ahí que lleve por título "aproximación a...". Ha sido mucho lo escrito acerca de yacimientos en cuevas en el cantábrico central, pero escasos los trabajos específicos acerca de la Edad del Hierro¹¹ y ninguno centrado en los elementos rituales hallados en las grutas de esta cronología. Por ello es relevante la importancia y necesidad de este trabajo, para el cual se ha recopilado una enorme cantidad de información bibliográfica. Esta información fue generada sobre todo y de manera continua desde inicios de los años 80, momento en el que se creó la publicación "Boletín Cántabro de Espeleología", en el que se plasmaban todas las actividades e investigaciones de los grupos espeleológicos. Entre sus miembros se hallan arqueólogos e investigadores que dedican una gran parte de su trabajo al estudio de yacimientos en cuevas y cuya labor ha sido crucial para la elaboración de este trabajo. Entre ellos destacan Emilio Muñoz, Peter Smith, Jesús Ruiz, Alis Serna, Virgilio Fernández, Carmen San Miguel, Jose M. Morlote y Ramón Bohigas. Por este motivo son los principales autores sobre los que se ha recopilado gran parte de la bibliografía, los cuales han continuado publicando hasta la actualidad. Además, este trabajo ha contado con la ventaja de poder entrevistar a alguno de ellos personalmente pudiendo tratar este tema con detalle.

¹¹ Smith y Muñoz, 1984 y 2010 ; Serna *et alii*, 1995; Molote *et alii*, 1996 ; Valle *et alii*, 1996.

En cuanto a las fuentes arqueológicas, se pueden denominar como tal muchas de las publicaciones consultadas ya que el grueso de la información obtenida de la bibliografía corresponde a datos arqueológicos. Además el capítulo 5.2 se dedica al análisis de las evidencias arqueológicas halladas en las cuevas de estudio, por lo que esta obra se presenta fundamentalmente como un estudio arqueológico de las evidencias rituales de la Edad del Hierro localizadas en cuevas. No obstante, este trabajo se presenta como una “aproximación” en la que se pretende recopilar la mayor cantidad de información posible sobre la temática para un posterior trabajo de revisión de materiales arqueológicos. Esta revisión es necesaria ya que las adscripciones a una u otra cronología suelen variar según los autores y sería conveniente recopilar a modo de inventario ilustrado todos los materiales de cuevas de la Edad del Hierro.

La documentación cartográfica se ha utilizado en dos casos. El primero, para rellenar el campo de *topografía o croquis* de la *tabla1* de la base de datos, en las cuales se incluye el mapa topográfico de la cavidad cuando éste ha sido publicado. La calidad de dicha topografía varía según el autor, siendo muchas veces un croquis con una pequeña escala y sin medidas muy concretas, aunque en determinados casos la topografía es bastante precisa. El segundo se trata de los mapas elaborados (1 y 2) que incluyen la información acerca de las cuevas estudiadas, uno que especifica los yacimientos incluidos en la base de datos, por lo que se limita a la actual Comunidad Autónoma de Cantabria (mapa 1 y fig. 1), y otro que incluye las cuevas utilizadas en el estudio total, por lo que aparecen representadas las actuales Comunidades Autónomas de Asturias, Cantabria, País Vasco, Navarra y Castilla y León, divididas por provincias (mapa 2). Los mapas han sido descargados de la página web del Instituto Geográfico Nacional, que han sido luego modificados con varios programas. El fondo de relieve ha sido modificado en cuanto a su color con *Adobe Photoshop*, y los que corresponden a las cuevas han sido incluidos desde *Autocad* (versión 8) gracias a las coordenadas exactas de las cuevas o bien incluidas en su localidad. El mapa correspondiente a Cantabria tiene una escala fija de 1:50.000 que puede ampliarse en versión digital, al igual que el mapa del Cantábrico Central, con escala fija de 1:100.000. En los mapas se especifica, como anteriormente hemos comentado, a través de diversas figuras y colores, las cuevas que con seguridad pertenecen a la Edad del Hierro, las dudosas y las de cronología romana que pueden evidenciar la continuidad de prácticas prerromanas en esa cronología.

También se han incluido datos etnográficos relacionados con las cuevas, sobre todo en lo referente a creencias populares sobre las mismas. En este sentido se cuenta con el apoyo de varias monografías y artículos dedicados al folklore y las creencias en el Cantábrico central así como a las creencias sobre cuevas.

Hay algunas alusiones a fuentes epigráficas latinas, tanto en las localizadas en las paredes de alguna cueva a la que se hace referencia (como la cueva del Puente, Burgos), como a la información que ofrecen algunos epígrafes votivos realizados a divinidades indígenas, o algunas decoraciones que acompañan a estos epígrafes.

3. LAS CUEVAS RITUALES EN LA EDAD DEL HIERRO: UNA PLURALIDAD DE HISTORIOGRAFÍAS

Los importantes descubrimientos paleolíticos en el Cantábrico central eclipsaron la investigación sobre otras etapas de la Historia desde el siglo XIX, sobre todo a partir de los hallazgos de Altamira. Los estudios sobre la Edad del Hierro quedaron entonces en un segundo plano, experimentando un impulso imparable fundamentalmente desde los años ochenta. Sin embargo, haciendo un balance de cómo se encuentra hoy el conocimiento sobre la Edad del Hierro en la zona, ciertas cuestiones siguen necesitando estudios en profundidad que rellenen los vacíos existentes. En este sentido, un repaso a la historiografía relacionada pondrá en evidencia que todavía se necesitan análisis específicos acerca de los hábitats costeros, la localización y excavación de pequeños asentamientos o el estudio de los lugares rituales protohistóricos. Con este trabajo se intenta avanzar en este último tema, contribuyendo a la comprensión de los fenómenos rituales que se daban en las cuevas y analizando las cavidades como lugar ritual en este momento cronológico.

Al abordar la historiografía sobre las cuevas como lugar ritual en la Edad del Hierro hay tres líneas de investigación que se complementan y que, por lo tanto, hay que tener en cuenta en su conjunto. La primera sería la relativa al estudio de la Edad del Hierro en el Cantábrico Central, gracias a la cual se ha llegado a conocer numerosos aspectos del modo de vida y de la cultura material de sus pobladores, algo necesario para tratar el tema que aquí se aborda. En segundo lugar se encontraría la historiografía relacionada con el estudio arqueológico de las cuevas, que en la zona está presente oficialmente desde el descubrimiento de Altamira. Los ricos yacimientos Paleolíticos despertaron el interés por la investigación de este tipo de lugares, poniendo de manifiesto que el uso de las cavidades como sitio ritual fue un fenómeno de larga duración histórica. Por último se incluye la historiografía relativa a la investigación de la religión como elemento de estudio para las sociedades de la Edad del Hierro, pues sin este aspecto tendríamos una visión sesgada de la realidad de estos pueblos. Es importante comprender los orígenes de este tipo de estudios, su evolución y su repercusión, tanto para las sociedades prerromanas de la Península Ibérica como para el caso concreto del Cantábrico central.

Es necesario indicar que se hará más hincapié en el territorio de los “cántabros históricos” por varios motivos. En primer lugar porque la mayoría de estudios a los que se va a hacer referencia se han elaborado bien guiándose por una división actual del territorio, bien por la etnia prerromana asociada a dicho territorio. Y en segundo lugar porque los datos de la base de datos pertenecen en su totalidad a cuevas de la actual Comunidad Autónoma de Cantabria, ya que es el territorio mejor estudiado en este sentido, aunque se completen con otros casos del Cantábrico Central.

3.1. La evolución del estudio de la Edad del Hierro en el Cantábrico Central

Tras el interés mostrado hacia los *montañeses* a manos de los autores grecolatinos de la Antigüedad (Estrabón, Plinio, Ptolomeo...), un nuevo despertar sobre el interés por la Edad del Hierro se dará en el siglo XVI. En este momento surgirán polémicas de contenido ideológico y propósitos apologéticos que enfrentaba a agustinos y benedictinos *versus* jesuitas con la corriente “vascocantabrista” (Floirán de Ocampo, Andrés Poza y Ambrosio Morales) y sus contrarios “cantabristas” o “montaña-cantabristas” (como Juan de Castañeda). Los primeros quisieron justificar los fueros y privilegios vascos en el origen de su lengua relacionándolo con la identificación de la antigua Cantabria con el País Vasco. Pero los segundos terminaron por demostrar en 1768 de que los cántabros se situaron en la actual Comunidad Autónoma de Cantabria gracias a la publicación de Fray Enrique Florez de Setién y Huidobro. Su obra llevó por título *La Cantabria. Disertación sobre el sitio y extensión que tuvo en tiempos de los romanos la región de los cántabros, con noticia de las regiones confinantes y de varias poblaciones antiguas* apéndice de su “*España Sagrada*”¹².

En el siglo XIX se produjeron unas primeras excavaciones que poco tenían de científicas, pues su intención era encontrar bellos materiales arqueológicos para nutrir las colecciones privadas. En este sentido se llevaron a cabo intervenciones en los yacimientos de Monte Cildá (Olleros de Pisuegra, Palencia) y Monte Bernorio (Pomar de Valdivia, Palencia) en territorio de los “cántabros históricos”. El Marqués de Comillas puso al frente de las intervenciones a Romualdo Moro, que publicaría las memorias, aunque los materiales y las estructuras serían estudiados en los años 20 por J.Cabré y otros autores como W.Shüle (fig 4.1.), P.M.de Artiñano y R.Navarro¹³.

A principios del siglo XX las excavaciones continúan. En 1906 Shulten interviene en el Cerro de Santa Marina y el Monte Ornedo (Valdeolea, Cantabria) publicando su memoria en 1942. En 1906 hay que destacar la publicación de J. Cabré sobre los materiales procedentes de la Necrópolis de Miraveche (Burgos) que estaban en manos de un coleccionista. Esta necrópolis no será excavada hasta en 1935, momento en el que M. Martínez Burgos y J. L. Monteverde dirigen la intervención, aunque no publicarán su memoria y se perderá toda la información de la campaña¹⁴. La importancia de estas primeras excavaciones y publicaciones radica en que van a dotar a los cántabros prerromanos de una cultura material desconocida hasta entonces que servirá para reconocer posteriormente yacimientos de la Edad del Hierro.

En 1932 P. Bosch Gimpera publica su obra “*Etnología de la Península Ibérica*”, una obra monumental sobre el estudio de los pueblos pre y protohistóricos de la Península

¹² Moure, 1999:18; Valle y Serna, 2003:353; Martínez *et alii*, 2010:24-25.

¹³ Torres, 2011:120.

¹⁴ Torres, 2011:120-121

que se impuso como una de las únicas obras que reunía toda la información recogida hasta el momento. Dedicó además un capítulo a los cántabros de la Edad del Hierro en el que investigó las tribus que lo conformaban, su relación con los pueblos vascos y la arqueología conocida hasta entonces, que calificó de “*posthallstática y con influencias célticas*”¹⁵.

En 1934 nace el Centro de Estudios Montañeses que, a lo largo de 70 años de vida, ha llevado a cabo una gran labor en *pro* de los estudios históricos regionales de Cantabria (entre los que destaca la arqueología) y de recogida y salvación de numerosos archivos, hechos reflejados en la publicación de su revista “Altamira”.

El fin de la Guerra Civil Española supone la reactivación de una investigación arqueológica que quedó en manos de la Diputación Provincial y del Centro de Estudios Montañeses en un contexto de exaltación del sentimiento regionalista.

Los principales investigadores del momento interesados por la Edad del Hierro y la Romanización en Cantabria fueron J. Carballo García, un joven J. González Echegaray y M. A. García Guinea, que contaron con numerosos colaboradores. Todos ellos se vieron influidos por las teorías del momento, por lo que defendieron un discurso sobre las conquistas célticas peninsulares y el vascoiberismo, anexionando a los cántabros y astures las corrientes celtistas gallegas a través de la etnografía comparada franco-española. En este contexto A. Shulten publica “*Cántabros y Astures y su guerra con Roma*” (1943) y se realizan estudios sobre las estelas discoideas gigantes y de localización de evidencias de la Edad del Hierro. No obstante, algunas de los hallazgos identificados como prerromanos (estelas, necrópolis, atalayas...) luego resultaron ser medievales, lo que frenó la proyección exterior de sus teorías. Este fue el caso de J. Carballo ya en los años 50, que confundió castros con lo que realmente eran yacimientos medievales. Por entonces destacaron las sucesivas excavaciones en el yacimiento de *Luliobriga* (Retortillo, Campoo de Enmedio) y las dirigidas por J. San Valero Aparisi en Monte Bernorio en los años 1943, 1944 y posteriormente en 1959¹⁶.

Los años 60 suponen un avance científico en varios aspectos. Por un lado en 1966, J. González Echegaray publica una monografía sobre los cántabros, que supone una ruptura con la línea historiográfica anterior introduciendo una visión moderna de la Arqueología de la Edad del Hierro, cuya reedición sigue considerándose un referente historiográfico¹⁷. Por otro lado, destaca tanto la publicación de las memorias de excavación del castro de Las Rabas (Celada Marlantes) (Fig.4, 2.) como el estudio de cerámica prehistórica de Cantabria a manos de varios miembros del Seminario Sautuola (aunque con ciertos errores en la cronología). Ambas obras ampliaron la colección de materiales conocidos de la Edad del Hierro y demostraron las estrechas

¹⁵ Bosch, 2003:563-571.

¹⁶ Torres, 2011:122; Valle y Serna, 2003:355-354; Martínez *et alii*, 2010:25-26.

¹⁷ González, 2004.

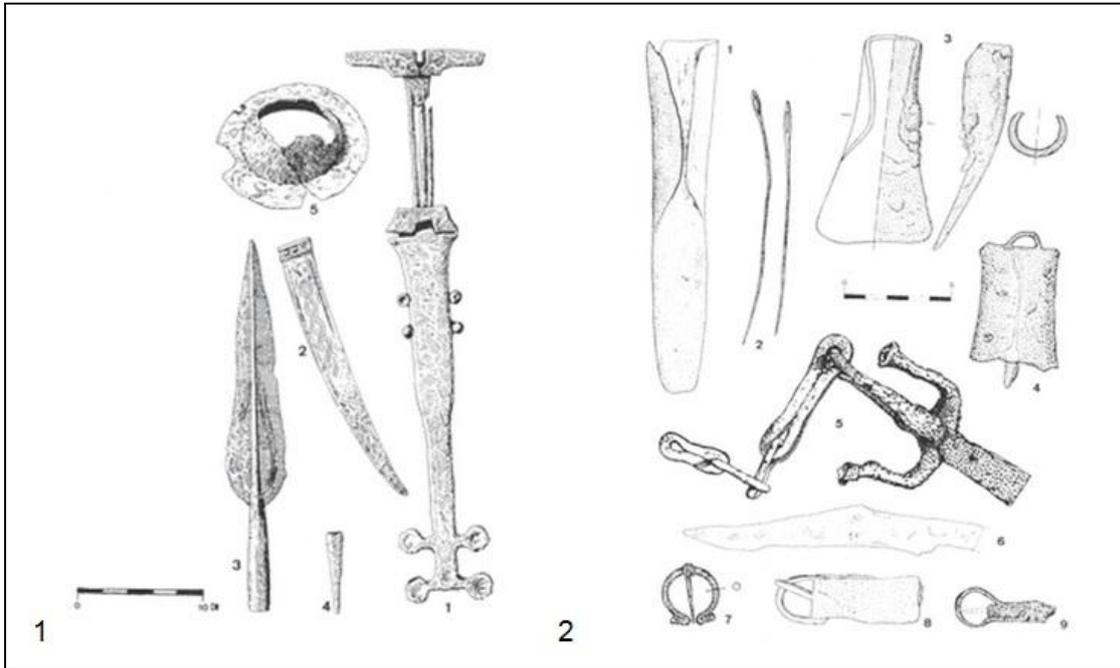


Figura 4. Ejemplo de la escasa cultura material publicada en los años 70. Materiales procedentes de Monte Bernorio (Shüle, 1969) (1) y de Celada Marlantes (Guinea y Rincón, 1970) (2)

vinculaciones entre los materiales hallados en Palencia y los localizados al otro lado de la cordillera¹⁸.

Los años 70 suponen un pequeño declive en los estudios sobre la Edad del Hierro en Cantabria. La revisión de fuentes realizada por R. Bohigas demostró el carácter altomedieval de algunas de las evidencias arqueológicas clasificadas como castros. Esto propició el impulso de los estudios medievales en Cantabria motivado por un equipo del Museo de Prehistoria conformado por E. Van Den Eynde, C. Lamalfa, J. Peñil y los mismos Rincón y Bohigas¹⁹. No obstante, A. Arredondo continuará la labor de localización y catalogación de castros llevada a cabo anteriormente por J. Carballo, encontrando en este momento el castro de La Garma²⁰. Así mismo, el recién fundado Departamento de Prehistoria de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santander, que mostró un mayor interés en el estudio del arte rupestre, indagó también en el fenómeno tumular²¹.

En los años 80 los cambios adoptados en la legislación propician el desarrollo de una arqueología profesional o “de urgencia”, ampliándose considerablemente las excavaciones así como la difusión de sus resultados. Bajo estas premisas se desarrollan las excavaciones de varias necrópolis como la de Villanueva de la Teba-La Cascajera (Burgos) por J. Abásolo y J. C. Elorza en los años 1981-1982, así como la del Pradillo (Pinilla Trasmonte, Burgos) por J. Moreda Blanco y J. Nuño González en 1984 y 1986, que amplían considerablemente el repertorio de objetos metálicos de la

¹⁸ Torres, 2011:122; Morlote *et alii* 1996:200; Ruiz, 1996:24; Smith y Muñoz, 2011: 677; 2003; C.A.E.A.P.,2003:29

¹⁹ Martínez *et alii*, 2010:27

²⁰ Valle y Serna, 2003 :355; Torres, 2011:122-123

²¹ Bermejo *et alii*, 1987:28

Edad del Hierro. Por otro lado a partir de 1986 y durante cinco campañas se excavó el castro de Los Barahones (Valdegama, Palencia). Los resultados de las excavaciones comenzarán a ser publicados por La Consejería de Cultura y Deporte del Gobierno de Cantabria en las monografías “Actuaciones Arqueológicas en Cantabria”²². Estas actuaciones serán recogidas en cartas arqueológicas por ayuntamientos cuando se trate de yacimientos al aire libre, y en el *BCE* cuando se trate de yacimientos en cuevas²³. En cuanto a publicaciones relevantes se encuentra la de R. Bohigas, que elabora el primer artículo monográfico y específico sobre la arqueología de la Edad del Hierro en el que hace una síntesis de la información obtenida hasta el momento. En ella destaca su estudio sobre los materiales hallados en castros y cuevas²⁴. También el libro de A. López Fraile donde incluía toda una serie de castros concentrados en la zona del Campoo como resultado de su trabajo de campo²⁵.

En los años 90 aumentan las excavaciones en castros, así como las prospecciones, abarcando ya no sólo la Comunidad Autónoma de Cantabria si no el supuesto territorio de los cántabros, que incluiría parte de Asturias, Burgos, León y Palencia. Se excavan varios castros del interior como el Fontibre- Argüeso (Campo de Suso, Cantabria), en 1990, 1991 y 1997, y el de Peña Sásamo (Castro Urdiales), y otros costeros como el de La Garma (Omoño, Ribamontán, Cantabria), desde 1996 hasta 2006, y el de Castilnegro (Medio Cudeyo-Liérganes, Cantabria), entre 1997 y 2005. Estas intervenciones permiten ampliar la información acerca de la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro, así como demostrar el surgimiento de castros tanto en el interior como en ámbito costero que tendrán también relación con los núcleos situados al otro lado de la cordillera²⁶.

En cuanto a las publicaciones, destacan varias obras. Por un lado, las *Actas de la Primera Reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria* (1995) que se centra en la arqueología del poblamiento, la cultura material y los aspectos funerarios, artísticos y lingüísticos. Esta obra sobresale por ser un compendio de diversos estudios arqueológicos llevados a cabo en el área cántabra que muestra la gran complejidad cultural que existía en la Edad del Hierro, más allá de los castros, indagando en su mundo simbólico²⁷. Por otro lado se publica en 1999 “Guerras Cántabras”, destacando la importancia de los nuevos hallazgos en relación con esta contienda, y de campamentos y campos de batalla²⁸.

Desde año 2000 hasta la actualidad es importante destacar varios proyectos y entidades que han trabajado en *pro* de la investigación de la Edad del Hierro en Cantabria, así como algunas publicaciones relevantes.

En primer lugar, el trabajo de campo llevado a cabo por el proyecto “*Arqueología de la Guerras Cántabras*” dirigido por Eduardo Peralta Labrador dio sus frutos con el

²² Torres, 2011: 125

²³ Bermejo *et alii*, 1987: 45

²⁴ Bohigas 1986-87:121; Ruiz, 1996:24

²⁵ C.A.E.A.P, 2003:30

²⁶ Torres, 2011: 125-126

²⁷ VV.AA, 1995

²⁸ Muñiz e Iglesias, 1999

descubrimiento de numerosos hábitats protohistóricos así como de evidencias acerca de las guerras disputadas entre esta etnia y las legiones romanas de Augusto. Entre los yacimientos excavados se encuentran el asedio a La Loma y Castillejo (en Palencia) así como La Muela y Cerro de la Maza (en Burgos)²⁹. E. Peralta culmina su trabajo con la publicación de “*Los Cántabros antes de Roma*” (Peralta, 2000), una monografía esencial sobre la investigación de la Edad del Hierro en Cantabria que completará la visión iniciada por J. González Echegaray. Con esta obra se pone de manifiesto una realidad desconocida hasta ahora como es la densa red de yacimientos de la Edad del Hierro existentes en la vertiente norte de Cantabria.

Por otro lado, las labores de prospección y excavación llevadas a cabo por el “Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad” (I.E.P.A.) desde el año 2002 bajo la dirección de E. Peralta completan la información arqueológica existente al actuar no sólo en la Comunidad Autónoma de Cantabria, sino también en el área central y oriental de Castilla y León. Entre las excavaciones destacan las de numerosos recintos campamentales romanos, La Espina del Gallego (Corvera de Toranzo y Arenas de Iguña, Cantabria) y el conjunto de Santibañez de la Peña (Palencia)³⁰.

En la actualidad, se llevan a cabo dos proyectos en relación con la Edad del Hierro en Cantabria. En la comunidad de Cantabria, un equipo del Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria dirigido por P. A. Fernández de la Vega busca las huellas de las Guerras cántabras fundamentalmente en el área de Campoo. En este sentido se han excavado los castros de Las Rabas (Celada Marlantes) y el conjunto de Santa María de Ornedo (Valdeolea), así como los campamentos romanos de La Poza (Campoo de en medio) entre otros. Del otro lado de la cordillera se lleva a cabo el proyecto “Monte Bernorio en su entorno” dirigido por M. Almagro-Gorbea y J. F. Torres Martínez, asociado al Departamento de Prehistoria de la UCM y gestionado por el Instituto Monte Bernorio de Estudios de la Antigüedad del Cantábrico (IMBEAC). El proyecto centra sus intervenciones en el conocido *oppidum* (Pomar de Valdivia, Palencia), aunque lleva a cabo sondeos y prospecciones en su área asociada³¹.

En cuanto a las publicaciones, dos obras han contribuido recientemente de manera clave en el conocimiento de los cántabros en la Edad del Hierro. La primera es “*Castros y Castra en Cantabria: fortificaciones de la Edad del Hierro a las guerras contra Roma*” publicada en 2010 por varios autores, que analiza en detalle todos los elementos que constituyen la cultura cántabra, incluyendo fichas detalladas de cada yacimiento conocido en la Comunidad Autónoma³². Por otro lado la obra “*El Cantábrico en la Edad del Hierro*” publicada en 2011 por J. F. Torres analiza las relaciones existentes entre las culturas que poblaban el cantábrico en ese momento, poniendo de manifiesto las similitudes y diferencias que los caracterizaban³³.

²⁹ Torres, 2011: 126; Martínez *et alii*, 2010:28

³⁰ Comunicación personal V. Fernández

³¹ Torres 2011, 128

³² Serna *et alii*, 2010

³³ Torres, 2011b

3.2. El interés por el estudio arqueológico de las cuevas en el Cantábrico Central

El interés por las cuevas de Cantabria comenzó a finales del siglo XIX, aunque con una escasa inclinación patrimonial. En este momento se publican obras como “*Diccionario Geográfico Español*” (1845-1850) de Pascual Madoz, en las que se citan más de una veintena en Cantabria; la lista de cuevas y minas de Casiano del Prado (1797-1866), u otras obras como *Cuarenta leguas por Cantabria* (1986) de Pérez Galdós que dejarán constancia de varias en la zona³⁴. La alta burguesía comienza a interesarse por el estudio de la arqueología prehistórica motivados por los descubrimientos franceses, conocidos sobre todo a través de la Exposición Universal de París³⁵. En 1880 Marcelino Sanz de Sautuola publica la primera obra trascendental sobre la Prehistoria en Cantabria en la que cita algunas cuevas incluyendo la entonces recientemente descubierta Altamira, y resaltando por primera vez la capacidad artística de las pinturas a las que otorga una cronología prehistórica. El descubrimiento de las pinturas incrementó aún más el interés por la exploración de nuevas cuevas en la región, teniendo como objetivos encontrar hallazgos similares que reafirmaran la tesis de antigüedad defendida por Sautuola³⁶. Con todo ello se pone de manifiesto que existía ya un grupo de estudiosos de las cavidades que despiertan un interés científico por las cuevas inexistente anteriormente en España. Entre dichos investigadores de encontraban E. de la Predaja, J. J. Pérez del Molino, y científicos “oficiales” como J. Vilanova y Piera o A. González Linares y Arana, en cuyas prospecciones descubrieron más de una docena de cuevas prehistóricas en la zona costera de Cantabria³⁷.

En este contexto se acuñará por primera vez en Europa el término “Espeleología”, designando así el estudio de las cuevas desde un punto de vista geológico, hidrológico, paleontológico, antropológico, cultural y biológico dentro de un marco común de métodos y técnicas de exploración. Jesús Carballo fue el máximo representante de este nuevo enfoque de estudio en Cantabria³⁸. A partir del descubrimiento de Altamira los arqueólogos profesionales y profesores de Universidad de toda Europa se interesan por el estudio de las cuevas, aceptando la colaboración de espeleólogos entre los miembros de sus equipos científicos. Ejemplo de ello fue Francia, donde investigadores como Chiron, Rivière, Deleau y Reganault hallarán a finales de siglo las pinturas y grabados de las cuevas de Chabot, Mouthe, Par-non-Pair y Marsoulas respectivamente³⁹. Se inicia así una nueva etapa en la que el estudio patrimonial de las cavidades europeas entrará en auge. No obstante, la difusión e importancia que otorgan los medios de comunicación a las cuevas con pinturas rupestres de Cantabria hace que numerosos turistas visiten estos lugares, contribuyendo a su deterioro⁴⁰.

A inicios del siglo XX el interés científico por las cuevas de Cantabria crece a partir del reconocimiento internacional de las pinturas de Altamira como prehistóricas a

³⁴ Madriaga 1996:52.

³⁵ Bermejo *et alii*, 1987:21.

³⁶ Madriaga 1996:59.

³⁷ Bermejo *et alii*, 1987:21; Serna, 1992:265.

³⁸ Fernández, 1998:189-194.

³⁹ Madriaga, 1996:60.

⁴⁰ Fernández, 1998: 189-191.

través de la publicación “La Grotte d’Altamira. *Mea culpa* d’un sceptique” de E. de Cartailhac (1902). Gracias al mecenazgo de personalidades como el príncipe Alberto I de Mónaco, al interés de científicos Europeos (como el de Breuil, Obermaier, Wernett, Theilhard de Chardín, Burkitt...etc) y a la ayuda de investigadores locales que llevaron el peso de las prospecciones (como Hermilio Alcalde del Río, Lorenzo Sierra y Jesús Carballo), las cuevas conocidas se amplían de una decena a medio centenar por toda la Cantabria. El conjunto de este estudio quedó reflejado en la publicación de “*Les Cavernes de la Région Cantabrique*” por H. Alcalde del Río, A. Breuil y L. Sierra en 1911, en la que dio especial importancia al arte rupestre paleolítico⁴¹.

En el periodo que comprende de 1911 hasta el inicio de la Guerra Civil Española, se descubrieron veintinueve nuevos yacimientos, casi el cincuenta por ciento de ellos en cuevas⁴². La Guerra civil se impone como un paréntesis en los estudios. Supuso además un periodo en el que toda gruta fue utilizada como refugio o almacenes, tal y como había ocurrido durante otras guerras en el pasado como las carlistas, lo que contribuyó al deterioro del patrimonio arqueológico de las mismas⁴³.

Los años 50 destacan por la creación del primer grupo de prospección sistemática conocido como “los Camineros de la Diputación” (fig.5), bajo el mando del capataz F. Quintana y la dirección del ingeniero García Lorenzo. Sus avances fueron seguidos de cerca por los prehistoriadores del momento (J. Carballo, J. González Echegaray y M. A. García Guinea), siendo uno de los momentos que más yacimientos se descubrieron en la zona entre los que destacaron los prehistóricos en cuevas (con 44 descubrimientos). Sin embargo la mayoría de la información obtenida, además de no ser publicada, se extravió, y el método utilizado en el campo (realización de calicatas sistemáticas en las cavidades prospectadas) es la causa por la cual en la actualidad casi no existen cavidades de este tipo intactas, con la gran pérdida de información científica que ello supone⁴⁴.



Figura 5. Equipo de Camineros de la Diputación trabajando en la Cueva del Juyo, 1955 (Muñoz y Malpelo, 1992a)

⁴¹ Bermejo et alii, 1987:20,22; Madriaga, 1996:60-61; Fernández, 1998:195

⁴² Bermejo et alii, 1987:25

⁴³ Madoz; Madriaga, 1996:52

⁴⁴ Bermejo et alii, 1987:22-27,39; Serna, 1992:266.

Como se ha indicado anteriormente, en los años 50 se produjeron equivocaciones que otorgaron una cronología protohistórica para elementos medievales. Este fue el caso de V. Calderón de Vara en 1955 con la urna encontrada en la cueva Luma (próxima al castro de Peñacastillo, Comillas) que fechó en la Edad del Hierro⁴⁵.

En la década de los 60 se introducen métodos y técnicas modernas de Arqueología como muestran las memorias de las excavaciones de la cueva del Otero⁴⁶. En 1962 M. A. García Guinea sustituye al fallecido J. Carballo en la dirección del Museo de Prehistoria y Arqueología de Santander, modernizando su dinámica. Una de sus iniciativas, apoyada por J. González Echegaray, fue la creación ese mismo año de la Sección de Espeleología del Seminario Sautuola (S.E.S.S.), que siguió la línea conceptual de la espeleología de J. Carballo hasta 1996. La investigación que antes realizaba este equipo es desempeñada en la actualidad por una decena de entidades dependientes de la Federación Cántabra de Espeleología⁴⁷. El estudio de las cuevas quedó así institucionalizado y avanzó paralelamente al estudio arqueológico de las mismas, descubriéndose en esta época 45 yacimientos en cueva⁴⁸. A pesar de que los años 50 y 60 fueron fructíferos en cuanto a descubrimientos de yacimientos en cueva, es uno de los periodos peor conocidos debido a la falta de documentación. De aquí la importancia de uno de los escasos documentos conservados: *“Las cuevas de la montaña que contienen interés arqueológico”* (1969) de V. Gutiérrez Cuevas, miembro de la S.E.S.S, que expone la relación de yacimientos conocidos hasta el momento en las cuevas de la región y que informa acerca de las intervenciones realizadas por los Camineros de la Diputación y el Seminario Sautuola⁴⁹.

Los años 70 se caracterizaron por una gran actividad investigadora protagonizada por los distintos grupos de espeleología, que llegan a descubrir 92 yacimientos en cueva⁵⁰.

Los años 80 se significaron el inicio de una investigación imparable sobre el tema que nos ocupa. Ya en un artículo sobre la Edad del Hierro de R. Bohigas, el autor destaca de las cuevas con esta cronología que su ocupación *“aparece, hoy por hoy, como un fenómeno marginal, pese a que su importancia pueda incrementarse en el futuro”*⁵¹.

La mayor aportación al conocimiento de estas cuevas vendrá de la mano del *Colectivo para la ampliación de estudios de Arqueología Prehistórica* (C.A.E.A.P) y del equipo de Peter Smith. Hay que destacar la importante labor llevada a cabo por este grupo de investigadores que, desde los años setenta, se dedicaron al estudio sistemático de yacimientos arqueológicos en Cantabria, en especial a cuevas con yacimientos pre y protohistóricos. De las cerca de mil descubiertas hasta la actualidad en Cantabria, 623 fueron descubiertas por el C.A.E.A.P., y la mayoría de las restantes

⁴⁵ Smith y Muñoz, 2010:677.

⁴⁶ Bermejo *et alii*, 1987:27.

⁴⁷ Bermejo, 1987:27; Serna, 1992:266; Fernández, 1998:196; Martínez *et alii*, 2010:27.

⁴⁸ Serna, 1992:266; Fernández, 1998:196.

⁴⁹ Muñoz *et alii*, 2003.

⁵⁰ Serna, 1992:266.

⁵¹ Bohigas 1986-87:121.

han sido catalogadas por este grupo⁵². Entre sus documentos, supuso una aportación importante la publicación en 1991 de las prospecciones-excavaciones realizadas en El Puyo en 1985, que permitió evidenciar una de las escasas necrópolis tumulares que existen en todo el Cantábrico. Destacaron también las prospecciones llevadas a cabo por Peter Smith y otros integrantes de la Expedición Británica en Matienzo, donde descubrieron cuevas de la Edad del Hierro tan ricas como las de Cofresnedo y Barandas⁵³. Sus labores se vieron complementadas por los proyectos de excavación dirigidos por J. Ruiz Cobo, que permitieron confirmar el uso sepulcral y ritual de determinadas cavidades⁵⁴. Estos equipos no sólo prospectaron, excavaron y promovieron la difusión de sus actuaciones, si no que desempeñaron un importante papel en la conservación del patrimonio subterráneo⁵⁵.

Los cambios en la legislación fomentaron las publicaciones de las intervenciones arqueológicas, de las cuales aquellas llevadas a cabo en cuevas serán recogidas en el *BCE*. No obstante, es de destacar la Carta Arqueológica de Cantabria publicada en 1987⁵⁶ donde se hallan referencias a yacimientos de la Edad del Hierro en cuevas demostrando que éstos se distribuyen por la zona costera y los valles medios, mientras que en el sur abundan los castros, que son casi inexistentes en las zonas de cuevas. Además se inventarían 48 grutas con pinturas parietales esquemático-abstractas que en aquel momento se identificaron como pertenecientes a la misma cronología⁵⁷.

Desde los años 90 a la actualidad son varias las publicaciones que destacan por reflexionar acerca del uso de las cuevas y lugares rituales. Por un lado sobresalen los tres artículos incluidos en *las Actas de la Primera Reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria* (1995): uno detallando las cuevas con restos de ocupaciones de esta etapa de la Protohistoria⁵⁸, otro centrado en el depósito arqueológico de Cueva de Reyes (Matienzo)⁵⁹ y el último dedicado al uso sepulcral de estos yacimientos⁶⁰. Además incluye otros tres artículos acerca del arte esquemático-abstracto existente en estas cavidades que se centran en las técnicas y motivaciones de su realización⁶¹, en el estado de la cuestión⁶² así como un punto de vista crítico con las posiciones anteriores⁶³. En esta obra se pone en relación por primera vez el uso sepulcral de las cuevas con las pinturas esquemático-abstractas⁶⁴, así como se publica el estudio tipológico cerámico a través de los materiales hallados fundamentalmente en ellas⁶⁵. Por otro lado, en la obra *Castros y Castra en Cantabria: fortificaciones de la Edad del*

⁵² Torres, 2011:123; Ruiz, 1996: 16-17; Bermejo *et alii*, 1987:28; C.A.E.A.P., 2003.

⁵³ Smith y Muñoz, 2010:677.

⁵⁴ Martínez *et alii*, 2010:28.

⁵⁵ León, 1988.

⁵⁶ Bermejo *et alii*, 1987.

⁵⁷ Bermejo *et alii*, 1987: 151,153.

⁵⁸ Serna *et alii*, 1995a.

⁵⁹ Smith, 1995a.

⁶⁰ Morlote *et alii*, 1995.

⁶¹ Smith, 1995b.

⁶² Serna *et alii*, 1995b.

⁶³ Díaz, 1995.

⁶⁴ Morlote, 1995.

⁶⁵ Ruiz, 1995.

Hierro a las guerras contra Roma” se incluye un artículo dedicado a las cuevas en la Edad del Hierro en Cantabria⁶⁶.

En estos últimos años distintas obras destacan la importancia que realmente tiene el estudio de los rituales llevados a cabo en estos yacimientos de la Edad del Hierro que, como indicó J. Ruiz “*revelan la existencia de una diversidad en ritual mucho mayor de la esperada*”⁶⁷. En este sentido se llevan a cabo estudios arqueométricos de los materiales de algunas cuevas, realizándose análisis de termoluminiscencia en materiales de Calero II y Cofresnedo que demostraron su cronología de la Edad del Hierro⁶⁸. Por otro lado C. Olaetxea, en su afán por el estudio de la cerámica protohistórica del País Vasco, realiza análisis de pastas de ciertos fragmentos procedentes de Cofresnedo (Ruesga, Cantabria) y El Aspío (Ruesga, Cantabria) así como en otras del País Vasco de la misma cronología⁶⁹. Otras publicaciones merecen ser destacadas. Por un lado la monografía sobre la cueva de Cofresnedo (Cantabria) que detalla las intervenciones científicas llevadas a cabo en el lugar⁷⁰. Y por otro lado dos obras referentes a los yacimientos arqueológicos de zonas concretas de Cantabria que ofrecen una interesante información acerca de los yacimientos en cueva de la Edad del Hierro: “*De Pesués a Pejanda: Arqueología de la Cuenca del Nansa (Cantabria)*”⁷¹ y “*La Prehistoria del Bajo Asón: registro arqueológico e interpretación cultural*”⁷².

En general las referencias al uso de estas cavidades durante la Edad del Hierro se han incluido en estudios generales sobre los yacimientos en cueva que se han realizado distinguiendo la Comunidad autónoma (Cantabria, Asturias, País Vasco y Navarra), o la provincia en el caso del País Vasco. No obstante, han sido escasos los estudios globales sobre los yacimientos en cueva de esta cronología en la zona que aquí interesa⁷³, cuya interpretación ritual no se ha desarrollado lo suficiente a pesar de que muchas de ellas fueran identificadas como cuevas sepulcrales en relación con el arte esquemático-abstracto⁷⁴. No obstante, los estudios de los últimos años parecen demostrar que a este arte parietal le corresponde una cronología medieval y no protohistórica como se creía, por lo que las antiguas hipótesis deberían revisarse.

⁶⁶ Smith y Muñoz, 2010.

⁶⁷ Ruiz, 1996:24

⁶⁸ Smith y Muñoz, 2010: 677-678

⁶⁹ Olaetxea, 2000: 53

⁷⁰ Ruiz y Smith, 2003.

⁷¹ Muñoz y Ruiz, 2010.

⁷² Ruiz y Muñoz, 2009.

⁷³ Smith y Muñoz, 1984, 2010 ; Serna *et alii*, 1996; Morlote *et alii*, 1996.

⁷⁴ Muñoz *et alii*, 1992; Muñoz *et alii*, 1996b.

3.3. La religión como objeto de estudio en las sociedades de la Edad del Hierro: el caso del Cantábrico Central.

Autores grecorromanos de la antigüedad como Estrabón (*Geog.* III, 3 y 4), Plinio (*Nat. His.* XXXI, 23,24; IV, 111 y 113; XVI, 50), Suetonio (*Galb.* 8), Ptolomeo (*Geog.* II, 6, 50) o Floro (*Hist.* III, 33,50) fueron los primeros que se interesaron por determinados datos de la religión de los pueblos prerromanos del norte peninsular. No obstante, sólo dejaron constancia de aquellas prácticas religiosas que podrían llamar la atención a sus compatriotas. No debemos olvidar que el objetivo de sus obras fue la creación de un discurso que justificara la posterior conquista del territorio alegando lo “incivilizados” que eran sus pobladores. En este sentido Estrabón indica: “*además de estas extrañas costumbres, se han visto y contado muchas otras acerca de todos los pueblos de Iberia en general, y en particular sobre los del norte, no sólo las que tienen que ver con su valor, sino también las relacionadas con su crueldad y su insensatez bestial*” (*Geogr.* III, 17).

Lo mismo ocurre en otras obras como en “*De correctione Rusticorum*” de San Martín de Braga, escrito en torno al año 572. Esta obra tuvo como objetivo informar a las autoridades eclesiásticas de las prácticas paganas realizadas en las zonas rurales para poder condenarlas y exhortar al pueblo a través de diferentes concilios. A pesar de ser una fuente tardía, entre sus líneas se vislumbran reminiscencias de prácticas de la Edad del Hierro que no sucumbieron a la romanización (o se sincretizaron). Un caso parecido son los “*Comentarios al Apocalipsis*” que Beato de Liébana escribe entorno al 784, en el que advirtiendo de la llegada del anticristo expone ejemplos sobre prácticas paganas en la península⁷⁵.

Aunque no informen directamente acerca de la Península Ibérica, los ciclos tradicionales irlandeses y galeses que se recopilaron en la Edad Media suponen una importante fuente de información para el estudio de las religiones indoeuropeas. No obstante, hay que tener en cuenta que fueron recopilados en su mayoría por monjes cristianos y que se refieren a una tradición oral procedente de la periferia del mundo celta⁷⁶. A pesar de ello, su recopilación nace de un interés muy temprano por la religión de estas culturas, y su análisis puede servir para acercarse al panteón indoeuropeo y a su mitología.

En cuanto al estudio científico tal y como lo conocemos actualmente habrá que esperar hasta el siglo XIX, en el que encontraremos dos grandes figuras y sus obras.

Por un lado M. Menéndez Pelayo publica entre 1880 y 1881 su “*Historia de los Heterodoxos españoles*”, un libro que recopilaba todo el saber acerca de las distintas religiones y “herejías” que se habían dado en nuestro país, tratándose de una obra monográfica única hasta la actualidad. Su octavo y último tomo titulado “*Prolegómenos*”, está dedicado al estudio de la vida religiosa anterior a la predicación del cristianismo, tratando la religión prehistórica, protohistórica griega y romana en España. Su metodología contempló los estudios de las fuentes escritas greco-latinas, la numismática, epigrafía, etnología y arqueología. En esta obra se evidencian los

⁷⁵ González, 1979-80: 107-109; González *et alii*, 2004: 33-644

⁷⁶ Green, 1995: 9.

errores propios de su época en la que se confunden determinadas evidencias arqueológicas (tales como dólmenes o cuevas) con su cronología, así como muchas de las evidencias cántabras se incluyen entre las vascas o asturianas⁷⁷.

Por otro lado, el erudito portugués José Leite de Vasconcellos recopiló todo el saber antiguo contenido en las fuentes literarias y epigráficas relativas a la Lusitania y sentó con ello las bases de todos los estudios posteriores sobre la religión de los pueblos prerromanos. Su obra "*Religiões da Lusitania*", en varios volúmenes y tres reediciones (1897, 1905, 1913), utiliza las fuentes epigráficas y arqueológicas para crear la primera obra sobre el mundo espiritual de este pueblo prerromano, lo que la convierte en una obra de referencia historiográfica⁷⁸.

El siglo XIX también ofreció otras publicaciones relacionadas con la religión protohistórica. En este momento, en el País Vasco se fomentaron las publicaciones sobre la Edad del Hierro y la etnología vasca dentro de una corriente nacionalista⁷⁹. En este contexto E. Urroz Erro elaboró un amplio artículo acerca de la religión protohistórica vasca en el que desmentía determinadas alusiones anteriores sobre el tema y en el que admitía que la religión de aquellos fue de origen celta y de raigambre naturalista, basándose sobre todo en estudios lingüísticos y de las fuentes escritas grecolatinas. No obstante en sus conclusiones también incluye la opción de una religión emparentada con la etrusca o la hebrea⁸⁰.

Posteriormente destacan dos grandes personalidades en el estudio de las religiones prerromanas de la Península Ibérica: J. M. Blázquez y M. Almagro-Gorbea. El catedrático José María Blázquez ha publicado incontables artículos desde 1962 hasta la actualidad que han sido esenciales para el estudio de las religiones antiguas. Actual miembro emérito del Departamento de Historia Antigua de la UCM, en sus estudios otorga una prevalencia a las fuentes escritas y la epigrafía por encima de la arqueología. El catedrático Martín Almagro-Gorbea cuenta entre sus especialidades con la de Protohistoria de la Península Ibérica y la Europa Occidental. Desde 1962 ha elaborado infinidad de artículos dedicados a la religión de los pueblos indoeuropeos de la Península Ibérica. Actual miembro del Departamento de Prehistoria de la UCM, otorga a la arqueología la importancia que se merece junto a otras como las fuentes escritas, la epigrafía o la etnología en el estudio de las religiones protohistóricas.

El avance que se produjo en el estudio de las religiones prerromanas se percató de la necesidad de la multidisciplinariedad para este tipo de estudios, por lo que hay autores que destacan según la disciplina. Mientras que en el estudio de fuentes escritas destaca J. M. Blázquez, y de la arqueología M. Almagro-Gorbea, en epigrafía sobresalen las obras de varios autores. Es de obligada cita la aportación de grandes epigrafistas como G. Alföldy o A. Tranoy, aunque la obra "*Los dioses de la Hispania Céltica*" de J. C. Olivares Pedreño es una referencia esencial sobre el estudio del

⁷⁷ Menendez, 1963.

⁷⁸ Fabião, 2002:341-345.

⁷⁹ Araquistain, 1866; Leroy, 1896.

⁸⁰ Urroz, 1916.

panteón indígena indoeuropeo⁸¹. Cercana a la epigrafía tenemos las labores de lingüistas como J. Gorrochategui que verifican la celticidad de los pueblos prerromanos a través de la misma. En etnología y etnoarqueología destacan los numerosos trabajos de J. Caro Baroja relacionados con las leyendas, mitos y ritos de la España rural, así como los de J.M. Barandiarán, muy relacionados con las cuevas⁸². El Dr. P. Moya Maleno ha presentado recientemente una tesis doctoral titulada “*Paleoetnología de la Hispania Céltica*” con un interesante apartado dedicado a la “cosmovisión, religión y mentalidad” que se impone como pionero en este tipo de estudio tan específico⁸³. La toponimia también revela datos acerca de la religión, en concreto acerca de lugares rituales que llevan asociado el nombre de la divinidad al accidente geográfico en el que se encuentran. Han sido numerosos los autores que han tratado en toponimia, destacando a A. Tobar, J. de Hoz, F. Villar o M. Sevilla. Las nuevas técnicas en arqueometría se han prestado a este tipo de estudios buscando restos de sustancias psicotrópicas en cerámicas protohistóricas o estudiando la composición de pastas en las mismas. En este sentido sobresale la obra dedicada a las drogas en la Prehistoria de E. Guerra Doce⁸⁴ o los trabajos de J. Juan-Tresserras⁸⁵. Por último, el estudio de la religión en la tardoantigüedad ha hallado reminiscencias “paganas” en algunas prácticas y cultos de la época que han sido subrayadas en las obras de R. Sanz⁸⁶.

El interés por el estudio de las religiones de los pueblos antiguos también se vio influenciado desde la esfera internacional. Son de destacar las aportaciones de J. G. Frazer (1854-1951) y su estudio comparativo de las religiones⁸⁷, M. Eliade (1907-1986) y su estudio sobre la universalidad de lo simbólico así como sobre la Historia de las religiones⁸⁸ y Dumézil (1898-1986) con sus esquemas funcionalistas y su aportación al estudio de la religión indoeuropea⁸⁹. En la actualidad, los estudios de la religión protohistórica de otros lugares de Europa complementan los estudios peninsulares. Los trabajos más importantes en este sentido son los realizados por S. Piggot y M. J. Green para *Britania*, Zecchini en Italia y V. Kruta y J. L. Brunaux para la *Galia*.

El estudio de las religiones de la Edad del Hierro ha sido también trabajado por aquellos autores que se han especializado en el estudio de una zona determinada de la Península.

Encontramos así la aportación de J. Álvarez Sanchís⁹⁰ y E. Sánchez Moreno⁹¹ para los vettones, de L. Berrocal para la Beturia y su destacado trabajo sobre el altar de Capote y sus cuevas cercanas⁹², de M. Joao Santos para los lusitanos, o de García Fernández Alabat para los pueblos galaico-lusitanos. En esta zona del occidente de la

⁸¹ Olivares, 2002.

⁸² Barandiarán, 1972, 1984.

⁸³ Moya, 2012.

⁸⁴ Guerra, 2006.

⁸⁵ Juan-Tresserras, 2000, 2003.

⁸⁶ Sanz, 2003.

⁸⁷ Frazer, 2011.

⁸⁸ Eliade, 1979a y b, 1981.

⁸⁹ Dumézil 1977.

⁹⁰ Álvarez, 1999.

⁹¹ Sánchez, 1997.

⁹² Berrocal, 1994, 2009.

Península Ibérica resalta el proyecto llevado a cabo por el Instituto Arqueológico Alemán (DAI) y dirigido por T. G. Shattner bajo el título “*Santuarios. Forma y ritual: romanización de los santuarios indígenas*”. Entre los santuarios estudiados se encuentra el Santuario de Panoias (Portugal), excavado desde los años 60 también por el IAA, que fue uno de los primeros santuarios prerromanos del área indoeuropea de la Península Ibérica estudiados. En este caso destaca por ser un santuario rupestre, lo que podría tener relación con los rituales y cultos llevados a cabo en cuevas. Por otro lado es de destacar la investigación arqueoastronómica de M. García Quintela junto con M. Santos Estévez⁹³, así como los numerosos artículos del primer autor la religión de *gallaicos* y lusitanos.

Sobre los celtíberos sobresale la importante obra de G. Sopeña Genzor “*Dioses, Ética y Ritos*”⁹⁴ y los estudios de sus discípulos F. Marco Simón y S. Alfayé. La actividad investigadora de F. Marco Simón se ha centrado en los sistemas religiosos del mundo antiguo, especialmente en Roma y el mundo céltico, siendo muy importante la aportación teórica a las religiones prerromanas peninsulares. S. Alfayé destaca por su obra “*Santuarios y rituales de la Hispania Céltica*”⁹⁵ que supone un compendio de toda la información con la que se cuenta hasta el momento sobre las religiones indoeuropeas de la Península Ibérica, incidiendo en la información arqueológica. Sobre celtíberos también se cuenta con los trabajos de A. Jimeno en relación con Numancia o de M^a. L. Cerdeño para los yacimientos de Guadalajara.

En cuanto a los pueblos del norte de la Península Ibérica es importante la labor desempeñada en el País Vasco por J. Dueso, A. Ortiz-Osés y J. M. Barandiarán en etnología y mitología⁹⁶, aunque el último junto con J. Armendariz también destaca en el estudio de cuevas sepulcrales⁹⁷, y L. Valdés en el santuario de Gastiburu⁹⁸. En Asturias destacan las obras de M. Pastor Muñoz⁹⁹ y de J.R. Sanz Villa¹⁰⁰, ambos centrados en el estudio de la epigrafía astur, aunque el segundo cita además fuentes arqueológicas y plantea una tipología del ritual. Además A. M. Miranda Duque realizó un interesante trabajo sobre la arqueología del espacio simbólico en el Concejo de Salas (Asturias), llevando a cabo un análisis del paisaje relacionado con el culto en la Protohistoria en el que están presentes varias cuevas¹⁰¹.

Para Cantabria es necesario extenderse algo más ya que es el ámbito principal de este trabajo. Como primera obra importante relacionada con el estudio de la religión de los cántabros destaca la publicación en 1963 de una breve memoria de las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo por García y Bellido junto con Fernández de Avilés en las Fuentes Tamáricas (Velilla del Río Carrión, Palencia). A pesar de que Plinio el Viejo (XXXI, 23) y Ptolomeo (Geog.II, 6, 50) dejaran constancia de que a

⁹³ García y Estévez, 2008.

⁹⁴ Sopeña, 1987

⁹⁵ Alfayé, 2009.

⁹⁶ Dueso, 1987; Ortiz-Osés, 1996, 2007; Barandiarán, 1972, 1974.

⁹⁷ Armendariz, 1990.

⁹⁸ Valdés, 2005.

⁹⁹ Pastor, 1981a, 1981b.

¹⁰⁰ Sanz, 1996.

¹⁰¹ Miranda, 2006.

finales de la Edad del Hierro este lugar era conocido por los augurios que anunciaba su caudal, las excavaciones no encontraron un nivel de tal cronología. No obstante, su interés reside en ser uno de los primeros artículos sobre la excavación de un yacimiento del territorio cántabro tratado desde el punto de vista del estudio de los lugares rituales, llegando a encontrar desde evidencias romanas hasta medievales, presentando una gran alteración del terreno¹⁰².

J. Caro Baroja, en sus estudios sobre las creencias y ritos populares de las zonas rurales de la España septentrional incluye algunas partes dedicadas a Cantabria¹⁰³, siendo sus obras referentes para estudiar la religión prerromana a través de la etnología. Otros autores como A. García Lomas¹⁰⁴ y M. Llano¹⁰⁵ quisieron seguir sus pasos centrándose en la recopilación de las leyendas y seres mitológicos de la Cantabria rural, mientras que J. C. Cabria incluyó comparaciones con la mitología europea¹⁰⁶.

J. G. Echegaray ya en la primera edición de su libro “*Los Cántabros*” dedica un apartado a la religión, destacando en primer lugar la importancia del estudio de la misma para “*perfilar los caracteres de una cultura*”¹⁰⁷. Realiza un estudio de la religión basado principalmente en las fuentes escritas grecolatinas, en la epigrafía votiva conocida en el momento, así como incluyendo algunos datos procedentes de la etnología y de la arqueología. Aunque su aportación al tema es escueta, recoge todos los datos con los que se contaba entonces para el estudio de la religión de los cántabros¹⁰⁸. En 1969 se interesa por los orígenes del cristianismo en Cantabria, y dedica unas escasas líneas al análisis de lo que denomina “*cultos paganos*” en los que mezcla evidencias de religión romana y prerromana¹⁰⁹. En 1979-80 estudia las evidencias paganas en el folklore cántabro a través de las fuentes escritas por S. Martín de Braga y Beato de Liébana y su comparación con las tradiciones rurales¹¹⁰. Además en 1988 se interesa por la escasa romanización de Cantabria que alega en la pervivencia de elementos religiosos indígenas, basándose principalmente en estudios epigráficos¹¹¹.

J. M. Iglesias-Gil publica en 1976 “*Epigrafía Cántabra*” a modo de *Corpus Inscriptiorum Cantabrorum*. Es una obra clave porque estudia de manera pormenorizada toda la epigrafía del territorio de los antiguos cántabros, por lo que se incluyen alusiones a los cultos prerromanos y a su estudio a través de la epigrafía¹¹².

En 1980 J. J. Urruela Quesada defiende su tesis con título “*Romanidad e indigenismo en el norte peninsular a finales del alto imperio. Un punto de vista crítico*” en la que incluye un extenso capítulo “*sobre lo sagrado entre los indígenas*”. En él pretende comparar la religión prerromana con la romana para poder analizar el sincretismo que se dió entre ambas, para lo que utiliza las fuentes epigráficas y escritas de los autores grecolatinos, dando una pequeña importancia a la etnología y

¹⁰² García y Bellido y Fernández, 1963; Torres, 2011:122; 2011b:463.

¹⁰³ Caro Baroja, 1943: 91-94, 250-256; 1985:66-77.

¹⁰⁴ García, 1964

¹⁰⁵ Llano, 1982.

¹⁰⁶ Cabria, 1997.

¹⁰⁷ González, 1966:115.

¹⁰⁸ González, 1966, 115-120.

¹⁰⁹ González, 1969: 6-10.

¹¹⁰ González, 1979-80.

¹¹¹ González, 1988.

¹¹² Iglesias-Gil, 1976.

admitiendo que la arqueología no revela apenas información en este aspecto. Elaborará por primera vez un discurso epistemológico muy notable para los pueblos prerromanos del norte, aunque sus conclusiones sean discutibles¹¹³. Anteriormente trató la cuestión del sacerdocio en los pueblos del norte negando su existencia al modo de druidas celtas o colegiados romanos, basándose en el silencio de las fuentes y en un grado “socio-evolutivo” insuficiente al que le otorga el grado tribal. Mantiene por ello que el término “religión” en este caso no es el adecuado, pues sin sacerdotes no hay culto organizado, pero asume que no puede negar la utilización del término al ser ya una realidad bibliográfica¹¹⁴.

En 1985 A. J. Domínguez Monedero publica un artículo dedicado a la religiosidad de los pueblos prerromanos del área cántabro-astur en el que, a través del análisis de las fuentes escritas y la epigrafía, se centra en el estudio de las divinidades indígenas y de las prácticas religiosas citadas por Estrabón¹¹⁵. En 1988 Iglesias y Saavedra, en su trabajo sobre teonimia en la antigüedad del Norte peninsular en relación con las montañas, destacan la cantidad de teónimos indígenas y sincretismos con nombres divinos romanos que existen en esta zona, muy numerosos en comparación con otras¹¹⁶. En 1996 se publican las *Actas de la Primera reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria*, en la que se expuso por primera vez la importancia del fenómeno sepulcral en las cuevas cántabras en relación con el arte esquemático-abstracto, dotando así de un sentido ritual tanto a las cuevas como a las pinturas¹¹⁷.

E. Peralta dedica un capítulo de su libro “*Los cántabros antes de Roma*” al análisis de su religión, siendo la primera vez que se realiza un estudio incluyendo todas las evidencias multidisciplinares existentes y su comparación con otras del resto de Europa¹¹⁸. La publicación “*Los cántabros en la Antigüedad: la Historia frente al mito*” se presenta como una monografía que pretende actualizar el conocimiento de la Cantabria Antigua desde la época protohistórica hasta la Edad Media. En él se incluye un escueto capítulo sobre religión indígena a partir de la romanización del territorio¹¹⁹. La obra “*Castros y Castra en Cantabria*” (2010) destaca en el estudio de la religión cántabra a través de dos artículos: el capítulo nueve dedicado al estudio de las cuevas de la Edad del Hierro, explicando que estos yacimientos se han debido formar al conformarse en su tiempo como hábitat esporádico o como lugar ritual (necrópolis)¹²⁰ y el capítulo diez, que se dedica a la arqueología de la religión protohistórica centrándose en el caso cántabro¹²¹. Por último, destaca la obra recientemente publicada “*El Cantábrico en la Edad del Hierro*” de J. F. Torres Martínez¹²², en la que se incluye un apartado sobre religión en el que las evidencias que aportan información acerca de la religión protohistórica para el Cantábrico se comparan con otros ejemplos del resto de la Céltica, lo que supone un nuevo enfoque actualizado en el estudio de este tema.

¹¹³ Urruela, 1980:222-310.

¹¹⁴ Urruela, 1981:260-261.

¹¹⁵ Domínguez, 1985.

¹¹⁶ Iglesias y Saavedra, 1988.

¹¹⁷ Morlote *et alii*, 1996; Serna *et alii*, 1996; Smith, 1996.

¹¹⁸ Peralta, 2003: 213-258.

¹¹⁹ Aja *et alii*, 2008:183-189.

¹²⁰ Smith y Muñoz, 2010.

¹²¹ Torres, 2010.

¹²² Torres, 2011b.

4. LA CUEVA EN LA MITOLOGÍA POPULAR DEL CANTÁBRICO CENTRAL

El folclore hispano, uno de los mejores conservados de la Europa Occidental, puede servir como vía para conocer algunos aspectos esenciales del mundo celta prerromano como es la religión¹²³. Éste ha preservado tradiciones y mitologías durante siglos, creando también otras leyendas a partir de los hechos, tradiciones y creencias que en el pasado remoto estuvieron vigentes, aunque en la actualidad hayan perdido su verdadero sentido o se haya modificado. Una parte muy importante del folclore lo conforma la mitología, pues en ella se basan el resto de tradiciones. La mitología es un sistema de creencias y vivencias compartidas, una racionalización (*logos*) de lo irracional (*mitos*) a través de unos supuestos que suelen tener una base real. En el Cantábrico central esta mitología es “animista” o “numínica”, puesto que el mundo está “animado” por seres, genios o espíritus, y mágica, pues se piensa que los afectos subjetivos obtienen efectos objetivos¹²⁴. En ella es común la creencia que en las profundidades terrestres habitan genios subterráneos y las almas de los antepasados. También que allí se encuentra el infierno, motivo por el cual las cuevas y simas son la puerta hacia un mundo desconocido que es temido. Por otro lado, existe la creencia de que la Tierra, con sus ríos y fuentes, es una madre, pues así se constata en algunas leyendas y en el lenguaje vasco que incluye la raíz *ama* (“madre”) en sus denominaciones (*amanu*, *maite* y *amu* para la tierra, *Iturrama* para el nacimiento de una fuente o *Lezama* para el lugar donde se origina una sima)¹²⁵.

Las leyendas más comunes sobre cuevas están relacionadas con las personas o seres que las habitaban que, en la mayoría de los casos, infundían miedo y terror. En algunos casos, esto se ha interpretado como un intento de difundir el miedo entre niños y jóvenes para evitar que penetren en las cuevas debido al peligro que esto conlleva. Pero en otros parece que estas leyendas son el eco de pervivencias paganas a través de las cuales se puede indagar en el pasado prerromano. Además todas ellas están más ligadas a la vida pastoril que a la agrícola, algo que coincide con el sistema económico de la Edad del Hierro.

4.1. Los moros, los gentiles, los romanos, la mora: “los paganos”

Los moros, “mouros” (que etimológicamente viene del latín *maurus*, oscuro) o *maru/moruak* en euskera, son relacionados con todo tipo de restos arqueológicos (castros, túmulos, torreones medievales...) además de con las cavidades naturales. Esta denominación nada tiene que ver con los musulmanes de la fase de dominio político en la Península Ibérica, ni con los cabileños de las guerras de Marruecos o los rifereños de los Cuerpos Regulares del ejército de África que participaron en la Guerra Civil Española, aunque la tradición oral así los haya confundido, incluyendo también a los soldados franceses y combatientes carlistas¹²⁶. En origen, el término se utilizó para

¹²³ Almagro-Gorbea, 2007:15.

¹²⁴ Ortiz-Osés, 2007:17-23.

¹²⁵ Dueso, 1987:126-127.

¹²⁶ González Álvarez, 2011:138.

referirse a lo “pagano”, “no bautizado” o “no creyente” visto desde la óptica cristiana, llegando a sustituir a otros términos con referencias más antiguas como *gentiles*, *xentiles* en Asturias o *Jentillarri* en País Vasco, o a otros términos como *los antiguos*, *los griegos* o *galigriegos*¹²⁷. Estos gentiles eran los paganos que vivían en el monte aisladamente pero en buena convivencia con los cristianos, de los que se decía que habían construido algunos crómlechs y dólmenes y que vivían en algunas cuevas (como en la de Jentizulo de Orozco, Leiza y Eguino en el País Vasco) o acudían a ellas para recoger agua¹²⁸. En general, el término *gentiles* se utiliza para referirse a “*los antiguos moradores de la tierra que se habita*”, aunque también se usó para denominar a algunos seres sobrenaturales que vivían en las cuevas como al *Ojáncano*¹²⁹. La designación “moro” se llegó a equiparar con la de “romano”, aunque el primer término tuvo mayor vigencia por su carácter exótico. Esto permitía subrayar la otredad con respecto a la comunidad campesina, que no los incluía como antepasados sino como parte del mundo simbólico que les rodeaba. Esto daba sentido a ciertos elementos del paisaje como cuevas o ruinas arqueológicas, así como a acontecimientos pasados que se escapaban de su cotidianeidad. Servía para diferenciar así las costumbres, incluso a través de unos distintos rasgos físicos, con el que se creaba un discurso de definición del *otro* para construir la identidad del *nosotros*, una narrativa universal común en todas las sociedades preindustriales¹³⁰. Este término fue útil también para la Iglesia, que desde los inicios del Cristianismo denominó así a todos aquellos que realizaban cultos paganos en espacios simbólicos diferentes a los establecidos tales como montes, bosques, ríos o cuevas. En el caso de las cuevas, este imaginario quedó plasmado en coplas populares como en esta asturiana: “*En les cueves más profundes, onde habiten los herejes, tengo de dir a llorar, el día que tú me dejes*”¹³¹.

La elección de un pueblo invasor como motivador de leyendas se utilizó también en Irlanda, donde la tradición oral ha caracterizado a los daneses (último pueblo pagano que invadió el país) como un pueblo que vive bajo los túmulos y los *hillforts* de manera paralela a los humanos¹³². Curiosamente los *moros* también habitan bajo estos lugares en las leyendas populares hispanas de todo el cantábrico incluyendo algunas zonas de Aragón, Cataluña y Francia¹³³. Subyace también la idea de que estos *moros* dejaron importantes tesoros escondidos, sobre todo de oro, con forma de lingotes de piel de toro o “camas de oro”. En numerosas ocasiones estas “ocultaciones” míticas se localizaban en cuevas como en algunos casos de Asturias (Sima del Pico Valcayo, Picos de Europa), Cantabria (Sima de Tomaredo en Lebeña, Cueva de los Moros y Cueva del Tesoro en Voto) o en Burgos (Ojo Guareña). La existencia de “tesoros” en cuevas queda a veces confirmado por la arqueología como ocurrió en Sulacuevona (Cuaya, Grau, Asturias) donde los vecinos contaban que “*D’erriba La Cuova Moros, pur baxu La Vecera, hai una mora entierrada col dote a la cabecera*” y donde

¹²⁷ González Álvarez, 2011:139; Álvarez, 2007a:217; Álvarez, 2007b:225.

¹²⁸ Barandiarán, 1972:126; Ortiz-Osés, 2007:59.

¹²⁹ Caro Baroja, 1985:72.

¹³⁰ González Álvarez, 2011:140.

¹³¹ Álvarez, 2007a: 217.

¹³² Álvarez, 2007b:225.

¹³³ Álvarez, 2007b:226.

posteriormente se halló un tesorillo de monedas romanas¹³⁴. En el País Vasco también se conoce la leyenda de la existencia de tesoros en las cuevas, pero estos son dejados allí por *Mari*, figura mitológica que comentaremos posteriormente¹³⁵. A los moros que habitaron estas cuevas en algunos casos se les atribuyó un instinto antropófago, como en aquellas de Los Pozos de la Fazuela o La Bárnaga (en Queirós, Asturias) y en la de Bual (parroquia de Castrillón), sobre el Picu Fidel¹³⁶. Otras leyendas se refieren a las *moras* que habitan las cuevas y que tenían un carácter benefactor. Así encontramos la leyenda de la Cueva Mora de Lebeña (Cantabria) en la que una mora de extraordinaria belleza ha quedado atrapada en una de sus concreciones y espera a ser liberada¹³⁷, o la de Trescuajará en Lamasón (Cantabria), donde una mora que habitaba en la cueva salió de ella para amamantar a un niño que lloraba al no ser atendido por su madre¹³⁸.

A través de este breve análisis se puede llegar a varias conclusiones. Por un lado, la mitología popular asocia la cueva a un lugar de hábitat o de culto de una sociedad con diferente religión a la suya, lo que puede hacer referencia a que fueron lugares rituales de un culto pagano prerromano. Por otro, crea leyendas acerca de la existencia de tesoros en su interior, lo que puede asociarse a los restos arqueológicos que contiene y que fueron allí depositados a modo de ofrenda.

4.2. Los seres mitológicos o *númenes* que habitan en cuevas

Numerosas son también las leyendas sobre los seres mitológicos que las pueblan, unos maléficos y otros benefactores. José Dueso afirma que esta es una constante en ambas vertientes de los Pirineos, desde el Cantábrico hasta el Mediterráneo, y que no existe en toda esta área *“una cueva que no tenga, o haya tenido un genio, espíritu, u otro ser legendario habitante de ella”*¹³⁹. Vamos a ver como en el Cantábrico central existen numerosas figuras mitológicas habitantes de las cuevas que pueden tener un carácter benefactor y/o un carácter maléfico. Parece que su carácter negativo fue infundido desde el Cristianismo para evitar el acercamiento a estos lugares considerados paganos, transformando así lo positivo de la cueva en un elemento que había que condenar y eliminar.

Entre estos seres, existen una serie de figuras femeninas que viven en las cuevas y que poseen una versión benefactora y otra maléfica, resultando interesante que todas se relacionen con el hilado de madejas de oro y algunas de ellas con un peine de oro, (instrumento utilizado para el procesado, el hilado y para el cardado) que a veces utilizan para peinarse el pelo (fig.6). El hilado y la presencia de los “volados de huso” representan, tanto en la religión clásica como en la celta, lo femenino, pero también la fatalidad y el destino. Así se pensaba que las divinidades, como las Diosas Madres galas, o seres mitológicos, como las parcas o brujas, que tenían estos elementos

¹³⁴ Pintó *et alii*, 1993:49; Bedía, 1996:29; Álvarez, 2007b:226.

¹³⁵ Barandiarán, 1972:163.

¹³⁶ Álvarez, 2007a: 221.

¹³⁷ Pintó *et alii*, 1993:49.

¹³⁸ Ocejo, 1984:62.

¹³⁹ Dueso, 1987:68.

como atributos, podían predecir la vida y muerte de los humanos así como acabar con la existencia de éstos si cortaban el hilo¹⁴⁰. Todas ellas poseen leyendas en las que aparecen como esposa sobrenatural, algo que se halla repetidamente en el Occidente Europeo. Puede que los seres mitológicos que presentamos a continuación también tuvieran dichos valores.

Por un lado se conocen las *Janas* o *Anjanas* cántabras y *Xanas* asturianas. Estos seres benefactores habitan las cuevas y despliegan sus poderes ayudando a quien lo necesita en la montaña, por lo que son protectoras de los caminos y de los viajeros y pastores. Se asociaban también con las aguas subterráneas, fuentes o manantiales debido a su carácter sanador y curativo, por lo que se asimilan a las Ninfas romanas y se asocian a cuevas con importantes surgencias acuáticas¹⁴¹. En Cantabria es conocida la leyenda que cuenta cómo se reunían una vez al año en FuenteDé para renovar sus poderes¹⁴². Se presentan en forma de mujer idílica, bella y con cabellos largos, imagen que se asemeja a la de la Virgen María. Se la reconoce por su agradable olor y dulces cantos, teniendo unos poderes que los seres malignos que habitaban las cavernas (tales como *Ojáncanos* y *Ojáncanas*) no podían superar¹⁴³. Existe costumbre de dejar a la *anjana* ofrendas alimenticias para que ésta bendijera al oferente, muchas veces novios que van a casarse próximamente¹⁴⁴. No obstante, las *anjanas* poseen una versión revoltosa y maligna, con un aspecto pobre y triste, como las conocidas en el Valle de Lamasón (Cantabria)¹⁴⁵. En numerosas cuevas se conoce su presencia, como por ejemplo en la Cueva de la Jana o las Anjanas (Entrambasaguas, Cantabria) o en las Cuevas de la Anjana (una en La Cavada y otra en Rucandio, ambas en Riotuerto, Cantabria)¹⁴⁶. En la cueva de la Maruxina (Villamexín, Asturias) se mantiene la tradición por la que niños tocados con cencerros van a la cueva el último domingo de Semana Santa en busca de una xana que concede el deseo a la población local el de obtener un buen bollo ese año¹⁴⁷. Son confundidas con las *moras* y las *lamias*¹⁴⁸.

Las *Xianas* formaron parte de la mitología del occidente de Cantabria, Asturias y Portugal. Son asimiladas con las *anjanas*, pero en su versión más vengativa. Poseen también un aspecto atractivo que atrae a los paisanos a los que suele engañar para causar el mal, a la vez que intercambia a sus hijos con los de las campesinas para que éstas les amamenten, ya que ella no tiene pechos. También rapta jóvenes, sobre todo chicos, a los que encanta haciendo que penetren en las cuevas donde ellas viven, de donde no vuelven a salir o lo hacen al cabo de muchos años, sin que para ellos parezca que ha transcurrido el tiempo¹⁴⁹. Algunas cuevas evidencian la permanencia del mito como muestra la Cueva de las Xianas (en la isla de Arnüero, Cantabria)¹⁵⁰.

¹⁴⁰ Green, 1997:99.

¹⁴¹ Pintó, 1982:52.

¹⁴² Cabria, 1997:103.

¹⁴³ Caro Baroja, 1985:40-41; Cabria, 1997:101-106.

¹⁴⁴ Cano, 2007:26.

¹⁴⁵ Cano, 2007:27-28.

¹⁴⁶ Muñoz *et alii*, 1986.

¹⁴⁷ Fanjul, 2011:102.

¹⁴⁸ Caro Baroja, 1985:42.

¹⁴⁹ Cano, 2007:31-32.

¹⁵⁰ Muñoz *et alii*, 1986.

Emparentadas con las *Anjanas* están las *Lamias* o *Lamiñak* en Euskera (fig 6), unas hadas míticas al modo de las existentes en Centro Europa y que son citadas en diversas obras de tinte mitológico griegas (Stesicoro o Diodoro de Sicilia) y latinas (Horacio, Lucilio o Tertuliano)¹⁵¹. Presentan un aspecto y atribuciones distintas en Cantabria que en el País Vasco y Navarra, y en la zona costera que en el interior, estando también presentes en Galicia, País Vasco Francés y en Extremadura¹⁵². Se dedican a guardar tesoros, a peinar sus cabellos con peine de oro ante las cuevas igual que hace *Mari*, y también a hilar con rueca y uso así como a construir dólmenes, puentes e iglesias¹⁵³. Generalmente ayudan a los paisanos, pero existen casos de secuestros. En el País Vasco las *lamias* imparten justicia, por lo que a veces tienen que castigar a los injustos, pero destacan por su virtud y su bondad. En cambio en Cantabria, se conoce su versión más vengativa¹⁵⁴. Viven en las cavernas, como las de Lamien-leze, Laminzilo o Lamiñazudo (ambas significan “caverna de las Lamias”, la primera en Zugarramurdi, la segunda en Urrugne y la última en Guizaburuaga) así como en ciertos ríos (Lamiñerreka, en Ceberio), arroyos (en Altzibar), pozos (Lamiñapostsu, en Ceánuri) manantiales y estanques, a los que en ocasiones se les atribuyen propiedades medicinales (como en Camou). Se alimentan de las ofrendas que exigían a los paisanos, sobre todo pastores, tales como pan de trigo o maíz, tocino y sidra o de las ofrendas de sus devotos como cuajada, pan y leche. En algunas ocasiones las *lamias* han desaparecido debido a la construcción de iglesias o ermitas cerca de las cuevas donde habitaban (como en Udala y Sara), por la voluntad de la Virgen María (como en Garagarza, Mondragón) o debido a conjuros (como en la región de Llodio o en Ebrain, Bidarray)¹⁵⁵.



Figura 3. Representación románica de la *Lamia* con dos peines como atributos.
Se representa en su variante como mujer con cuerpo de pez,
algo común en las leyendas de pueblos costeros (Dueso, 1987:102)

¹⁵¹ Caro Baroja, 1985:7-15.

¹⁵² Caro Baroja, 1985:20-21,24-25.

¹⁵³ Barandiarán, 1984:113; Ortiz-Osés, 1996:96-97; 2007:42; Cano, 2007:33.

¹⁵⁴ Cano, 2007:33.

¹⁵⁵ Barandiarán, 1984:109-117; Dueso, 1987:88-99.

Mari es un personaje vasco femenino que puede presentarse en forma de mujer (sentada en un carro con cuatro caballos, con cadenas, con una media luna sobre su cabeza, con pies de ave o de cabra...), de árbol o como una bola de fuego entre otras formas que recuerdan a la mitología prerromana. Toma también formas animales tales como la de cuervo (como se dice que la vieron en la cueva de Aketegui), de buitre (en la cueva de Supelegor del monte Itziñe) o de caballo cuando está en su morada en el interior de la tierra, lugar donde guarda sus tesoros. Apenas se deja ver, y cuando lo hace suele ser a través de las cuevas y simas, pues son los lugares que comunican el mundo subterráneo con el exterior. Es la causante de las sequías y las lluvias en el territorio vasco interior, y de las tempestades en el mar. Castiga a quien entra en su morada subterránea sin permiso o roba parte de su tesoro. A veces se encarga de educar y de enseñar a hilar a una muchacha que ha sido castigada por su madre a permanecer con *Mari* en la cueva durante un tiempo, episodio mitológico que ha sido interpretado como un ritual de paso que transforma a la joven en mujer a través de la enseñanza en este lugar subterráneo tan relacionado con lo femenino¹⁵⁶. A veces, como en la cueva de Amboto, se le pedían consejos que resultaban verídicos y provechosos. Gran enemiga del Cristianismo, es conjurada el día de la Cruz de Mayo o mediante ramilletes bendecidos el día de San Juan, sabiendo que estaba presente durante los ritos celebrados en determinados lugares¹⁵⁷. Son conocidos algunos de los rituales a *Mari* como las ofrendas de monedas, velas y piedras simbólicas además del sacrificio de un carnero en su cueva, la realización de procesiones (en Amboto) o de oraciones (en Régil) por parte de los pastores y agricultores para que protegiera los rebaños y las cosechas, celebración de romerías con deposición de exvotos en la gruta de Arpeko Saindua (Bidarray) para que *Mari* curara con el agua subterránea distintas enfermedades. Su nombre en ocasiones se acompaña del lugar donde aparece, muchas veces en cuevas, como la Marije Kobako (“Mari de la cueva”, en Markina) o con alusiones como Arpeko Saindua (“la santa de la cueva” en Bidarray y otros pueblos de Navarra y Laburdi)¹⁵⁸. Todos los atributos descritos hacen de ella un símbolo o personificación de la Tierra, además de que su nombre deriva de la raíz *ama* (“madre”), utilizado también para denominar a la tierra. El hecho de que *Mari* aparezca en numerosas cuevas y que de algunas de ellas se diga que son hermanas, responde a una tendencia elemental que aparece asimilado al caso de la Virgen María en sus diversas advocaciones. Es interesante el hecho de que a *Mari* con frecuencia se le aplica el epíteto de “*sorguiña*” y que se le llame “*señora de todas las brujas*” en Aya, Azcoitia y otros pueblos del País Vasco. Además, las *lamias* y las brujas en ocasiones son confundidas y sus atributos mezclados¹⁵⁹. Estos hechos parecen indicar que *lamias*, *Mari* y brujas son figuras mitológicas similares, que pudieron ser la misma divinidad en tiempos pasados.

Muy similares a estas figuras mitológicas femeninas son las “mozas del agua”. No habitaban en cuevas, si no en ríos y fuentes, pero poseen todos los atributos de los númenes femeninos que tienen la gruta como lugar propio. Vivían en palacios con riquezas y tesoros y por las mañanas salían a la orilla con las madejas de oro que

¹⁵⁶ Ortiz-Osés, 1996:91.

¹⁵⁷ Bedía, 1993:30; Cano, 2007:35.

¹⁵⁸ Barandiarán, 1984:127-128,136; Ortiz-Osés, 1996:76, 2007:45.

¹⁵⁹ Caro Baroja, 1985:32-33.

habían hilado durante la noche. Tienen un aspecto idílico a pesar de su reducido tamaño. Además, su existencia se relaciona con un ritual de casamiento realizado la noche de San Juan¹⁶⁰.

Otro tipo de seres mitológicos son los malignos. Normalmente masculinos, poseen una versión femenina más maléfica todavía, entre los que encontramos el *Culebre*, el *Ojáncano* y las versiones femeninas de la *Ojáncana* y las *brujas*.

El *Culebre* es conocido también como *Culebro*, *Culebrón*, *Cuélebre* y como *Sugaar* o *Suarra* en el País Vasco. Vive en ámbitos subterráneos, por lo que algunas cuevas y simas conservan la leyenda de que habitó allí (cueva de Balzola, Dima o la sima de Agamunda, ambas en el País Vasco o la cueva de Valdicio, Cantabria) y por ello algunas llevan su nombre (la cueva del Cuelebre o Culebre en Santillán, Cantabria). Parece ser la interpretación española del dragón, pues se trata de una gran serpiente, con o sin cuernos, que al crecer le salen alas y al que es muy difícil matar. En León y Palencia sólo las *anjanas*, la Virgen o los santos pueden derrotarlo, pues ellos son los representantes del Bien, y el *culebre* se dedica únicamente a causar el mal. No obstante, sus descripciones varían según la zona, siendo conocido en Asturias, Cantabria, País Vasco, Navarra, Palencia y León¹⁶¹. Es curioso que en el País Vasco se le identifique como *Maju*, el marido de *Mari*, puesto que ella es una figura bondadosa y muy importante en la mitología popular vasca¹⁶².

Uno de los personajes mitológicos más famosos del Cantábrico es el emparentado con el Cíclope clásico, que recibe diferentes nombres según el lugar: en Cantabria es el *Ojáncano*, *Jáncano* o *Páncano*; en País Vasco es el *Tártalo*, *Torto* o *Alabari*¹⁶³; en Asturias es el *Patarico* y en Galicia *Olláparo* (fig.7). Es un ser enorme de forma redonda con mucho pelo y cuya principal característica es el único ojo central que posee en la frente. Tiene un gran instinto destructor, por lo que arrolla todo a su paso, causa derrumbamientos en la montaña y se come los ganados y las cosechas. Rapta a las pastoras y caza con honda a los campesinos para comérselos. Sólo puede ser derrotado si se le quita la cana que esconde en su poblada barba, o al enfrentarse a los poderes de la bondadosa *Anjana*. Vive en el fondo de grandes cuevas, y por ello muchas cavidades conservan su nombre, como la cueva del Ojáncano en Molleda, Val de San Vicente en Cantabria¹⁶⁴. J. C. Cabria compara esta figura con los gigantes de la mitología celta, asimilándolo a *Balar*, divinidad gigantesca que atacaban Irlanda constantemente y que posee un solo ojo, así como con los *trolls* de la mitología germánica y escandinava¹⁶⁵. En ocasiones, el ojáncano es confundido con un gentil, sobre todo en el País Vasco¹⁶⁶. La *Ojáncana*, *Jáncana*, *Juáncana*...es la versión femenina del *Ojáncano*, también conocida como *ljana* o *ljáncana* en Asturias, pues posee sus mismas funciones. Este personaje exagera las malvadas acciones del *ojáncano*, comiendo además todo tipo de alimentos y animales y hasta carne humana, entre la que prefería la de los niños. Se exageran también sus salvajes rasgos físicos,

¹⁶⁰ Caro Baroja, 1985:42-43.

¹⁶¹ Dueso, 1987:77-81; Fernández, 1987; Cano, 2007:119.

¹⁶² Barandiarán, 1984:189-190; Dueso, 1987:77.

¹⁶³ Dueso, 1987:24-26.

¹⁶⁴ Caro Baroja, 1985:71; Fernández, 1987:67; Cabria, 1997:91-95; Cano, 2007:47-50.

¹⁶⁵ Cabria, 1997:94.

¹⁶⁶ Caro Baroja, 1985:69,72.

manteniendo en algunas versiones su ojo central aunque a veces los sustituye por dos ojos que puede quitarse, exagerando el tamaño de sus pechos e incluyendo en ocasiones alas o piernas de cabra¹⁶⁷. También vive en grandes grutas, por lo que algunas de ellas todavía conservan su nombre (Cueva de la Ojáncana en San Juan de Castro, Arnüero, Cantabria¹⁶⁸, otra en Cieza y Cueva de las Ojáncanas en La Penilla de Cañón y en Santiurde de Toranzo)¹⁶⁹.

En una dimensión entre los seres míticos y los humanos encontramos a las brujas (*sorgin* o *belagile* en el País Vasco), seres tan mitológicos como reales que el cristianismo ayudó a condenar. Se trata generalmente de una mujer, aunque también hubo hombres, relacionada con el diablo y con cuya magia hace el mal¹⁷⁰. El Cristianismo condenó a aquellas mujeres que se dedicaban a sanar a través de las plantas y a practicar ritos ancestrales paganos, de ahí que estos personajes pudieran ser la evolución de unas mujeres sacerdote-curanderas precristianas. La tradición popular las relaciona sobre todo con las cuevas, de tal manera que algunas llevan su nombre (Sorguinkoba, en Amboto, o Sorguintxulo sima de Hernani) pero en el País Vasco también dieron nombre a ríos (Sorguerreka en Motrico) o fuentes (Sorguiniturri en Goldaratz y Atáun), relacionando así a las brujas con los lugares frecuentados por las *lamias* o *Mari*¹⁷¹. Viven en sus casas rodeadas de componentes para elaborar brebajes, practican sus labores en secreto y algunas de sus reuniones se celebran en compañía del diablo presentado en forma de macho cabrío en las cuevas o en las entradas de estas, conformando lo que se conoce en toda Europa como aquelarres (término de origen vasco, “prado del macho cabrío”)¹⁷². En ellos se ofrecía al *Aker* panes, huevos o monedas para lograr la comunión entre ambos¹⁷³. En Zugarramurdi (Navarra) existe una cueva llamada Akelarren-leze (“cueva del aquelarre”) en la que se cree que tanto en su interior como en la planicie exterior se celebraban este tipo de reuniones. Este caso es interesante puesto que se trata de un yacimiento de la Edad del Hierro que ha conservado tanto una conocida leyenda como una tradición ritual en la actualidad. En el vestíbulo de la cueva son abundantes los restos de hogares y los fragmentos cerámicos prehistóricos. Pero además, en una de sus galerías, denominada Sorguinenleze (“cueva de las brujas”), recorrida por un río, se halló un depósito compuesto de un cráneo y fémur humano junto a una vasija de la Edad del Hierro. En el lado oriental de esta galería se celebra anualmente el 15 de agosto una ceremonia tradicional en la que se sacrifican dos corderos dentro de la cueva y allí mismo lo consumen los ancianos del lugar cocinándolo primero en una hoguera, acompañando el asado con pan y vino. Cuando terminan, salen en fila de la caverna hasta llegar a la casa cural y a la plaza del pueblo donde bailan¹⁷⁴. Esta es sin duda una muestra de la perduración de un ritual pagano, pues hay que entender que aunque el sistema de creencias ya no sea el mismo, el ritual siempre tiene más

¹⁶⁷ Cabria, 1997:97-99; Cano, 2007:51-52.

¹⁶⁸ Muñoz *et alii*, 1986:18.

¹⁶⁹ Cano, 2007:51-52.

¹⁷⁰ Caro Baroja, 1980:71-121; Cabria, 1997:107-110.

¹⁷¹ Barandiarán, 1972:215-217.

¹⁷² Barandiarán, 1972:215-217; Caro Baroja, 1980:71-121; Dueso, 1987:272-280; Ortiz-Osés, 2007:39-41.

¹⁷³ Ortiz-Osés, 1996:95.

¹⁷⁴ Caro Baroja, 1980:70-121; Barandiarán, 1984:12-13.

probabilidades de supervivencia al ser estable la necesidad del grupo de mantener viva su independencia y cohesión¹⁷⁵.

Además de los espíritus benefactores y malignos y de las brujas, en el País Vasco es común que en determinadas cuevas habiten númenes que toman forma de animal, las más corrientes las de toro, perro, caballo, pájaro, cerdo y carnero. Puede que esto tenga relación con los animales pintados por los hombres prehistóricos en algunas de estas cuevas, creando una serie de leyendas populares luego adaptadas a los valores cristianos¹⁷⁶. O también con las especies sacrificadas y/o consumidas en el interior de éstas. También se dice que las almas de los difuntos cohabitan en el mundo subterráneo y nocturno, emergiendo de ellos de noche a través de cuevas y simas hasta llegar a las cocinas de sus casas, donde les esperan sus familiares con regalos y plegarias¹⁷⁷.

4.3 Otro tipo de leyendas

Dejando a un lado a los seres mitológicos relacionados con las cuevas, existen otro tipo de leyendas sobre éstas. Por un lado, están las que se relacionan con la exagerada longitud de sus galerías que indican que no tienen final (cueva del mar en Omoño, Ribamontán al Monte, o La Covarona, en Llueva, Voto, ambas en Cantabria) o que comunica lugares muy lejanos entre sí (cueva de Cudón, Cantabria o cueva de Lezia en Sara, País Vasco). Por otro lado están las que se cuenta que eran lugares donde se ajusticiaba (cuevas del Conde O Forno, Tuñón, Asturias o la cueva del Boquique)¹⁷⁸ o las leyendas únicas como la de “Roberto el pirata” en Castro Urdiales (Cantabria)¹⁷⁹.

4.4 La Cristianización de las cuevas

Una de las mejores pruebas del uso ritual de las cuevas es su cristianización mediante la conversión en una capilla, la construcción en un lugar cercano de una ermita, la celebración de romerías con un destino final en la misma, la existencia de una mitología en relación con el Cristianismo así como el cambio de su nombre por uno relacionado con los Santos. Estos hechos son constantes en toda la Península Ibérica ya que los métodos utilizados por el Cristianismo para la erradicación del culto pagano fueron tanto erigir sus símbolos en el antiguo lugar de culto para purificarlo, como la apropiación de éste y su traspaso a conceptos cristianos¹⁸⁰. En el Cantábrico Central se dan numerosos casos de la cristianización de cuevas mediante la celebración de misas en su boca, como en la sima de Muguero o en la de Murumendi (ambas en el País Vasco)¹⁸¹, o con el establecimiento de figuras católicas, con casos tan conocidos como “La cueva de la Señora” en Cangas de Onís, dedicada a la Virgen

¹⁷⁵ Sanz Villa, 1996:62.

¹⁷⁶ Dueso, 1997:70-76.

¹⁷⁷ Ortiz-Osés, 2007:53.

¹⁷⁸ Muñoz *et alii*, 1986:17-18.

¹⁷⁹ Fernández, 1986:20.

¹⁸⁰ Sanz, 2003:120-123.

¹⁸¹ Barandiarán, 1984:136.

de Covadonga, así como otras cuevas como en Moñes (Piloña)¹⁸². También de la construcción de iglesias en sus proximidades como en la Cueva de la Palatea (Argoños, Cantabria)¹⁸³, en San Juan de Socueva (Cantabria) (fig. 7) o en la Cueva Grande de Casazorrina (Villamar, Asturias)¹⁸⁴. Muchas veces son las leyendas sobre apariciones de santos o vírgenes en las grutas lo que motiva la construcción de estas ermitas en sus proximidades, como el caso de la Cueva de Fresnedo, en Solórzano (Cantabria) o la del Santo, en San Bartolomé de los Montes (Voto, Cantabria)¹⁸⁵, que recordaría casos tan conocidos como los de Fátima (en la Cova de Iría) o el de Lourdes (Bernadette Soubirous, Francia).

Después de este breve análisis pueden extraerse algunas conclusiones útiles para este trabajo. Por un lado, hay que indicar que algunas figuras mitológicas se asemejan entre sí hasta tal punto que la mitología las confunde en sus leyendas. Este es el caso de los *númenes* femeninos de *Mari*, *anjanas*, *lamias*, *brujas* y *moras*. El carácter benefactor de unas y vengativo de otras es parte de la dualidad de una divinidad femenina de la vida y la muerte como es la madre-tierra. Su aspecto en la versión virtuosa es similar al de la Virgen María, lo que refuerza su carácter materno. Estas características hacen que la hipótesis acerca de la veneración a una divinidad femenina con estos atributos en la cueva durante la Edad del Hierro sea cada vez más evidente. La mayoría de ellas se relaciona con elementos del hilado, con las aguas y con el mito de la esposa sobrenatural. Entre sus ritos destacan las ofrendas alimentarias tanto de animales como de líquidos y otros platos, dones ofrecidos en las grutas estudiadas durante la Edad del Hierro. También abundan las leyendas que las relacionan con niños, jóvenes, los recién casados o la muerte, lo que parece informar acerca de la realización de rituales de paso presididos por esta divinidad que, como veremos, se contemplan en los casos arqueológicos estudiados. Por otro lado, los *númenes* malignos o en su versión vengativa (*Ojáncano*, *Culebre*, *Brujas*), pueden ser una reminiscencia de los rituales más “cruels” acontecidos en las grutas, como pudieron ser los sacrificios humanos, de ahí que todos ellos sean antropófagos. O también que esta interpretación fuera difundida por el Cristianismo como mecanismo para alejar a los campesinos de estos lugares de culto. Los *moros* o *gentiles* son sinónimos de estos seres mitológicos, aunque con dichos términos también se identificó a los “paganos” o personas que acudían a las cuevas venerarlos. Además, ellos también escondían “tesoros” al igual que el resto de *númenes* citados, lo que seguramente haga referencia a las ofrendas depositadas. Es interesante hacer un apunte acerca de aquellas leyendas que hacen referencia tanto a la alteración del espacio (largas cuevas que conectan sitios lejanos entre sí) o del tiempo (*lamia* que rapta un joven y cuando éste regresa han pasado muchos años). Estos casos pueden hacer referencia al espacio y tiempo sobrenatural, diferente al real, ofreciendo una vez más una concepción de la gruta como lugar ritual.

¹⁸² Álvarez, 2007a:218.

¹⁸³ Muñoz *et alii*, 1986:19.

¹⁸⁴ Miranda, 2006:209.

¹⁸⁵ Muñoz *et alii*, 1986:19-20.

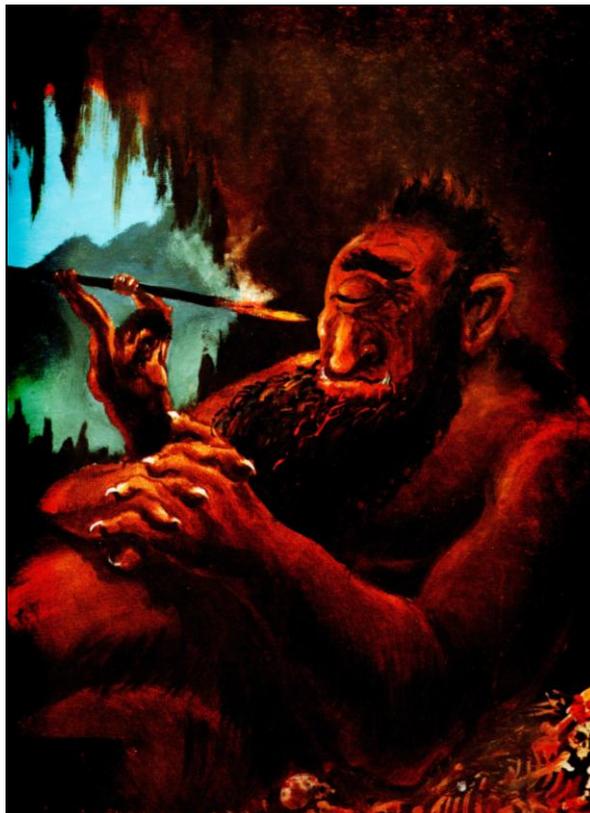


Figura 7. Arriba, fotografías de la ermita rupestre de San Juan de Socueva (Cantabria), exterior e interior (Fotografías realizada por la autora). Abajo, ilustración que muestra al Ojáncano dentro de su cueva (Dueso, 1987:27)

5. CULTO Y RITUAL DURANTE LA EDAD DEL HIERRO EN EL CANTÁBRICO CENTRAL: ANÁLISIS DE LOS DATOS

5.1. La cueva como lugar ritual.

5.1.1. La cueva como espacio de culto: significado religioso

Parece indudable la elección de la cueva como un escenario ritual. Sus condiciones naturales extraordinarias la sitúan como lugar liminar, un espacio “*desde el cual se accede a una geografía sensitiva extrema, a un mundo fenomenológico radicalmente diferenciado del ordinario*”¹⁸⁶ que propicia un ambiente sacro en su interior. Este ambiente se desarrolla por las intensas emociones contrapuestas que la cueva transmite al visitante (miedo y seguridad, orientación y desorientación, conocido y desconocido...) gracias a sus características formales (contraste entre luz y oscuridad, ruido y silencio, amplitud y estrechez...), posibilitando la creación de un ambiente propicio para la comunicación con lo divino¹⁸⁷. Séneca ya señaló que la cueva era el lugar sagrado por antonomasia indicando que “*delante de una cueva profunda, en la que se han desplomado las rocas y que se abre en la montaña, el hombre no podrá evitar que su alma palpite, pues se presentará lo divino*” (*Epist. IV, 12, 41, 3*). Existe constancia de este mitologema desde la Prehistoria, momento en el que las cuevas no sólo eran un refugio si no un espacio de contacto con lo divino, hasta la actualidad, pues la tradición popular todavía recoge leyendas sobre los seres míticos que las habitaron.

Las evidencias que muestran una actividad ritual en las cuevas se han hallado casi siempre en su interior, muchas veces en lugares de difícil acceso y en enclaves de oscuridad o semi-oscuridad. Por ello parece que el espacio sagrado queda delimitado por la boca y sus pasillos interiores, constituyendo así lo que se ha venido denominando *nemeton* para la Edad del Hierro indoeuropea. Con este término se hace referencia a aquel lugar de la naturaleza en el que se manifiesta la divinidad y que, debido a su “sacralidad inminente”, no precisa modificación alguna del espacio como sí requerirían los templos¹⁸⁸. Son por tanto santuarios naturales que se conocerán únicamente a través de las ofrendas depositadas en ellos¹⁸⁹. La delimitación de este espacio encuentra en la boca de la cueva el límite material e ideal entre el mundo terrenal y el mundo sobrenatural, un umbral físico que supone la agregación a un mundo nuevo cuando se traspasa. Por este motivo, traspasar el umbral ha sido relacionado con la celebración de rituales de paso de diversos ámbitos, entre los que destacan los funerarios¹⁹⁰ y los relacionados con el paso a la vida adulta¹⁹¹. Encontramos ejemplos arqueológicos del umbral religioso en algunas estelas funerarias del territorio cántabro en las que se representan arquerías, casas y símbolos astrales, que harían referencia a las puertas o la morada del Más Allá. La similitud de estas representaciones con otras semejantes halladas en Galia apunta al

¹⁸⁶ Alfayé, 2009:31.

¹⁸⁷ González-Alcalde, 2006:250.

¹⁸⁸ Sopeña, 1987: 55-56; Torres, 2010:697; 2011: 447.

¹⁸⁹ Vidal *et alii*, 2000:65.

¹⁹⁰ Van Gennepe, 1969:35-37.

¹⁹¹ Grau, 2000:217, González-Alcalde, 2009:96.

carácter céltico de estos monumentos, mostrando similitudes en las concepciones religiosas de ambos¹⁹².

Llenas oscuridad y silencio, las cuevas se asemejan al vientre materno, pues ellas son concebidas como las entrañas de la tierra-madre. Por este motivo se relacionan con cultos a divinidades ctónicas, dadoras de vida y de muerte, de fecundidad y abundancia¹⁹³. Por tanto es lógico pensar que la divinidad receptora del culto y ritual realizado en las cuevas fuera la diosa-madre, la misma que se manifiesta en otros lugares como los bosques o las aguas¹⁹⁴. La creencia en esta diosa, que tendría un origen prehistórico y que habría evolucionando a lo largo del tiempo, es una de las principales divinidades del panteón céltico. Representa la energía de la tierra en su versión fértil y creadora, de ahí que se venere en su versión femenina. Su plurifuncionalidad se refleja en la variedad de lugares en los que se le rinde culto y en las múltiples advocaciones locales que posee actualmente la Virgen María, con las que el Cristianismo asimiló el culto. En epigrafía, la diosa madre ha aparecido en el norte de la Península Ibérica relacionada con las surgencias de agua o los ríos bajo los nombres de *Deva*, *Nabia* y *Reva/Reve*, así como asociado al culto pancéltico de las *Matres*, de las que destacan las aras clunienses en relación con los rituales celebrados en la Cueva de San Román¹⁹⁵. Incluso en una estela hallada en Monte Cildá se indica la existencia de un templo a ella dedicado¹⁹⁶. Hay que pensar que el agua es un elemento fundamental presente en la cueva con más o menos frecuencia ya sea en forma de río o laguna subterránea, en gours activos, goteos o pequeños manantiales. Algunos de los depósitos rituales han aparecido en estos lugares o alrededor de ellos, indicando que el culto podría estar también relacionado en esos casos con las divinidades que se manifiestan en el elemento acuático¹⁹⁷.

Hay que analizar la cueva como lugar incluido en la concepción del territorio de sus moradores. A pesar de que los valles donde se enclavan las de la Edad del Hierro estudiadas se han prospectado exhaustivamente, no se ha localizado ningún tipo de hábitat asociado. Se trata de territorios con una orografía complicada en la que tal vez se deba pensar en una organización de *pagi*, aldeas o granjas más que de castros como ocurre en otras zonas. Se encuentran entonces fuera del territorio político de las ciudades, aunque incluidas muchas veces dentro de su territorio económico, pues sus zonas aledañas pudieron utilizarse como zonas de pastoreo. Por este motivo, se ha propuesto que algunas de ellas sirvieran de hábitat ocasional en esta sociedad prerromana en la que la ganadería tuvo una gran importancia. No obstante, la difícil accesibilidad de estos lugares y la imposibilidad de habitar en ellos, son características que reafirman su carácter ritual¹⁹⁸. Su localización, alejada de las ciudades, los convierte en sitios donde podrían tener lugar rituales de separación o de salida tales como los funerarios, que serían normalmente complementados por rituales de

¹⁹² Iglesias, 1979: 92; Peralta 2000:244-245

¹⁹³ Torres, 2010:715; Arcelin y Gruat, 2003: 175

¹⁹⁴ González-Alcalde, 2009:96;

¹⁹⁵ Torres, 2010:734-735; Gómez, 1997

¹⁹⁶ Peralta, 2000:232.

¹⁹⁷ Gruat, 1998 103; Pujol *et alii*, 1998:127; Grau, 2000: 217; Vidal *et alii*, 2000:77-78; González Reyero, 2001:70; González-Alcalde, 2009:96.

¹⁹⁸ Prados, 1994:132; Arcelin *et alii*, 2003.

agregación, como la celebración de banquetes¹⁹⁹. Por otro lado, las cuevas se vinculan con el mundo subterráneo, es decir un mundo “de abajo” que era considerado un lugar poco luminoso, donde se esconde el sol para aparecer al día siguiente por el Este, un lugar relacionado con el mundo inmaterial y con el “Más Allá”, morada de los antepasados²⁰⁰. En las culturas indoeuropeas, el sol realizaba un viaje a Occidente bajando al Mundo de los muertos durante la noche; allí no moría, si no que volvía a aparecer al día siguiente. Es por ello que este astro es concebido en numerosas religiones como un ser psicopompo de rasgos funerarios²⁰¹. Determinadas evidencias nos demuestran esta relación solar con el mundo subterráneo y el ámbito funerario. Por ejemplo, en territorio cántabro los emblemas solares y astrales son abundantes en las estelas funerarias, y hasta hoy en día ha perdurado la tradición de rezar plegarias al Occidente al ponerse el sol por la creencia de que el astro iba entonces al mundo de los muertos y de esta manera se aliviaba su existencia²⁰². El mundo subterráneo, era por tanto asimilado al Más Allá, algo que queda corroborado con el uso sepulcral de muchas de las cuevas que se analizan, y que se presenta como un fenómeno constante desde el Neolítico hasta épocas históricas²⁰³ en determinados casos de culturas como la romana, las mediterráneas²⁰⁴, las del Extremo Oriente, las del Sudeste asiático²⁰⁵, las precolombinas²⁰⁶ y las indoeuropeas²⁰⁷.

La cueva aparece en la literatura clásica como un lugar favorable a la meditación y al aprendizaje. En este sentido, Pomponio Mela (*De Chorographia*, III, 2,19) hace mención a cómo los druidas “enseñan muchas cosas [a los jóvenes/los más nobles de raza] realizando encuentros en sitios aislados y remotos durante veinte años, ya se tratara de una cueva o de arboledas apartadas”²⁰⁸. Del mismo modo que otros lugares de la naturaleza, tales como el bosque, la cima de la montaña o los ríos, para los pueblos de cultura indoeuropea estos son sitios de encuentro entre ser humano y lo divino. Este pasaje indica además como las cavernas, asimiladas con el vientre materno, son propicias para la celebración de rituales de paso o ceremonias iniciáticas como las propias de las fratías guerreras, de edad, sacerdotales o espirituales²⁰⁹, pues ellas propician un renacimiento del iniciado²¹⁰. Como en todo rito de paso, el joven (hombre o mujer) debía someterse a una serie de pruebas, para las cuales podía ser ayudado por un sacerdote, en una atmósfera distinta a la habitual en la que las cuevas y el agua tenían un papel fundamental, pues son símbolo de unión entre dos mundos²¹¹. El agua se convierte en un elemento fundamental en cualquier ritual de paso, simbolizando la purificación y el renacer tras su contacto con el neófito tanto por contacto como por inmersión, algo que está presente en los rituales de paso de todo el

¹⁹⁹ Van Gennep, 1969: 43-44; 205-206.

²⁰⁰ González-Alcalde, 2009:97; Torres, 2011:261-262; 444; 499.

²⁰¹ Eliade, 1981:153; Sanz Villa, 1996:55-56; Peralta, 2000:244.

²⁰² Llano, 1982; Peralta, 2000:244; Cano, 2007:163-164.

²⁰³ Eliade, 1976:1.

²⁰⁴ Urbina, 2002 : 114; González-Alcalde, 2006, 2009:96;

²⁰⁵ Nicod, 1998:510,514-516.

²⁰⁶ Abigail y Brady, 1994.

²⁰⁷ Arcelin *et alii*, 1998:112-113.

²⁰⁸ Green, 1997 :48; Arcelin *et alii*, 2003:173.

²⁰⁹ Van Gennep, 1969 ; González-Alcalde, 2006; 2009:97;

²¹⁰ González-Alcalde, 1993:74.

²¹¹ Van Gennep, 1969; Sanz Villa, 1996:66.

mundo y en todas las épocas²¹². En este tipo de rituales, la muerte, la iniciación, la identidad étnica y la relación con la divinidad para propiciar sus favores mantienen una relación holística en el contexto subterráneo²¹³. Especialmente en los rituales de paso iniciáticos de fraternidades guerreras, el elemento subterráneo junto al acuático ha tenido un papel esencial; de esta manera se ha propuesto no sólo para el caso de las cuevas-santuario ibéricas, si no para las saunas castreñas, que no serían más que una representación edificada de la cueva natural en la que se habrían practicado baños purificadores. Como indica Almagro-Gorbea *“los baños iniciáticos asociados a agua hirviente, a fuego, al lobo y a antros subterráneos, se documentan en gran parte de la Europa indoeuropea, generalmente relacionados con fraternidades guerreras de época pregentilicia”* (*ibídem*, p.106-107), ceremonias que se abandonarían en sociedades gentilicias y urbanas o perdurarían como ritos de edad²¹⁴

5.1.2. Evolución del fenómeno ritual en cuevas y estado de la cuestión

Es de sobra conocido el papel ritual que se le otorga a las cuevas con pinturas Paleolíticas, sobre todo las del Cantábrico central, que cuenta con algunos ejemplos tan relevantes como Altamira o El Castillo. De hecho, el afán por encontrar estratos paleolíticos, que se vivió a principio y mediados de siglo, llevó a pasar por alto las evidencias de momentos posteriores y a enmascarar así el uso de las cuevas durante los periodos sucesivos²¹⁵. El objetivo de este apartado no es elaborar un estudio exhaustivo de la evolución del uso ritual de las cuevas en el territorio que nos ocupa, si no subrayar la continuidad que tuvo este fenómeno sobre todo desde la Edad del Bronce hasta época medieval, con unos rituales similares en este amplio periodo de tiempo. La Edad del Bronce y la Edad Media son las épocas mejor representadas en este sentido, pues la Edad del Hierro ha sido menos estudiada y es por tanto la peor conocida en este periodo de tiempo.

En cuanto a la Edad del Bronce, destacan los numerosos casos de uso sepulcral en cuevas, caracterizado por el ritual de inhumación, desde Asturias hasta el País Vasco. En Cantabria se han localizado estaciones con inhumaciones individuales (Piedrahita, A.E.R., Villanueva, Avellanos I...) y colectivas (El Ruso I, Las Chimeneas, Los Moros de Miengo...) que contienen un rico ajuar²¹⁶. Destacan las estaciones de La Cañuela (Bustablado) y La Cervajera (Llaguno, Guriezo) por contener estructuras tumuliformes que han aportado materiales de la Edad del Bronce aunque no restos humanos debido a la falta de una excavación sistemática. No obstante, puede que se trate de túmulos funerarios, lo que situaría estos lugares como muestra del fenómeno precedente al del abrigo del Puyo, de la Edad del Hierro. Dado que la cremación aparece en el Bronce Final, las confusiones entre este periodo y la Primera Edad del Hierro son comunes, ya que los depósitos contienen prácticamente los mismos materiales. Por este motivo numerosas cuevas han sido catalogadas como pertenecientes al Bronce Final- Hierro

²¹² Eliade, 1979:89; González-Alcalde, 1993:74.

²¹³ González-Alcalde y Chapa, 1993:170.

²¹⁴ Almagro-Gorbea y Álvarez Sanchís, 1993; Almagro-Gorbea, 1996.

²¹⁵ De Blas, 1983:91; Maya, 1986:81.

²¹⁶ Muñoz y Malpelo, 1992:301-302.

I, como ocurre con 15 cuevas en la *Carta Arqueológica de cuevas de Guipúzcoa*²¹⁷, mientras que otras muchas se han identificado como pertenecientes a la Edad del Bronce cuando podrían ser de una etapa posterior. Dado el estado actual de la investigación en este sentido, debemos contar con un margen de error sabiendo que hasta que no avancen los trabajos de catalogación y revisión de materiales, se trabajará con datos cronológicos aproximados. Hay que citar dos casos cuyos restos humanos presentan marcas de corte, de descarnado y de evidencias de violencia, sin acompañarse apenas de otro tipo de materiales: la Sima del Diente (Cantabria)²¹⁸ y la cueva del Mirador (Burgos)²¹⁹. Los investigadores del lugar proponen, para el segundo caso, que se trate de un depósito secundario realizado durante el Bronce Medio/Tardío de restos sepulcrales del Bronce Antiguo, pero, ¿podríamos pensar que se tratara de evidencias de sacrificios humanos? ¿o que estemos ante un ritual realizado a un grupo enemigo? No se ha planteado por el momento ninguna hipótesis, aunque parece claro que la intervención en los cuerpos denota la práctica de un ritual diferencial. A parte de los yacimientos caracterizados como sepulcrales destacan los casos de depósitos rituales de materiales como los cerámicos de la Cueva de La Grajas (Bronce Antiguo) o El Pendo (Bronce Pleno) o los depositados en una cubeta excavada en el suelo de la cueva de Cofresnedo, todas ellas en Cantabria²²⁰. Podríamos incluir aquí el caso del depósito metálico del Caldero de Cabárceno (Cantabria) que, a pesar de no aparecer depositado en el interior de una cueva si no en una profunda grieta posiblemente minera, se ocultó en un ámbito subterráneo²²¹. Es de destacar que en la cueva Fresca (Cantabria) se hace referencia a restos de un caldero metálico sin indicar cronología, aunque lo más seguro es que corresponda también con la del Bronce Final como el de Cabárceno.

Pese a esta antigüedad, las evidencias de la Edad del Hierro en cuevas del Cantábrico Central son relativamente abundantes en comparación con las de la época romana. Su presencia en las cavidades ha sido interpretada de distinta manera. Por un lado se propone su uso funcional donde los hallazgos han sido escasos y se han localizado en vestíbulos o zonas interiores habitables. En este sentido se podría tratar de evidencias de un uso como hábitat ocasional o de corta duración, tipo refugio, también para pastores, o como aprisco para el ganado menor (como podría ocurrir en La Cuadra del Espino o en Las Cabras, Cantabria), así como su uso para la realización de actividades puntuales agro-ganaderas tales como refrescar la bebida (como podría ocurrir en Las Cáscaras, Collado II, Sima de Roque, Piedrahita...etc, todas en Cantabria)²²². Este uso funcional se propone también para depósitos que pueden no ser rituales y se trate en realidad de ocultaciones en un periodo de inestabilidad como podría ser el de las Guerras Cántabras (algo que se ha propuesto para los conjuntos de herramientas de la Cueva de Reyes y Coventosa, Cantabria, anexo 5)²²³. Por otro lado se ha considerado su uso ritual en varios casos. La presencia de restos humanos no deja duda en este sentido, siendo interpretado entonces como una evidencia sepulcral (que parece indudable en los casos del abrigo

²¹⁷ VV.AA, 1995.

²¹⁸ Ruiz y Smith, 2003:170.

²¹⁹ Vergés *et alii*, 2002.

²²⁰ Ruiz y Smith, 2003:145; Smith y Muñoz, 2010:690.

²²¹ De Blas, 2007.

²²² Smith y Muñoz, 2010:689.

²²³ Smith, 1996:189; Smith y Muñoz, 2010:689.

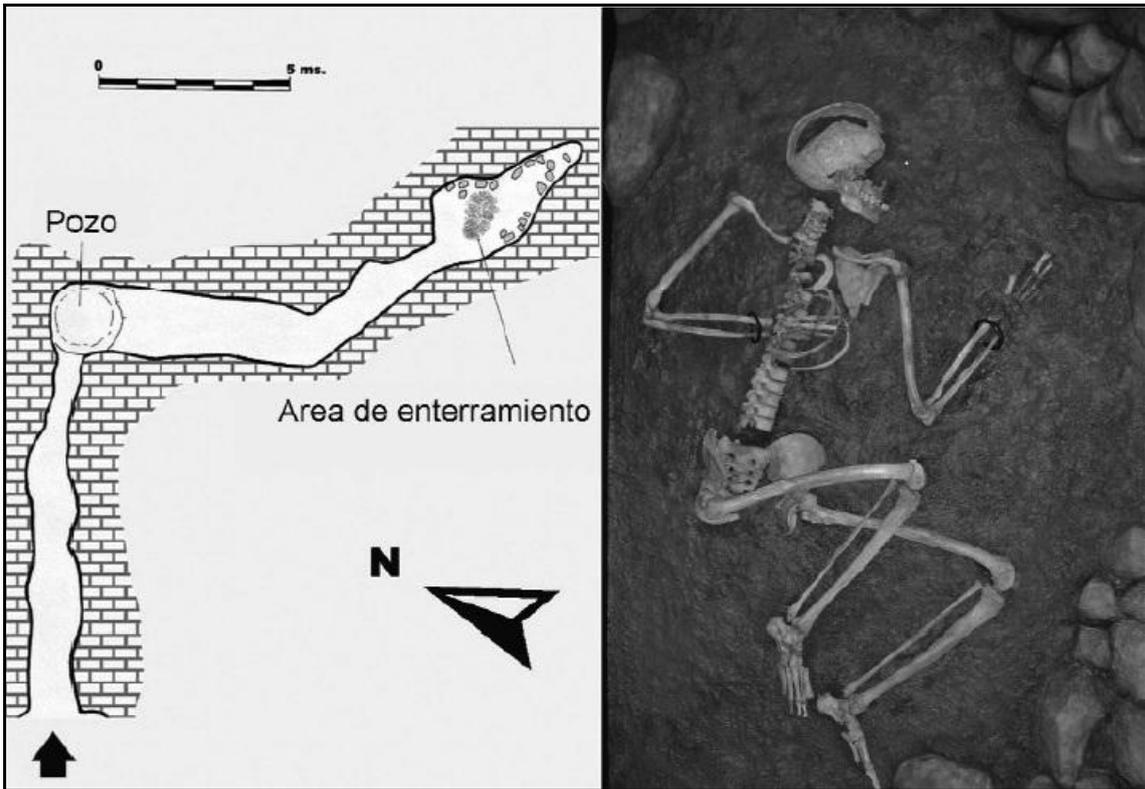


Figura 8. Croquis de la cueva de Fuentenegro (Asturias) y foto con la restauración del enterramiento de la mujer con sus dos brazaletes (Barroso *et alii*, 2007:11)

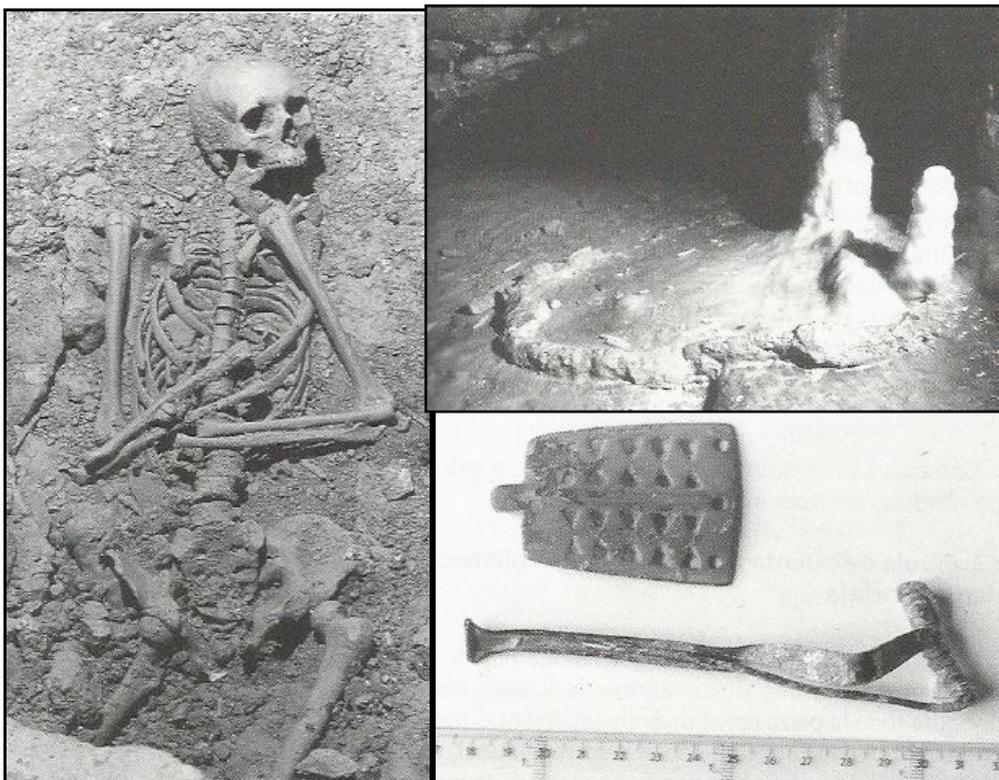


Figura 9. Fotografías del yacimiento de Ojo Guareña (Burgos). A la izquierda, esqueleto hallado en la Vía Seca. A la derecha, arriba presa de barro para captar agua y abajo broche y fíbula perteneciente al individuo localizado (Ruiz Vélez, 2009:263-264).

del Puyo en Cantabria²²⁴, fig.13, y de Fuentenegro en Asturias²²⁵, fig.8) o como un intento fallido de superación de un rito de iniciación en el caso de Ojo Guareña (Burgos)²²⁶ (Fig. 9), no proponiendo en ningún caso que pudiese tratarse de sacrificios humanos. Se ha planteado la existencia de depósitos rituales en casos como los de la Sima de Sel de Suto (Cantabria)²²⁷ o de las cavidades del valle del Miera²²⁸, Cueva de la Zurra (Asturias)²²⁹ (fig.15) o el de la cueva de Los Goros (Álava)²³⁰ entre otros, así como una intención ritual de los materiales asociados a restos de hogares y suelo carbonoso, a pesar de que la relación entre ambos sea dudosa.

Las evidencias en época romana se reducen significativamente, no existiendo una interpretación a este vacío arqueológico. Los principales materiales identificados son cerámica común romana de producción local (Altamira, Cudón, Tío Marcelino en Cantabria), *sigillata* (Cueva de Micolón II, Cantabria), tejas (Cueto de la Mina, Asturias), figurillas de divinidades (en el caso de la cueva del Ferrán en Piloña, Asturias), monedas (El Covarón de Cantabria, Santimamiñe o Sagastigorri del País Vasco), inscripciones o grabados en las paredes (Cueva del Puente, Burgos) así como molinos circulares (La Raposa, Cantabria) o cerámicas “indígenas” que tras un estudio de termoluminiscencia han desvelado una cronología romana, como el caso de la cerámica de El Pendo (Cantabria), del siglo III d.C.²³¹. Sin embargo, la localización de cuevas de época romana en el Cantábrico Central, varía según la zona. Así en el País Vasco se han localizado y comprobado 28 cuevas (14 en Álava, 14 en Vizcaya y 10 en Guipúzcoa), 4 en Navarra, mientras que de las 40 cuevas adscritas a periodo romano, solo una (La Cueva Grande de Castro Urdiales) tiene hallazgos bien caracterizados. Es casi testimonial en el caso de Asturias con la cueva del Ferrán para época Bajo imperial y tres más para momentos posteriores²³². Muchas de estas evidencias han sido interpretadas como muestras de la continuidad de los rituales de la Edad del Hierro durante la época romana (enclavados culturalmente en el Hierro II, como ocurriría en el caso de Cobrante o del Cigudal, ambas en Cantabria)²³³, por lo que su estudio puede ofrecer aclaraciones a la hora de la interpretación de los mismos. Otras han sido entendidas como evidencias de ocupaciones esporádicas de las cuevas, como en el caso de la Cuevona de Ajo (Cantabria)²³⁴.

La época tardorromana se caracteriza por una reavivación del uso ritual de las cuevas. En ellas los materiales característicos que aparecen son similares a los de la época romana añadiendo la *terra sigillata* hispánica tardía y la gálica tardía del tipo DSP.A, que a veces van acompañadas de objetos de vidrio y pequeños bronceos bajoimperiales formando “tesorillos”²³⁵. Para ellas se han propuesto varias hipótesis

²²⁴ San Miguel *et alii*, 1991 ; Fernández, 2010.

²²⁵ Barroso, 2007.

²²⁶ Ruiz Vélez, 2009.

²²⁷ Smith y Muñoz, 2010:690.

²²⁸ Ruiz y Muñoz, en prensa: 233.

²²⁹ Arias *et alii*, 1986; Maya, 1996:287-290.

²³⁰ Llanos 1991.

²³¹ Hierro, 2002:114.

²³² Gutierrez *et alii*, 2012:239-240.

²³³ Almagro y Álvarez-Sanchís, 1993:217; Muñoz, 1996:101; Hierro, 2002:114; Ruiz y Muñoz, 2009:148; en prensa: 239.

²³⁴ Ruiz y Muñoz, 2009:144.

²³⁵ Gutierrez *et alii*, 2012:241.

tales como que sirviesen de refugio en una época de gran inestabilidad social, como hábitat temporal de pastores ligado a su actividad económica (para lo cual se establece el término “cueva-braña”²³⁶), o bien para su uso como almacenes o fresqueras, como podría ocurrir en las cuevas cántabras de Cuelloburu, Las Mailas y las Conchas de Helgueras²³⁷. Pero por otro lado están los que las consideran “no habitacionales” o rituales, al valorar cuestiones como los objetos de lujo depositados o las características de la misma que no la hacen apta para su habitabilidad. En relación con estas prácticas no habitacionales está la interpretación de la cueva como lugar de culto de eremitas solitarios o de pequeñas comunidades, basado en el hallazgo de “objetos litúrgicos” como los osculatorios, jarritos, patenas...etc²³⁸, que han sido escasos en Cantabria. También se propone un uso sepulcral al interpretar que los cuerpos inhumados en cuevas están asociados a los elementos de adorno o herramientas hallados en las mismas (como en la cueva de l’Alborá, Asturias), así como un sentido ritual “pagano” de determinados depósitos, como los de la cueva de Arlanpe (Vizcaya)²³⁹. En este grupo se incluirían también los depósitos asociados a “cubetas de carbones” como los de las cuevas de Cueto, Cueva y Castillo en Cantabria²⁴⁰. Es necesaria una revisión de las cuevas catalogadas como pertenecientes a esta época por criterios tipológicos puesto que determinadas dataciones absolutas han puesto en evidencia que algunas formas cerámicas, identificadas con los siglos IV-V, se mantuvieron hasta los siglos VI-VII²⁴¹.

Las evidencias hispano-visigodas se multiplican en el Cantábrico Central hasta tal punto que es el fenómeno mejor conocido de la Península Ibérica, quizás por el hecho de la prospección y consecuente localización diferencial. El “fósil director” son los objetos de adorno, sobre todo los broches de cinturón, pero dataciones absolutas han puesto de manifiesto la existencia de objetos de adorno de tradición tardorromana en depósitos visigodos, como ocurre en Cueva Larga (Cantabria)²⁴². Destacan por un lado los enterramientos en cueva, entre ellos los múltiples de la cueva del Juyo (Cantabria) y el de la Cueva de Los Goros (Hueto Arriba, Álava)²⁴³. El primer caso destaca al ser considerado como un enterramiento con ritual pagano, es decir, de tradición indígena en un momento bastante tardío como es el siglo III d.C²⁴⁴. Por otro lado, hay evidencias de una reutilización de cuevas naturales como lugar de culto en casos como el del abrigo de San Juan de Socueva (Cantabria) donde se construyó una ermita visigótica (fig. 7), o en la Cueva de los Hornucos, donde materiales “claramente rituales” comparten espacio con restos de estructuras²⁴⁵. También, en la zona del Bajo Asón (Cantabria) los yacimientos en cueva de esta época presentan una serie de caracteres comunes (cuevas de reducidas dimensiones, alejadas de núcleos de población, con restos que se han hallado en lugares secos y amplios (aunque a veces

²³⁶ “Espacios con ocupaciones domésticas no muy intensivas, dentro de un entorno inmediato, de usos económicos mayoritariamente ganaderos”, con un posible origen indigeno-romano (Fanjul, 2011:97).

²³⁷ Muñoz y Ruiz, 2010:309.

²³⁸ González Echegaray, 1966.

²³⁹ Hierro, 2002:120-121, Fanjul, 2011:101; Gutierrez *et alii*, 2012.

²⁴⁰ Ruiz y Muñoz, 2009:149; Muñoz y Ruiz, 2010:309.

²⁴¹ Hierro, 2002:114.

²⁴² Hierro, 2002:123.

²⁴³ Hierro, 2002:116,118; Sanz, 2003:66.

²⁴⁴ Bohigas *et alii*, 1984:146 ; Maya, 1986 :84 ; Sanz 2003:66.

²⁴⁵ Muñoz, 1996:101.

se han utilizado recovecos laterales o se han situado debajo de grandes bloques) que son interpretados como depósitos rituales en ocasiones vinculados con hogares²⁴⁶.

En el inicio de la Alta Edad Media se multiplican los casos a pesar de ser una época caracterizada por la tajante prohibición cristiana de la práctica de rituales paganos, sobre todo los funerarios. Su existencia se condena desde los Concilios de Elvira (s.IV), de Valencia (549), el IIº de Braga (572) y el IIIº de Toledo (572)²⁴⁷. El hecho de que los materiales en cuevas aparezcan en los mismos lugares que otros periodos precedentes y que compartan características con aquellos, puede indicar que se trata de fenómenos rituales que se mantienen a lo largo del tiempo. El final de este periodo se caracteriza por hallazgos en superficie de cerámica común, pintada, vidriada y con esmaltes. Es el caso de Peñahorá I y Riocueva en Cantabria o las fechadas por T.L. de la cueva de Calero II (siglo IX) y de la Garma A (siglo X-). Estos materiales a veces aparecen vinculados a hogares y a restos de carbón (como en las cuevas de Arín, Nicanor y La Covarona, Cantabria) así como la aparición de grabados rupestres geométricos, reticulados o antropomorfos (como Jiboso o Los Moros de Aja, en Cantabria). Hay hipótesis que plantean su uso ritual ligado a distintos cultos paganos. Por un lado en relación a los rituales de inhumación con ajuar de la Cueva Pequeña de Cabrales (Asturias) y el de la cueva de La Garma (Cantabria), este último con cinco individuos subadultos dispuestos en un lugar de muy difícil acceso que presentan una fractura intencional de los cráneos, que aparecieron junto a distintos objetos y cuyas dataciones los sitúan entre los siglos VIII y X²⁴⁸. Por otro lado en relación a la aparición de vasijas en zonas profundas de la cueva posiblemente vinculadas al arte esquemático-abstracto (como la cueva de Cuatribú, Cantabria). No obstante, otras cuevas parecen haber desempeñado un uso funcional ligado a las actividades económicas de ganaderos y madereros o como escondite temporal de personas o grupos²⁴⁹.

A modo de conclusión sobre los casos del uso religioso de las cuevas desde la tardoantigüedad hasta la Alta Edad Media, citamos las palabras de E. Gutierrez *et alii*: *“Este tipo de comportamientos rituales habrían tenido lugar en un momento histórico en el que la legislación imperial sancionaba duramente la celebración de sacrificios privados y perseguía con especial saña, en un contexto de imposición del Cristianismo, tanto las prácticas mágicas como las relacionadas con la religión tradicional romana politeísta. Las grutas situadas en lugares apartados, aunque cercanos a las ciudades y poblados, serían el lugar ideal para su celebración”* (ibídem, 2012:247).

5.1.3. Características formales de las cuevas estudiadas

Las cuevas estudiadas se ubican de manera general en una posición dominante desde la que se controla visualmente el territorio circundante. Los investigadores de las cuevas de Cantabria indican que aquellas en las que se han hallado evidencias

²⁴⁶ Ruiz y Muñoz, 2009:151.

²⁴⁷ Sanz, 2003:69-70.

²⁴⁸ Maya, 1986:83-84; Hierro, 2010:360-365; Ruiz y Muñoz, en prensa.

²⁴⁹ Muñoz, 1996:102; Ruiz y Smith, 2003:184; Ruiz y Muñoz, 2009:156-159.

arqueológicas de la Edad del Hierro son las que se sitúan en los lugares de más complicado acceso en comparación con las cavidades de otras épocas²⁵⁰. La mayoría de sus bocas son amplias, de las que un cuarto poseen una entrada monumental, seguidas por las de tamaño medio y en menor medida las reducidas. Las cuevas con bocas más grandes suelen tener un acceso complicado, mientras que las de boca más reducida son más abiertas pero se encuentran escondidas en el paisaje²⁵¹. Su desarrollo también es variable, existiendo cuevas que llegan a tener 35 km de recorrido (como la Coventosa), 23 (Fresca) o 7,5 (Linar), algunas entre los 3,5 y 1 km (Agua o del Molino, Tío Marcelino, Rio Cueva, Cudón u Hoyo de los Herreros), otras menos de 1 km (Cofresnedo, La Cueva de Riclones, Sotarraña, La Puntida, Cobrante, Cofiar, Cuatribu), incluso inferiores a los 100 m (La Madrid, La Palenciana, Arín, Los Castros II), o de escaso recorrido (La Garciosa I y II). Esto puede llevar a pensar que el ritual desarrollado puede cambiar sustancialmente dependiendo de esta característica.

La presencia de agua en las cuevas no es común, tratándose en su mayoría de cavidades secas. Sólo se conoce la existencia de ríos en 6 cavidades, de “lagos” o grandes gours activos en 3 (como el caso de Cofresnedo) y de ambos en 1, muchas veces en zonas subterráneas de las salas en las que se encuentran los depósitos (como en el caso de Coventosa) (anexo 1.3). Otro caso diferente sería el Puyo, un abrigo muy húmedo con constantes goteos, de ahí que conserve unos pozos artificiales modernos de recogida de agua (fig. 13).

Haciendo referencia a las evidencias arqueológicas que contienen, se han obtenido varios resultados. Por un lado, es complicado dotar a los materiales de una adscripción cronológica concreta dentro de la Edad del Hierro. Por este motivo su pertenencia a la Primera Edad del Hierro (6%) y a la Segunda Edad del Hierro (26%) contrasta con la cantidad de materiales englobados dentro de esta etapa general (68%) (anexo 1.1 y fig.10). Por otro lado, es común que los materiales de la Edad del Hierro compartan espacio con materiales arqueológicos de épocas que van desde el Paleolítico hasta la Edad Media, momentos en los que probablemente su función ritual se mantuvo de principio a fin, haciendo referencia a un proceso de larga duración histórica. No obstante su significado o sentido ritual pudo cambiar sustancialmente a lo largo de este largo periodo de tiempo. Este caso se da en 52 cuevas, mientras que 17 no poseen otros restos arqueológicos o este dato no se indica en las fuentes (anexo 1.2 y fig. 10). Siguiendo con el análisis, algunos datos están muy igualados. Es por ejemplo el caso de la presencia de restos humanos en cuevas, pues mientras que en 38 cuevas están ausentes, 31 los contienen (anexo 1.6 y fig. 10). Por este motivo, los principales autores que han investigado las cuevas atribuyen un carácter sepulcral a la mayoría de las cavidades estudiadas (57), a pesar de que estas no contengan restos humanos (anexo 1.5 y fig. 10), guiándose por la tipología cerámica que contienen²⁵². Estos mismos autores mantuvieron que podría existir una relación entre los depósitos de materiales de la Edad del Hierro y el arte esquemático-abstracto, ambos con una posible función sepulcral²⁵³. No obstante los defensores de esta tesis se mantienen

²⁵⁰ Comunicación personal de V. Fernández, E. Muñoz y P. Smith.

²⁵¹ Ruiz y Muñoz, en prensa: 234.

²⁵² Muñoz y Malpelo, 1992b; Morlote *et alii*, 1996; Muñoz, 1996:100-101, Peralta, 2000:64-77.

²⁵³ Muñoz, *et alii*, 1992; Morlote *et alii*, 1996; Smith, 1996b; Serna *et alii*, 1996b.

CARACTERÍSTICAS DE LAS CUEVAS								
CUEVAS	CRONOLOGIA	RÍOS Y/O LAGOS INTERNOS	ARTE ESQUEMÁTICO-ABSTRACTO	USO SEPULCRAL	RESTOS HUMANOS	FAUNA	EXISTENCIA DE HOGARES	EXISTENCIA DE SUELO CARBONOSO
Linar	Edad del Hierro	Río y Lagos						
Hoyo de los Herreros	Edad del Hierro							
Gurugú II	Hierro II							
Callejonda	Edad del Hierro							
Las Monedas	Edad del Hierro							
Cudón	Edad del Hierro							
Carabias	Edad del Hierro							
Calero II	Edad del Hierro							
Portillo del Arenal	Edad del Hierro							
Las Cubrizas	Edad del Hierro							
La Graciosa I	Edad del Hierro							
La Graciosa II	Edad del Hierro							
Riocueva (o Recueva)	Edad del Hierro							
Riocueva II	Edad del Hierro							
Los Moros	Edad del Hierro							
Cantal	Edad del Hierro							
Lamadrid	Hierro I							
El Covarón	Hierro II							
Cueva Mora	Edad del Hierro							
Cofresnedo	Hierro II	Lago						
Barandas	Hierro I							
Delante de la cueva o del Masio	Edad del Hierro							
Coventosa	Hierro II	Río						
Cueto o Lanzal	Hierro II	Río						
La Cuevaona	Edad del Hierro							
Tío Marcelino	Edad del Hierro	Río						
Barcenal II	Hierro II							
El Portillo IV	Edad del Hierro							
Cueto Ruvalle (o Cueto Rubaye)	Hierro II							
La Frontal (Superior)	Edad del Hierro							
La Raposa	Edad del Hierro	Río						
La Tejera (o Las Brujas)	Edad del Hierro							
La Tobalina	Edad del Hierro							
Maciu	Edad del Hierro							

Acebo	Hierro II								
Cigudal	Hierro II								
Sotarraña o de Las Regadas	Hierro II								
La Palenciana	Edad del Hierro								
La Puntida	Edad del Hierro								
La Hazuca	Edad del Hierro								
Arín	Edad del Hierro								
Los Castros II	Hierro II								
La Llusa	Edad del Hierro								
Ruchano (o Ruchana)	Hierro II	Río							
Saúco (o del Chile)	Edad del Hierro								
La Covarona	Edad del Hierro								
Cobrante	Edad del Hierro								
La Llosa o La Arena	Edad del Hierro								
no Escalón	Edad del Hierro								
Fresca	Edad del Hierro								
Aguila o Peña Sota III	Edad del Hierro								
Agua o del Molino	Hierro II	Río							
La Cuquisera	Hierro II	Lago							
La Brazada	Edad del Hierro								
Aspio	Hierro II								
Grandes o de los Corrales	Edad del Hierro								
Puyo	Hierro I								
Villegas II	Hierro II	Lago							
de Reyes	Edad del Hierro								
de Covará	Hierro II								
Torca de la lanza	Hierro II								
Cofiar	Hierro I								
Las Cáscaras	Edad del Hierro								
del Mapa o Angelita	Edad del Hierro								
Las Cabras o la Bona	Edad del Hierro								
Los Santos	Edad del Hierro								
Covarrubias	Edad del Hierro								
Salto del cabrito	Edad del Hierro								
Cuatribu	Edad del Hierro								
TOTAL			9	38	57	31	32	26	32

Figura 10. Tabla explicativa que informa acerca de las características de cada yacimiento.

cautos en la actualidad a la vista de los nuevos estudios sobre este arte, al que se le otorga una cronología que iría desde época romana a la medieval, con un posible origen en el Hierro II²⁵⁴. De las estaciones estudiadas, una mayoría posee este tipo de pintura rupestre (38 frente a 31) (anexo 1.4 y fig. 10), por lo que aunque los materiales y las manifestaciones artísticas no sean coetáneas, es posible que exista una relación entre ellos, pues en pudieron tener preferencia los lugares con evidencias de tiempos anteriores para realizar las marcas. Otro de los datos que se presenta bastante igualado es el de la presencia de fauna, hogares y suelo carbonoso en el interior de las cuevas: 32 cuevas contienen restos de fauna que se hallaron asociadas a materiales de la Edad del Hierro frente a las 37 sin este tipo de evidencias (anexo 1.7 y fig. 10); los mismos números se dan para la presencia de suelo carbonoso (fig.11) (anexo 1.9 y fig. 10), mientras que la diferencia entre la existencia de hogares es mayor, pues frente a 26 cavidades que los poseen, en 43 no se han identificado (anexo 1.8 y fig 10).

Los pueblos de cultura celta apenas acondicionaban sus lugares rituales ya que siempre elegían parajes con una “sacralidad inmanente” que lo hacía innecesario. No obstante, en las cuevas se han localizado lo que se ha denominado (en la base de datos) como “estructuras” que, en cierta medida, suponen una modificación del espacio. Por un lado se sitúan las “cubetas” u “hoyos” realizados en los suelos de la cueva. Aparecen citadas en la bibliografía de estas dos maneras, aunque seguramente se trate de lo mismo: pequeños gours que han sido piqueteados para darles forma o hacerlos más profundos (fig. 11.2, 11.3 y 11.6) y en los que se han localizado restos de carbones y materiales arqueológicos. En las cuevas estudiadas se han hallado 16 hoyos o cubetas en 6 cuevas (Barandas, Calero II, Coventosa, Cudón, Hoyo de los Herreros y Tío Marcelino). Por otro lado, en la cueva de Cofiar o los Trillos (Cantabria) se han localizado dos zócalos de piedra de forma circular y una grieta colmatada intencionalmente en la zona donde aparecieron los materiales arqueológicos, y que no pueden tratarse de estructuras modernas²⁵⁵. El Puyo (Cantabria) parece que, además de los 23 túmulos, incluyó diversas estructuras como unos muros a modo de delimitación exterior, cinco recintos de distintas características adosados contra la pared del abrigo y un pequeño murete adosado a la gran piedra central²⁵⁶ (fig. 13).

5.1.4. Lugar de los hallazgos

Los materiales arqueológicos de la Edad del Hierro estudiados han aparecido siempre en el interior de la cueva o sima, a excepción de los hallados del abrigo del Puyo, que se localizaron tanto en un nivel superficial como en el interior de los túmulos que alberga.

En lo referente a las cuevas, han sido diversos los lugares elegidos para depositar los restos. Aunque algunos se han hallado en los vestíbulos en situación de penumbra o semioscuridad (Coventosa, La Puntida, Las Regadas, El Covarón), en general se

²⁵⁴ García y González, 2003; Gómez-Arozamena, 2003; Llanos, 2003.

²⁵⁵ Bohigas *et alii*, 1992:233; Serna, comunicación personal.

²⁵⁶ Fernández, 2010.

elige un lugar alejado de la entrada en la semioscuridad u oscuridad. La mayoría se sitúan en el interior, a unos 100-200 metros de la boca, pudiendo encontrarse tanto en amplias salas de techo elevado (La Palenciana, El Acebo, Maciu...), como en salas de cruce de galerías (Lamadrid, La Tobalina...), aunque hay excepciones como las de El Cigudal, cuyo depósito se encontró en una sala de cruce con suelo bajo²⁵⁷. El hecho de que los hallazgos aparezcan realmente alejados de la entrada, como por ejemplo el caso de las cerámicas de Cofresnedo en la "sala del lago" (400 metros al interior)²⁵⁸, son de por sí una buena razón para pensar en su sentido ritual pues su localización indica que no puede tener ningún sentido funcional. En ocasiones se eligen elementos acuáticos para su deposición ya sea en el interior de grandes gours en ocasiones activos (Cofresnedo), de pequeños gours activos o no (Linar, Cobrante, Cofiar, del Mapa), así como cerca de estos, de ríos o de surgencias de agua subterráneas (Ruchano). En otros casos parece que se busca una ocultación, por lo que se dejan entre los bloques caídos de techo (Linar, Portillo del Arenal, Ríocueva, Barcenal II, Sotarraña) así como en pequeñas aberturas en la roca (Cudón, Delante de la Cueva o el Masío, Cuatribu) o en lugares de difícil acceso (Cofresnedo). En otras ocasiones se busca lo contrario, dejando el depósito en un lugar vistoso como puede ser encima de coladas estalagmíticas (Cudón, Cueva Mora, Barandas, Águila o Peña Sota III, Coventosa, Calero II) o de bloques (Saúco, Falso Escalón), así como en el centro de la sala (Fresca). También se elige un lugar discreto cercano a la pared (Cantal, Covarón, La Tobalina, Cobrante, La Llosa, de Reyes, Coventosa) o se coloca en la base de coladas estalagmíticas (Agua o del Molino, La Cuquisera o Codisera). Otras veces se escoge un sitio cercano a pozos o simas del interior de la cueva (Coventosa, La Cuquisera o Codisera, La Brazada, Cofiar, Los Castros II).

Además de la elección del lugar para la deposición de los restos, muchos materiales se hallaron en relación a hogares, como Hoyo de los Herreros, Las Monedas, Lamadrid, El covarón, Cueva Mora, Cofresnedo, La Cueva, Barcenal II, La Frontal, La Tejera, La Palenciana, La Puntida, La Hazuca, Ruchano, La Covarona, Cobrante, La Cuquisera o Codisera, Aspío. También vinculados a carbones como en las cuevas de Cudón, Las Cubrizas, Delante de la Cueva o el Masío, Cueto o Lanza, La Raposa, Maciu, Sotarraña, Arín, La Covarona, Cobrante, Falso Escalón, Fresca, Aspío, Cofiar. Incluso mostrando ellos mismos trazas de quema en algunas ocasiones como en las de Cudón, Las Cubrizas, Cofresnedo, Fresca, Águila o Peña Sota, Aspío, Puyo, La Graciosa I.

²⁵⁷ Ruiz y Muñoz, en prensa: 233.

²⁵⁸ Ruiz y Smith, 2001.

5.2. Evidencias arqueológicas en el interior de las cuevas

En este apartado se procede a analizar los datos incluidos en la base de datos, añadiendo además otras evidencias del Cantábrico central. El análisis se ayuda de datos cuantitativos plasmados en tablas y gráficos. Además se exponen algunas conclusiones que ofrecen información para el posterior resumen de las conclusiones conjuntas.

5.2.1. Análisis general: proporción de hallazgos

Se han realizado dos aproximaciones en este sentido, que estudian tanto la cantidad como el porcentaje de determinadas variables. En primer lugar, se ha elaborado una tabla que incluye estos datos para los “tipos” hallados en cada una de las 69 cuevas analizadas (anexo 2). Esto agiliza el trabajo de búsqueda, ya que no se tiene que recurrir a la base de datos para conocer esta información. En segundo lugar se ha elaborado un análisis que incluye a modo general la proporción de “tipos” hallados en todo el conjunto de cuevas analizadas, que se complementa con los análisis de los subtipos (fig.12). Esto permite tener una idea en conjunto de los hallazgos existentes en las cuevas del Cantábrico central. Se especifican aquí algunos de estos datos, teniendo que en cuenta que se precisará sobre ellos en el capítulo 6.

En este sentido se observa que casi el 50% corresponde a cerámica (419 piezas), es decir, un porcentaje muy importante que recalca la importancia de los recipientes o de su contenido en el ritual (fig. 12.1).

El material óseo es el siguiente más abundante, con un 21,6% de presencia en las cuevas (189 piezas) (fig. 12.3). De este material óseo, la mitad corresponde a restos de fauna, mientras que un 35,4% son restos humanos, y un 13,7% de material óseo sin especificar. En cuanto a los restos humanos, destaca la presencia de un 42% de cráneos, normalmente fragmentos. En cuanto a la edad de los individuos un 13% corresponde a adultos, un 10% a juveniles y un 6% a infantiles, contando con un 70% de restos sin identificar en este sentido. Ya que estos restos en escasas ocasiones han sido sometidos a un estudio antropológico exhaustivo, no tenemos apenas referencias en cuanto a su sexo, aunque conocemos tres casos femeninos y dos masculinos (los cinco procedentes del análisis de los cráneos hallados en la cueva de La Graciosa II) (fig. 12.3).

Los objetos metálicos forman el 12,8 % de los *tipos* hallados (112 piezas) (fig. 12.1). Más de la mitad de estos (65%) son de hierro, otros tantos se elaboraron en bronce (15%), y en menor medida en cobre (9,8%) con un caso excepcional en plata (0,9%), contando con un 9% de metales de los que no se especifica su materia prima (fig. 12.4). De ellos, la mayoría son herramientas (40%), estando bien representados los objetos metálicos de adorno (21%) y en menor medida las armas (15%) y las monedas (1,7%), contando con un 22% que no se adscribe a ninguna de las categorías anteriores (fig. 12.4).

El lítico conforma un 6,8% del material hallado en cuevas (60 piezas) (fig. 12.1). Hay que tener en cuenta que algunos de los objetos líticos citados pueden no

pertenecer a la Edad del Hierro y que su asociación a los materiales de esta cronología, por tanto, sea errónea. De las piezas analizadas, un 45% son areniscas, un 35% sílex, un 10% cuarcita, y una minoría de cristal de roca y sílex con cristal de roca (en la misma proporción de 1,7%), contando con un 6,6% de materia prima sin especificar (fig. 12.5).

Los materiales realizados en madera conforman el 3,5% con un total de 31 evidencias, un número bastante representativo ya que esta materia prima apenas se conserva para cronologías tan antiguas como la Edad del Hierro (fig. 12.1). Aunque la mayoría (un 42 %) no especifica su funcionalidad, se puede afirmar casi con seguridad que la mayoría de éstos son herramientas. Los peines de la cueva del Aspío representan el 25% de los hallazgos en madera, teniendo la misma representatividad los palos y los recipientes (16%) (fig. 12.7).

La malacofauna supone en 2,3%, con 20 piezas (fig. 12.1). Tres de las evidencias aparecen perforadas, por lo que se les atribuye un uso como adornos, halladas en Calero II y el Puyo. El resto apunta a una utilización para consumo alimentario de los moluscos. En cuanto al vidrio, existe una única pieza de esta materia prima correspondiente a la cuenta de vidrio hallada en Cofresnedo, por lo que se presenta como un material atípico en este contexto (cuenta que aparece en la portada).

El tipo denominado “estructuras” está representado en un 4,7%, con un total de 41 evidencias (fig. 12.1). Entre ellas, un 56% lo conforman los 23 túmulos del abrigo del Puyo, un 22% hoyos realizados en el suelo del interior de las cavidades (fig. 11.2, 11.3 y 11.6), un 7,3% las denominadas cubetas y un 5% estructuras tipo muro, contando con un 9,7% de estructuras cuya naturaleza no se especifica (fig. 12.6).

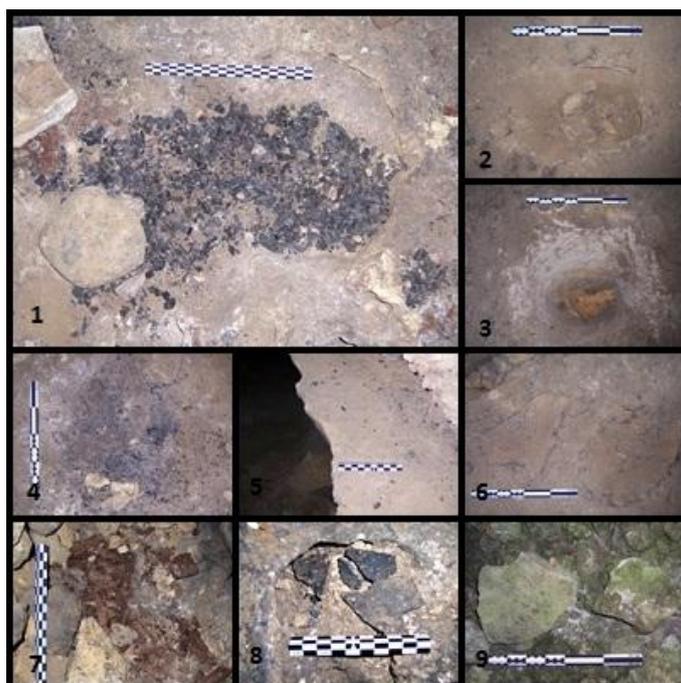


Figura 11. Fotografías procedentes de la cueva de la Coventosa. **11.1)** Gran concentración de carbones **11.2, 11.3, 11.6)** Gours modificados antrópicamente a modo de hoyos o cubetas **11.4)** Concentración de carbones con posible hoguera bajo ellos. **11.5)** Restos de carbones dispersos por una repisa adosada a la pared. **11.7.)** Restos de madera sin quemar. **11.8)** Fragmentos cerámicos a mano de la Edad del Hierro **11.9)** Fragmentos de molino circular localizados en el vestíbulo de entrada
(Fotografías realizadas por la autora)

12. 1 TIPOS EN LAS 69 CUEVAS		
TIPO	CANTIDAD	%
Cerámica	419	47,9954
Óseo	189	21,6485
Metal	112	12,8293
Lítico	60	6,8729
Estructuras	41	4,6964
Madera	31	3,551
Malacofauna	20	2,291
Vídrio	1	0,1145

12.2: Cerámica

SUBTIPO1	CANTIDAD	%
A mano	116	27.68
A torno	12	2.86
Sin especificar	273	65.16
Torneta	18	4.30

SUBTIPO 2	CANTIDAD	%
Común romana	10	2.39
Fusayola	3	0.72
Olla de perfil en	70	16.71
Orza	24	5.73
Sin especificar	241	57.52
Tipo La Brazada	61	14.56
Vasija Celtibéric	10	2.39

12.3: Material óseo

SUBTIPO 1	CANTIDAD	%
Fauna	96	50.79
Restos humanos	67	35.45
Sin especificar	26	13.76



SUBTIPO 2	CANTIDAD	%
Cráneo	28	41,7911
Otros	39	58,2089
total	67	100

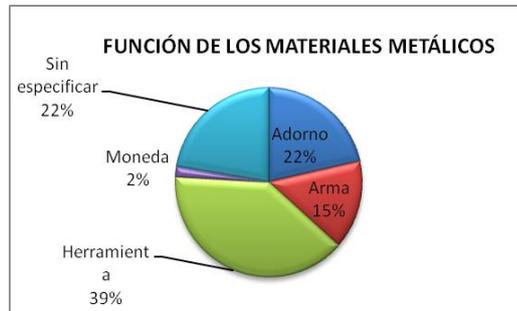
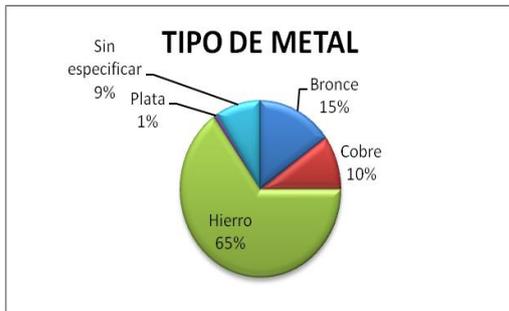
SUBTIPO 3	CANTIDAD	%
Adulto	9	13,43
Juvenil	7	10,44
Infantil	4	5,97
Sin especificar	47	70,14
Total	67	100

SUBTIPO 2	CANTIDAD	%
Bóvido	20	14,38
Cánido	3	2,15
Cérvido	3	2,15
Ovicáprido	25	17,98
Suidos	13	9,35
Ursidos	2	1,43
Sin especificar	73	52,51
TOTAL	139	100

12.4: Material metálico

SUBTIPO 1	CANTIDAD	%
Bronce	17	15.18
Cobre	11	9.82
Hierro	73	65.18
Plata	1	0.89
Sin especificar	10	8.93

SUBTIPO 3	CANTIDAD	%
Adorno	24	21.43
Arma	17	15.18
Herramienta	44	39.29
Moneda	2	1.79
Sin especificar	25	22.32



12.5: Material lítico

SUBTIPO 1	CANTIDAD	%
Arenisca	27	45.00
Cristal de roca	1	1.67
Cuarcita	6	10.00
Silex y cristal	1	1.67
Sin especificar	4	6.67
Sílex	21	35.00

12.6: Estructuras

SUBTIPO 2	CANTIDAD	%
Cubeta	3	7.32
Hoyo	9	21.95
Muro	2	4.88
Sin especificar	4	9.76
Túmulo	23	56.10

12.7: Madera

SUBTIPO 1	CANTIDAD	%
Palos	5	16,13
Peine	8	25,8
Recipiente	5	16,13
Sin Especificar	13	41,94
total	31	100

12.8: Adornos

SUBTIPO2	CANTIDAD	%
Anillo	1	3
Cuenta	9	26
Fíbula	4	13
Placa	13	39
Remache	2	6
Colgantes	4	13
TOTAL	33	100

12.9. Armas



Figura 12. Análisis de la cantidad y porcentaje de *tipos y subtipos* de las cuevas de la base de datos

5.2.2. Tipos de ofrendas y oferentes: el sentido de la demanda y del don divino.

Las ofrendas o sacrificios pueden ser cruentos, al implicar el derramamiento de sangre y la interrupción de una vida (animales o humanos), o no cruentos, cuando éstos no suponen el corte de un ciclo (libaciones u obsequios materiales). Ambos son una parte esencial de los rituales religiosos en la práctica totalidad de las culturas antiguas.

El sacrificio cruento es un acto de fuerte contenido ritual, pues se considera el acto de comunicación por antonomasia entre los humanos y la divinidad. Con el sacrificio animal, los humanos obsequian a la divinidad con algo que en realidad le pertenece, pero que los dioses ceden a los humanos para que puedan sustentarse, compartiéndolo con ellos y la comunidad en los banquetes a modo de práctica de reciprocidad. Además, hay que entender que el sacrificio animal supone una pérdida importante en una sociedad en la que la ganadería tiene una gran importancia para la supervivencia del grupo. Este sacrificio puede ser compartido con la divinidad, o ser completamente entregado a esta (hecatombe). El sacrificio humano busca distintos fines según el tipo al que pertenezcan, como pueden ser los augurales o de vaticinio, los funerarios, los de cautivos de guerra o hasta las ejecuciones rituales de criminales²⁵⁹ que conocemos para el caso celta por fuentes escritas como Estrabón (*Geogr.* 3, 3, 7), Tito Livio (*Perich.* XLIX), Plinio (*H. Nat.* XXX, 12), César (*B.G.* VI, 17) o Diodoro (V, 32).

El sacrificio no cruento, a menudo denominado ofrenda, puede tratarse tanto de elementos orgánicos (plantas, alimentos, líquidos) como inorgánicos (objetos de cerámica, metal, piedra...), siendo los segundos los que suelen conservarse arqueológicamente. A menudo estos últimos son sometidos a una "inutilización ritual" que imposibilite la continuidad de su uso en el mundo terrenal para asegurar su llegada al destinatario divino, empleando acciones tales como la ruptura del objeto (común para el caso de las cerámicas) o su deformación (común para los objetos metálicos). Este puede ser el motivo por el cual muchas de las cerámicas halladas en las cuevas aparecen fragmentadas, hecho que ha sido constatado en el caso de las "Grottes-sanctuaires" del sur de la Galia²⁶⁰, siendo una minoría las que se conservan completas (como las vasijas de la Cueva de la Zurra, Asturias) (fig. 15).

Estos sacrificios u ofrendas pueden realizarse de manera individual o colectiva.

Los rituales de tipo individual son la forma más simple y básica de la vida espiritual, estando presente en todas las religiones y complementándose siempre con rituales colectivos. El individuo no necesita un intermediario para la realización de ofrendas rituales, si no que él mismo se dirige a la divinidad respetando una serie de tabúes y normas culturalmente establecidas por el grupo²⁶¹. Este tipo de ofrendas son más difíciles de localizar que las comunitarias, aunque un ejemplo tardío de ellas serían las aras votivas dedicadas a divinidades indígenas de manera personal en época romana.

²⁵⁹ Torres, 2011:482-487.

²⁶⁰ González Reyero, 2001:71; García 1993:55,298.

²⁶¹ San Villa, 1996:63-64.

Los rituales de tipo colectivo son aquellos realizados por un conjunto de personas a los que les une algún tipo de vínculo (familiar, étnico, económico...), que sirven para crear unión entre los oferentes al mismo tiempo que para ofrecer un don mayor a la divinidad. Este tipo de rituales en ocasiones se celebran en actos establecidos dentro del calendario ritual²⁶². Estrabón (*Geogr.*) informa de este tipo de prácticas en lo que se refiere a los montañeses, entre los que mantiene que se llevaban a cabo prácticas como la realización de hecatombes donde “*de todo sacrifican cien*”, de la realización de “certámenes gimnásticos, hoplíticos e hípicos”, o la celebración de banquetes acompañados de música y bailes (3, 3, 7). En lo que respecta a los depósitos de las cuevas estudiadas, probablemente uno de ellos pueda ser identificado como una ofrenda colectiva: el depósito de objetos relacionados con el tratamiento del tejido de la cueva del Aspío (Cantabria). Este depósito (cuyos materiales y contexto arqueológico de detallarán en el anexo nº 5) (fig. 18) tan especializado, contenía 8-10 peines de madera destinados al proceso de “ripa” previo al hilado²⁶³. Si atendemos a esta funcionalidad, un artesano del textil no necesita tal número de objetos al bastarle con una pieza, por lo que seguramente esta ofrenda tuvo un sentido colectivo. El mismo sentido se propone para el depósito metálico de la cueva de Reyes (detallado en el anexo nº 5), en el que se incluyen varias herramientas de trabajo cuya funcionalidad está entre la agricultura, la ganadería y la carpintería o construcción, incluyendo además un objeto de uso doméstico como es el *llar*. Puede que se trate de los objetos utilizados por un campesino, o que se depositara como una ofrenda colectiva en el que casa oferente aportó una o varias herramientas relacionadas con su actividad económica.

Una ofrenda o sacrificio, ya sea cruenta o no cruenta, individual o colectiva, se realiza para pedir o agradecer un don a la divinidad. La petición puede implicar la promesa de un sacrificio en el momento posterior a la concesión del don, como muestra tardíamente la fórmula latina de *V(otum) S(olvit) L(ibens) M(erito)*. Dependiendo de la petición o el don concedido, los fieles se referirán a una divinidad, y ambos criterios condicionarán la ofrenda o sacrificio elegido. Parece no tratarse del mismo caso un depósito de armas, que uno únicamente de cerámicas tuvieran o no contenido, o de herramientas de trabajo. No obstante, el hecho de elegir la cueva para su deposición, puede indicar una relación común de todos ellos.

5.2.3. Cuevas con restos humanos: uso funerario, sacrificios humanos y rituales de paso.

Un 35% de los restos óseos hallados en las cuevas estudiadas pertenecen a huesos humanos (fig. 12.3). Su presencia siempre informa acerca de prácticas rituales, y el hecho de encontrarlos en las cuevas lo sitúa como caso atípico. El intento de otorgar una explicación a su aparición en este contexto hace que contemos con varias posibilidades: el uso de las cuevas como lugar funerario, como lugar donde se practicaron sacrificios humanos o donde se desarrollaron rituales de paso no superados.

²⁶² Torres, 2010:483.

²⁶³ Serna *et alii*, 1994:376, 390.

Analizando en primer lugar el uso de la cueva como lugar funerario, hay que decir que es la función que se le ha otorgado con más frecuencia al informar acerca de una función ritual de las cuevas. Pero hay que tener en cuenta que el lugar típico de enterramiento eran las necrópolis, situadas cerca del núcleo de población. La Edad del Hierro en el Cantábrico Central presenta un cierto vacío en cuanto a lo que rituales funerarios se refiere, pues son escasas las necrópolis conocidas y también las que han sido excavadas sistemáticamente²⁶⁴. Existirían otros lugares posiblemente relacionados con los enterramientos, como una de sus interpretaciones sostiene, como serían los marcados por las estelas discoideas²⁶⁵. Otra posibilidad sería la reutilización de cromlechs. Diversos autores proponen que el vacío de evidencias se deba a la práctica de un ritual que no dejaba evidencias materiales claras como podría ser la exposición de cadáveres o la deposición del cuerpo en lugares acuáticos (de los que sólo nos quedaría la evidencia de los ajueres)²⁶⁶.

El ritual funerario de la época consistía en la quema del cuerpo en un *ustrinum* del cual se extraía posteriormente una muestra que era introducida en el interior de una vasija o de un hoyo, generalmente con algún objeto de ajuar y en ocasiones con restos de fauna del banquete desarrollado durante la ceremonia. En este sentido, algunas de las cerámicas depositadas en las cuevas podrían haber servido de contenedores de los restos cremados, o de acompañamiento de éstos, tal y como se ha interpretado para las formas de “perfil en s” y para las vasijas de tipo “La Brazada”²⁶⁷ (fig.16). Existen otros casos del Cantábrico central como el de la cueva asturiana de Pueblo Bajo de Lledías (Llanes), en la que diversas urnas se hallaron conteniendo restos óseos, armas y arreos de caballo²⁶⁸, aunque A. Fanjul y E. Muñoz piensan que puede tratarse de un depósito de época tardorromana o altomedieval²⁶⁹. Sería también el caso de otras cuevas vascas como la de los Moros o Peña Ssegada (Atauri, Álava) (que posee restos humanos calcinados por toda la cueva acompañados de vasijas cerámicas y otras ofrendas)²⁷⁰, así como el de la cueva del Bortal (Vizcaya) (cuyas vasijas han sido interpretadas como urnas cinerarias aunque no contenían restos humanos)²⁷¹ y el de la cueva de los Goros (Hueto Arriva, Álava) (al que se le otorga una cronología del Bronce Final-Hierro I)²⁷².

No obstante, si se considera que los restos humanos hallados en las cuevas estudiadas son evidencias de enterramientos, hay que indicar que éstos no parecen responder al mismo modelo desarrollado en las necrópolis, a pesar de que en los dos casos sean selectivos. Una propuesta ha sido presentada para el enterramiento de la cueva de Fuentenegroso (Asturias) (fig 8), a pesar de que este caso presentaría la peculiaridad del ritual de inhumación frente al típico de incineración. En lo más profundo de la pequeña cueva de Fuentenegroso se encontró el cuerpo de una mujer de entre 17-18 años en posición fetal que se acompañó únicamente de dos brazaletes

²⁶⁴ Torres, 2011:518-529.

²⁶⁵ Torres, 2010:725-728; 2011:528-529.

²⁶⁶ Ruiz y Lorrio, 1995:226-227.

²⁶⁷ Morlote *et alii*, 1996; Smith *et alii*, en prensa.

²⁶⁸ Maya 1989:82; Fanjul *et alii*, 2010 :20.

²⁶⁹ Fanjul, 2011:97. E. Muñoz: comunicación personal.

²⁷⁰ Llanos y Agorreta, 1962.

²⁷¹ Arias y Armendariz, 1998:70.

²⁷² Llanos, 1991.

en las muñecas. El análisis de C14 le otorga al enterramiento una cronología que va desde finales del siglo VIII a mediados del siglo VI a.C., por lo que pertenecería a la facies de Bronce Final- Hierro I. Sus análisis demuestran que se trató de una mujer que tuvo una buena alimentación y salud a pesar de que sus huesos presenten evidencias de una dura labor física, razón por la cual proponen que se trate de una pastora. Por este motivo los autores del estudio explican que esta persona pudo ser enterrada en relación al lugar donde pasó una gran parte de su vida, es decir, en los pastos de alta montaña²⁷³. No obstante, hay que tener en cuenta que este caso es un *unicum*. Además de este razonamiento, A. Fanjul destaca el uso continuado que debieron tener este tipo de cuevas por parte de la población de alta montaña (pastores o madereros), exponiendo el ejemplo de los *vadinienses* en época romana, un grupo gentilicio que está presente a ambos lados de la cordillera²⁷⁴. ¿Puede ser que la población enterrada en cuevas fuera la más estrechamente relacionada con el paisaje en el que estas se enclavan, es decir, pastores, madereros u otras tareas relacionados con la alta montaña?. Es una pregunta difícil de resolver, sobre todo si tenemos en cuenta que la mayoría de los restos humanos conservados aparecen fragmentados y quemados como resultado de su tratamiento de cremación, lo que imposibilita la realización de estudios como el realizado a la mujer de Fuentenegro que pudieran apoyar esta tesis.

Un caso aparte en lo que respecta a los enterramientos en cuevas es el abrigo del Puyo (Miera, Cantabria) (fig. 13) pues se presenta como un caso diferente al descrito anteriormente y único en el Cantábrico central. Se trata de un abrigo de grandes dimensiones (11m de alto, 50m de largo y 30m de profundidad, aproximadamente: 1500m²) muy húmedo, falto de luz solar y orientado al norte, situado en la ladera meridional de un corto Vallejo, carente pues de condiciones para su habitabilidad aunque propicio para otro tipo de actividades como las mágico-religiosas. Su boca conserva los restos de dos muros que parecen haberla delimitado excepto por su lado oeste, cuya pendiente lo hace innecesario, y por el extremo de su lado este, donde el muro se interrumpe a modo de umbral. Esta estructura podría haberse concebido como el cercamiento del lugar ritual, al que se accede a través de un pasillo delimitado que lleva a la “puerta” del lado oeste. En el abrigo se han localizado otro tipo de estructuras. Una es una construcción semicircular construida contra la pared con puerta adintelada en cuyo interior hay una cista excavada en el suelo delimitada por lajas verticales, para la que se ha propuesto que se tratase de un *bustum* (lugar donde se depositan las cenizas de la incineración) de un miembro destacado del grupo. Otras dos son recintos ortogonales adosados en el extremo occidental. Una hilera sencilla de piedras se sitúa contra la pared cercana a la supuesta “entrada” oeste del abrigo. Y las últimas corresponden a tres pequeños recintos que podrían servir para esconder o guardar pequeños objetos. Es de destacar la presencia en el centro-este de la cavidad de una gran piedra que posee un murete bajo adosado en su lado sur a modo de banco corrido (fig.13). Puede ser que el nombre del abrigo y del Vallejo en el que se enclava viniera de este “poyo”, tal y como se conocen a estos bancos en el ambiente local. Parece que esta piedra organiza el espacio tumular, ya que la mayor

²⁷³ Barroso *et alii*, 2007.

²⁷⁴ Fanjul, 2011:97.

El Puyo (Miera)

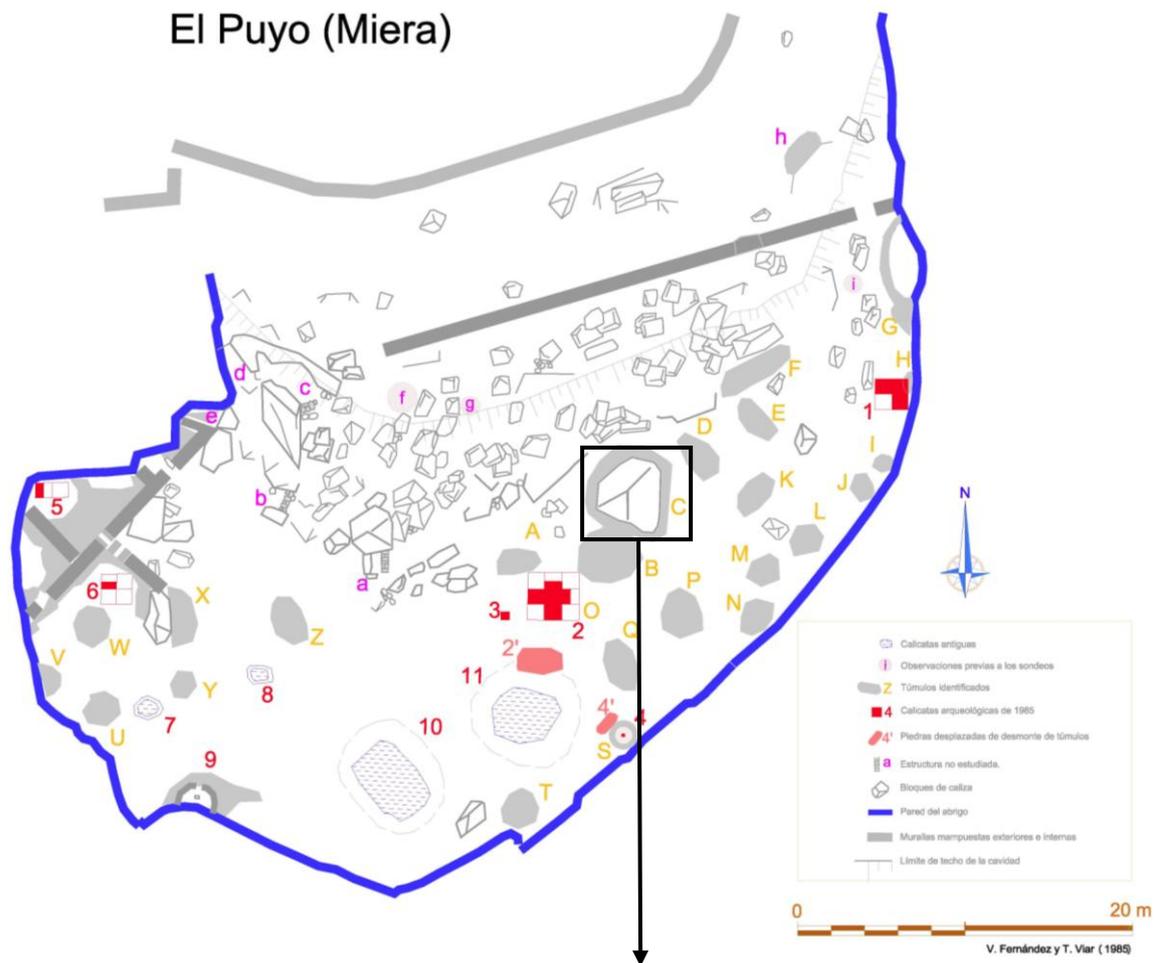


Figura 13. Arriba, planta del abrigo del Puyo y señalización de la gran piedra (Fernández, 2010:554). Abajo, piedra onfálica del abrigo del Puyo con detalle del banco corrido (Fotografía realizada por la autora)

concentración de túmulos aparecen en su entorno inmediato. Las 23 estructuras tumulares localizadas se distribuyen por toda la parte del abrigo protegida por su techo y se intercalan con las cinco excavaciones realizadas antes de los años 60, las dos de mayor tamaño en el centro del mismo. El único túmulo excavado (por los miembros del C.A.E.A.P.) proporcionó numerosos fragmentos de cerámica a mano de la Edad del Hierro mezclados con mineral de hierro, caliza calcinada, tres *Nastra Reticulata* perforadas y huesos troceados y calcinados (pertenecientes a ovicápridos, bóvidos, suidos, cérvidos, roedores y otros no identificables), y una uña de falange posiblemente humana que dio una fecha calibrada del 460 a. C, todo ello en una espesa capa negruzca de un espesor medio de 20 cm. Bajo este estrato había otro de arcillas calcinadas y bajo él otro de concreción ferruginosa, evidencia de la realización de un fuego que alcanzó elevadas temperaturas. Por este motivo se ha propuesto que fuera un *ustrina* como los documentados en las necrópolis de la Meseta, es decir, que se tratase del lugar donde se queman los cuerpos de los difuntos, y que fuese allí el sitio donde se enterrasen los restos del cuerpo junto con algún tipo de ajuar y de restos del banquete/sacrificios celebrados durante la ceremonia funeraria²⁷⁵. En este sentido, el supuesto banco corrido podría relacionarse con la conocida cita de Estrabón sobre los pueblos del norte que indica que “*beben cerveza y el vino, que escasea, cuando lo obtienen se consume enseguida en los grandes festines familiares (...); comen sentados en bancos adosados a las paredes, alineándose en ellos según las edades y la dignidad (...)*” (*Geogr.* III, 3, 7). Es de destacar que en la misma ladera del monte y varias decenas de metros más abajo del abrigo del Puyo se encuentra la Cueva de Soterraña o Las Regadas, donde se localizaron lo que puede considerarse como depósitos cerámicos de la Edad del Hierro junto con restos de ovicápridos, bóvidos y Suidos. Su zona más profunda corresponde con el suelo del abrigo del Puyo, por lo que se plantea que ambos yacimientos pudieran estar relacionados y que incluso pudiera existir un acceso directo entre ambos²⁷⁶.

Antes de desarrollar el resto de interpretaciones, es necesario revisar el anexo 3 acerca de los casos de la “Vía Seca” del complejo kárstico de Ojo Guareña (fig. 9) y el de la cueva del Puente, para comprender las propuestas que se establecen a continuación.

La cuestión de los sacrificios humanos es más complicada, ya que su identificación en huesos cremados es prácticamente imposible. No obstante, no hay que descartar que esta práctica tuviera lugar, ya que varios autores clásicos indican la práctica de este tipo de sacrificios entre los pueblos del occidente y norte de la Península Ibérica para sellar pactos (Livio *Per.*49), practicar la adivinación (Estrabón, *Geogr.* 3, 3, 6) o como sacrificio a los dioses por parte de los montañeses (Estrabón, *Geogr.* 3, 3, 7; Plutarco, *quaest. Rom.*83). En este territorio existen algunas evidencias arqueológicas que han sido interpretadas como muestra de este tipo de prácticas como el cráneo de Chao Samartín o la mandíbula de la Campa Torres, ambos en Asturias, hallados en contextos fundacionales de las murallas de los castros²⁷⁷. También se han hallado evidencias de sacrificios humanos en otras cuevas de la Europa occidental, la mayoría

²⁷⁵ San Miguel *et alii*, 1991; Fernández, 2010; Torres, 2010:711.

²⁷⁶ V. Fernández, comunicación personal.

²⁷⁷ Villa, 2003; Alfayé, 2009:292.

de la época de La Tène, que han sido comparadas con los cuerpos hallados en las turberas del norte de Europa²⁷⁸. En este sentido destaca la cueva del Trou de l'Ambre (Éprave, Bélgica), Trou de la Coupe (Charente, Francia) o la cueva de Býčiskála (Bohemia, República Checa), todas ellas con restos arqueológicos que evidencian complejos rituales que implicaban el sacrificio humano de varios individuos²⁷⁹.

De todas las cuevas estudiadas, puede haber una posibilidad de propuesta de este tipo en tres casos: la cueva de Ojo Guareña (Burgos) (fig.9), La cueva del Puente (Burgos) y la cueva de La Graciosa II posiblemente relacionada con La Graciosa I (Cantabria). En el primer caso, no se ha propuesto que los restos del individuo pudieran tratarse de la evidencia de un sacrificio humano ofrecido a la/s diinidad/es subterránea/s de la cueva, pues el joven podría no haberse introducido en la cueva por propia voluntad, si no conducido por los oferentes. De ahí que no conociese el camino de salida, que aparezca en un lugar relativamente profundo de la cueva y sin iluminación, intentando sobrevivir hasta el último instante como evidencia la construcción en el suelo de la estructura para recoger agua (fig.9). Por otro lado, el caso de la Cueva del Puente es interesante puesto que, según las inscripciones, de ella “entran diez personas y salen nueve”, dejando a la interpretación lo que pudo ocurrirle a la persona que no regresó. Por último se incluye el caso de la cueva de La Graciosa II, una pequeña y estrecha cavidad en forma de tubo que termina en una pequeña sala en la que se localizaron seis cráneos completos y varios fragmentos craneales y postcraneales que corresponden a un total de 8 individuos entre los que se hallan dos infantiles, un juvenil y varios adultos, con tres mujeres y dos hombres confirmados²⁸⁰. Estos restos se hallaron en superficie junto con fragmentos cerámicos pertenecientes a la Edad del Hierro, pudiendo pensar en que pudieron ser arrojados desde la boca o ser allí depositados por personas menudas o niños, ya que el acceso es realmente estrecho. A 5-6 metros de distancia se encuentra La Graciosa I, en la que aparecieron los restos humanos de varios individuos acompañados de cerámicas a mano y a torno celtibéricas, así como de restos de fauna. Se planteó la hipótesis de que los cuerpos hallados en La Graciosa I, correspondieran a los cráneos encontrados en la cueva de La Graciosa II²⁸¹. El hecho de que aparezcan únicamente los cráneos en esta segunda cueva hace pensar en el fenómeno ritual de las “cabezas cortadas”, algo que también se podrían plantear para el cráneo aislado hallado en Riocueva (Cantabria)²⁸². Hay que añadir que es importante la presencia de los fragmentos de cráneo en los casos de las cuevas estudiadas que contienen restos humanos, pues un 42% de ellos pertenecen a paredes craneales. Puede que esta parte del cuerpo se conservara tras la incineración por una razón simbólica, pues se la consideraba la definidora de la personalidad del difunto y se la asemejaba a la bóveda celestial, considerándola el centro espiritual y la portadora de la vitalidad representada en su cabello²⁸³.

²⁷⁸ Warmenbol, 2007:545.

²⁷⁹ Mariën, 1970; Green, 1997:84,86; Ducongé y Gómez de Soto, 2007:480; Warmenbol, 2007:540-541.

²⁸⁰ Rasines, 1986-1988.

²⁸¹ Valle y Serna, 2003: 386-387.

²⁸² Morlote *et alii*, 1996:239; Fernández, 2002.

²⁸³ Sopeña, 1987:99-114.

Por otro lado, hay materiales que podrían relacionarse con este tipo de prácticas. Me refiero a las dos cabezas de fémur perforadas y quemadas halladas en la cueva de Lamadrid en Cantabria, de los que no se especifica si son animales o humanos. Puede que se trate de una fusayola en hueso (aunque por su forma parece más un colgante), o de un objeto cuya función desconocemos, pero para los casos en los que se conoce o supone su pertenencia humana, se ha propuesto que se tratase de materiales mágico-religiosos que funcionasen a modo de talismán, cuya función protectora sería más eficiente si ese material proviniese de un sacrificio humano²⁸⁴. No obstante es una hipótesis que antes de ser tomada como tal habría que analizar si se trata de un hueso humano o no. La misma interpretación se presta para las placas de cráneo, bastante presentes entre los restos humanos hallados en las cuevas estudiadas.

Por último, la mitología popular del cantábrico central informa acerca de raptos de personas que entran a la cueva (normalmente por parte de las *xianas* o las *lamias*, (fig.6) y no vuelven a aparecer, es decir, se les arrebató la vida para que su espíritu quede en el interior de la caverna para siempre, pudiendo ser una reminiscencia de la práctica de sacrificios humanos en el pasado.

En lo que respecta a los rituales de paso, las posibles evidencias se reducen a Ojo Guareña (fig.9) y la Cueva del Puente en Burgos. En el primer caso, los restos recopilados junto al hecho de que la cueva seguramente fuera un santuario en épocas anteriores, como las numerosas pinturas rupestres parecen indicar, se han interpretado como un intento fallido de rito de iniciación, de paso o de purificación. De esta manera, el joven se habría introducido en la cueva para superar un ritual que respondía a una serie de exigencias simbólicas (que M. Almagro, G. Delibes y J.M. del Val creen en relación a una ceremonia de iniciación de hermanas guerreras) que no logró superar, perdiéndose en la gruta al consumirse su medio de iluminación²⁸⁵. No se ha propuesto, en cambio, que pudiera tratarse de un extranjero proveniente del área tartésica en vez de un personaje local, pues son conocidas las prácticas de matrimonios exogámicos para conseguir alianzas o acuerdos comerciales entre distintos territorios. Podría así estarse enfrentando a un ritual previo al matrimonio o de aceptación en la nueva sociedad o etnia de la que iba a formar parte. En el caso de la cueva del Puente, ya que M. Almagro y J. Álvarez Sanchís interpretan las evidencias como la perduración en época romana de una práctica indígena²⁸⁶, podría tratarse entonces de un ritual iniciático de algún tipo (¿guerrero?) en el que “sólo los más valientes” llegan a superarlo. No obstante, se propone una interpretación alternativa al sentido de las inscripciones, sobre todo en relación a la segunda inscripción del primer panel: el individuo que escribe en la pared izquierda indicando que ya estuvo allí antes y que escribe esto “en la pared derecha”. Según esto, el individuo podría tratarse de la décima persona que entra en la cueva con el grupo de Nicolavo y que regresa antes que los demás, pues así se entiende que falte una persona en la inscripción final y que se indique que es la pared derecha.

Hay que tener en cuenta que en las cuevas en las que se desarrollaron rituales de paso el agua desempeñó un papel principal, por lo que se trata de cuevas húmedas.

²⁸⁴ Alfayé, 2009:310-311.

²⁸⁵ Peralta, 2000:51; Alfayé, 2009:65-66; Ruiz Vélez, 2009; Torres, 2011:470.

²⁸⁶ Almagro-Gorbea y Álvarez Sanchís, 1993.

Las cuevas de cantábrico central son en su gran mayoría cuevas secas, donde el agua está presente únicamente en las partes más profundas de estas y donde no se han hallado yacimientos, o en escasos goteos. Contrasta como caso distinto el abrigo del Puyo, en el que la humedad está bien presente y que se relaciona con el último ritual de paso que constituye la muerte.

La mitología popular expone casos como el de la *Mari* vasca que ya hemos expuesto anteriormente. El episodio en el que se encarga de enseñar a una muchacha a hilar en el interior de la cueva se ha interpretado como un ritual de paso a través del cual la niña se convertiría en mujer²⁸⁷, lo que concuerda con algunos de los materiales de uso femenino hallados en cueva que se detallarán en el punto 5.2.5 referente a las “ofrendas de herramientas de trabajo”.

En relación a los restos humanos estudiados, hay que hacer un apunte acerca de la asunción de un margen de error, pues mientras que su existencia en la cueva es cierta, puede no serlo su adscripción a la Edad del Hierro dado que se hallaron en superficie y no se han datado (de hecho, ningún resto humano analizado ha aportado una cronología de la Edad del Hierro). Aunque en el momento de su descubrimiento se identificara una relación entre ellos y los objetos depositados de esta cronología, los métodos de datación en ocasiones han demostrado que se trataba de una vinculación errónea. En este sentido contamos con el ejemplo de lo inicialmente interpretado como un depósito sepulcral de guerrero de la Edad del Hierro en Cofresnedo, donde un conjunto celtibérico de armas apareció junto a restos humanos inhumados que resultaron pertenecer al Bronce Antiguo una vez analizados. No obstante, la reinterpretación mantiene que el depósito de armas pudo haber estado vinculado a un individuo cuyos restos incinerados apenas han dejado restos²⁸⁸. ¿Cómo podemos entender entonces este caso?.

Por un lado hay que pensar que tanto los restos humanos como los materiales han podido ser víctimas de agentes externos, tales como la reactivación de aguas subterráneas, que han podido moverlos de sitio creando así un depósito secundario en aparente asociación a otro. Por otro lado hay que pensar que los restos de la Edad del Bronce eran visibles para el individuo de la Edad del Hierro que visitaba la cueva, por lo que éste pudo elegir como lugar idóneo para depositar sus ofrendas en asociación con restos más antiguos. Podemos entender esta elección como un método de refuerzo del carácter ritual del don o como una asociación ritual intencionada por motivos que se desconocen (¿creación de un vínculo con los antepasados?). Esta opción ya ha sido propuesta en varios casos, como en la cueva de Roche Albéric (Couvin), donde restos de fauna y cerámicas y metales del periodo La Tène fueron encontrados en asociación con tres cráneos pertenecientes al Bronce Final²⁸⁹. Existen fenómenos parecidos para etapas posteriores, como el de la cueva de Barandas (Cantabria) y la de Aranpe (País Vasco). En el primer caso, las dataciones de una cerámica tipo “La Brazada” (fig.16) y un resto de bóvido apuntan a que el depósito se realizó en la Edad del Hierro (s. VII a.C. y s.I a.C. respectivamente), mientras que el

²⁸⁷ Ortiz-Osés, 1996:91.

²⁸⁸ Ruiz y Smith, 2001; 2003:163; Hierro, 2002:113.

²⁸⁹ Warmenbol, 2007:540.

análisis del calcáreo humano data del s.I d.C.²⁹⁰. En el segundo caso, se realizaron dos “fosas de ofrendas” muy próximas a dos inhumaciones de la Prehistoria reciente, depósito que se interpreta como parte de un ritual de *defixion* en el que se necesitaba la presencia de muertos²⁹¹. No obstante, en todos los casos es clara la reutilización del mismo espacio ritual.

5.2.4. Cuevas con restos de fauna: el sacrificio y el banquete como forma ritual

El 51% de los restos óseos hallados en las cuevas estudiadas pertenecen a fauna, frente a un 35% de restos humanos y un 14% sin especificar (fig. 12.3). Aparecen tanto en cuevas consideradas sepulcrales como en las no consideradas como tal.

Hemos de pensar que si estos depósitos se consideran rituales, lo más seguro es que los animales hubieran formado parte de un sacrificio. Ya hemos comentado en otro capítulo la importancia y el significado del sacrificio animal en sociedades básicamente ganaderas como serían las situadas en estos valles montañosos. Seguramente existiría una selección de la especie a sacrificar, pero también de su sexo, edad y otro tipo de características, como ocurrió en Capote (Badajoz)²⁹². Los animales mejor representados en los restos hallados en las cuevas estudiadas, son los ovicápridos, los bóvidos y los suidos respectivamente (fig. 12.3). No conocemos la razón de la elección de las especies, pero Estrabón nos informa acerca de que los montañeses “*se alimentan sobre todo de carne de cabra y sacrifican a Ares un macho cabrío, prisioneros y caballos, y hacen también hecatombes al modo griego, de todo sacrifican cien*” (Geogr. 3, 3, 7). Por un lado, la especie mejor representada en el registro arqueológico estudiado son los ovicápridos, lo que viene a coincidir con la información de Estrabón. Por otro lado, indica que esta especie se le ofrece a la divinidad que él asimila a Ares, por lo que se pudieron ofrecer en honor al dios indígena de la guerra, es decir, al identificado con la dualidad Taranis/Teutates (bastante común en la toponimia de la zona en relación a los montes, como el monte Terena en el norte de Palencia) o con nombres que encarnan sus mismas características como *Erudino*, (conocido por un ara aparecida en el pico Dobra del municipio de Torrelavega, Cantabria), *Cosus* (presente en aras votivas por toda Asturias, Galicia, Extremadura y Portugal) o *Marte* en dedicaciones por parte de indígenas (como los cántabros del ara hallada en El Escorial)²⁹³. Ninguna evidencia aparente parece establecer su lugar de culto en las cuevas, teniendo como única referencia la mitología popular que habla de la celebración de reuniones de brujas dirigidas por el diablo en forma de macho cabrío en las cavidades²⁹⁴. No obstante, la presencia de armas en el interior de las cuevas puede estar informando acerca de ofrendas destinadas a la divinidad guerrera, quizás bajo la protección también de las divinidades subterráneas.

²⁹⁰ Ruiz y Smith, en prensa.

²⁹¹ Gutiérrez, 2012:245-246.

²⁹² Berrocal, 1994:245-248; Torres, 2010:484.

²⁹³ Peralta, 2000:221-231; Torres, 2010:708.

²⁹⁴ Barandiarán, 1972:215-217; Dueso, 1987:272-280; Ortiz-Osés, 2007:39-41.

En relación a los restos de bóvidos, hay algo que se debe apuntar. En tres cuevas de las incluidas en la base de datos (Los Moros, La Llusa y el Aspío) se localizaron unas piezas que fueron clasificadas en bibliografía como “útiles” y descritas como “costillas con un extremo ahorquillado y pulido con base recortada”²⁹⁵. Actualmente se sabe que estos supuestos “útiles” no son otra cosa que huesos nasales de bóvido²⁹⁶ (fig. 14), lo que lleva a plantear varias cuestiones. Si pensamos que los restos faunísticos formaron parte de un ritual, hay que pensar en al menos un bóvido en Los Moros (con un hueso nasal) y en el Aspío (con dos), y con tres en La Llusa (con seis), este último indicando un importante sacrificio y posterior banquete. Por otro lado, podemos pensar que este hueso representara una importancia simbólica especial por la cual se conservara para su deposición en la cueva o que se utilizara realmente como un útil a modo de instrumento mágico con alguna función en el ritual por su presencia aislada en relación al resto de la cabeza. Hay evidencias de la presencia de esta parte del bóvido en otras cuevas como en la de Gobaederra (Álava), que posee un yacimiento de la Edad del Bronce con contexto funerario²⁹⁷.

Al no haber hallado ningún cuerpo animal completo, lo más seguro es que su carne haya sido consumida, quizás en un banquete. De haberse celebrado, todo parece indicar que la ceremonia aconteció en el exterior, pues de lo contrario se hallarían mayores evidencias de este hecho. Para cocinarlo tendrían que haber realizado un fuego en el interior de la cueva, evidencia que ha aparecido en casos puntuales como en Cofresnedo, con la contrapartida del gran humo que se generaría. El complicado acceso a estas cuevas hace que parezca imposible conducir a un animal vivo hasta su interior. No obstante, ya hemos comentado en el capítulo de mitología popular que en la cueva de Zugarramurdi (Navarra) se celebra un banquete en el que se mata y se cocina en el interior a los animales, por lo que esta opción no debe descartarse. De todos modos, y de manera general, todo parece indicar que la cueva es la receptora de una muestra del rito previo, un lugar de deposición al que llevar los restos de la ceremonia previa, quizás como manera de compartirlo con la divinidad y de demostrar la práctica realizada. Cabría la posibilidad de una excepción como puede ser el Puyo: al tratarse de un lugar casi al aire libre y de connotación funeraria, posiblemente allí tendría lugar el consumo de los animales en un banquete, cuyos restos se han hallado formando parte del ajuar funerario como muestra de la ceremonia acontecida, tal y como ocurría en la Celtiberia²⁹⁸. La hoguera en la que cocinar el animal podría ser la misma que en la que se quemara el cuerpo del difunto con su ajuar. Si la estructura adosada a la gran piedra central se interpreta como un banco corrido, la hipótesis de la celebración de banquetes funerarios en este lugar gana peso.

²⁹⁵ Serna *et alii*, 1994:375; Morlote *et alii*, 1996:241,266,274.

²⁹⁶ Muñoz, comunicación personal.

²⁹⁷ Morlote *et alii*, 1996:220.

²⁹⁸ Peralta, 2000:242, 247.

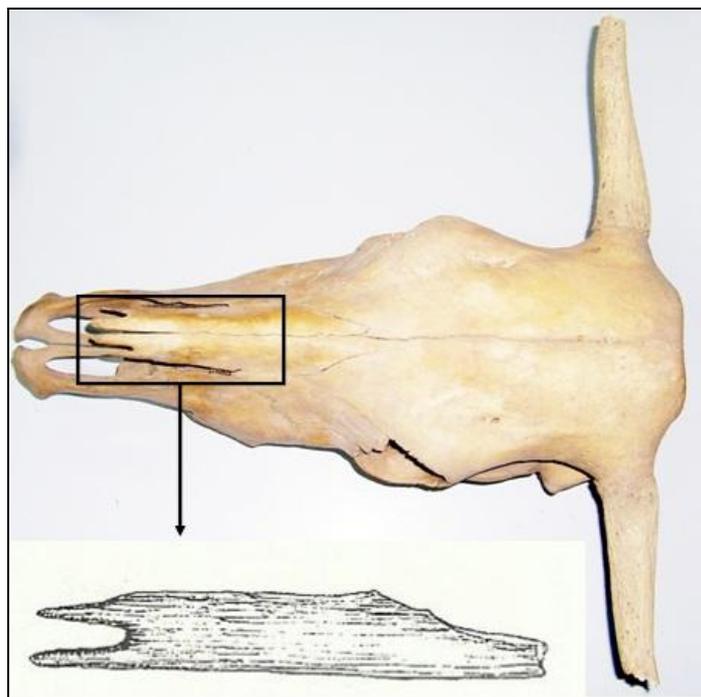


Figura 14. Cabeza de bóvido que muestra como los nasales son en realidad lo que se había clasificado anteriormente como "útiles ahorquillados" (fotografía realizada por la autora; dibujo Morlote *et alii*, 1996)

5.2.5. Rituales con fuego: hogares, carbones y evidencias del uso de fuego en materiales.

El estudio de la base de datos establece que 26 de las 69 cuevas poseen hogares en su interior y 32 de 69 tienen carbón en su suelo (fig.10 y anexo nº1). Hay que analizar estos datos de manera relativa puesto que muchos autores han denominado "hogares" a concentraciones de carbones en el suelo que no está rubefractado²⁹⁹, llevando a confusión la aparición de hogares en determinados casos, pues la presencia de carbones es una constante en la mayoría de yacimientos de la Edad del Hierro.

Los carbones aparecen muchas veces en el interior de hoyos o cubetas (Tío Marcelino, Coventosa, Barandas) (fig 11.2, 11.3 y 11.6) en ocasiones mezclados con otros restos arqueológicos, en el suelo de la cavidad repartidos por toda la sala en la que aparece el yacimiento (Cofresnedo), e incluso en lugares como repisas naturales (Coventosa) (fig.11.5). Es de destacar el caso de la Sala de los Pendants (Cofresnedo) a 160 m de la boca de entrada, que presenta un estrato uniforme de carbones con tierra vegetal por toda la superficie de la sala, es decir unos 60m²³⁰⁰. O el caso de la Coventosa, en la que aparecen por toda la sala formando conjuntos en mayores y menores concentraciones que parecen estar delimitando el espacio ritual (fig. 11.1, 11.4 y 11.5). En este último caso aparecieron también restos vegetales de madera sin quemar, aunque no se puede asegurar su relación cronológica (fig.11.7). Todo lleva a pensar que, durante el ritual que se llevara a cabo en el interior de las cuevas, se realizaría un fuego en algún lugar externo a la cavidad cuyos restos se recogerían y se esparcirían/colocarían en la sala correspondiente del interior en la que continuaría la

²⁹⁹ Smith y Muñoz, comunicación personal.

³⁰⁰ Ruiz y Smith, 2003:166

ceremonia³⁰¹. Algunas de las cerámicas depositadas en el interior de las cavidades parecen haber tenido la función de transportar estos carbones ya que se han hallado con las cenizas en su interior (como en el caso del Aspío)³⁰².

En cuanto a las posibles hogueras, ya indica R. Sanz que “ningún significado práctico tiene encender lumbres en zonas interiores de cuevas”³⁰³. La humareda que se crearía al realizar la hoguera sería imposible de soportar a pesar de tratarse de salas amplias; además, la luminosidad se limitaría a la zona inmediatamente próxima cegando el resto de la sala. Por lo que su razón de ser probablemente sea mágico-religiosa o ritual, quizás relacionada con la “purificación” a través del humo o de la quema de algún producto en un momento previo o posterior a la entrada de los oferentes/participantes en algún tipo de ceremonia/ritual. En el caso del suelo rubrefractado del Puyo, ya se ha expuesto su interpretación como *ustrina*, que se interpretaría como un caso único en el Cantábrico central.

Las prácticas de la deposición de carbones y la realización de hogueras en el interior de las cuevas continúa hasta la tardoantigüedad y los inicios de la Edad Media (s. V-X). Sus características son muy similares a las descritas para la Edad del Hierro, localizándose en cuevas con características no aptas para la habitabilidad y en lugares como encima de estalagmitas (Calero II, cuyos carbones se fecharon en el siglo VIII) o en el suelo (con el ejemplo de la cueva de La Garma, donde las 9 hogueras halladas se han fechado en un lapso de tiempo que va del siglo V a finales del IX). En ocasiones estas hogueras coinciden con estaciones que poseen arte esquemático-abstracto, por lo que se relacionan con este fenómeno, y otras muchas se vinculan con el depósito sepulcral³⁰⁴. Dichos hechos ponen en evidencia la necesidad de realizar dataciones de los carbones y hogueras localizados en las cuevas de la Edad del Hierro, pues aunque la asociación de éstos con los materiales de cronología protohistórica parece evidente, puede que estemos ante una superposición de restos de cronologías diversas. En el caso de que la deposición de carbones y realización de hogueras se realizaran desde la Edad del Hierro hasta la Edad Media, lo que parece más probable, estaríamos ante una continuidad de los medios rituales, aunque su significado pudo cambiar sustancialmente en este lapso de tiempo. De hecho, puede que el inicio de este tipo de prácticas esté en la Edad del Bronce como parecen indicar algunas evidencias. Este sería el caso por ejemplo del análisis realizado a carbones de Solacueva de Lakozmonte (Jócano, Álava)³⁰⁵, o a la vasija de la de la cueva de Armontaitze (Guipúzcoa), que contenía los restos de madera carbonizada de alguna frondosa tipo sauce o chopo³⁰⁶.

La acción del uso del fuego en materiales es perceptible en muchos de ellos ya sean óseos (cabezas de fémures perforadas de Lamadrid, restos de fauna del Puyo, restos humanos de Cofiar o Los Trillos), cerámicos (Cudón, Aspío), líticos (Puyo) o en madera (objeto en forma de lanza y peines del Aspío). La acción del fuego en estos materiales parece ser intencionada, quizás porque formaba parte del ritual previo a la

³⁰¹ Serna, Smith y Muñoz: comunicación personal.

³⁰² Serna *et alii*, 1994:376.

³⁰³ Sanz, 1992:27.

³⁰⁴ Gutierrez y Hierro, 2012:196.

³⁰⁵ Llanos, 1991.

³⁰⁶ Armendariz *et alii*, 1989.

deposición de los objetos en la cueva, a excepción del Puyo, donde parecen haber sido dejados *in situ* allí donde se realizó la hoguera. Puede que formara parte de una condición para su deposición en la cavidad, que se realizara a modo de “inutilización ritual”, o como método de purificación de objetos ya utilizados que iban a ser ofrecidos como don a la divinidad.

Hay que pensar que el fuego fue uno de los elementos más importantes durante la Prehistoria, y en concreto en las ceremonias y rituales indoeuropeos, tanto por su aportación práctica como por la simbólica. Es el centro de la reunión familiar y de la agregación comunitaria, representando la transformación de los alimentos así como de todo aquello que se exponga a sus propiedades, ya sean animales, personas u objetos. Por ello es símbolo de la comunicación con lo divino y con el Más Allá, razón de ser de la incineración funeraria, pues el fuego es a la vez creador y destructor, purificador y profiláctico, un medio a través del cual el don asciende transformándose en el aire que le conducirá al cielo³⁰⁷.

5.2.6. Cuevas con depósito u ofrendas:

- Ofrendas con recipientes: cerámica y madera

Los recipientes, ya sean cerámicos o de madera, son las evidencias arqueológicas más abundantes halladas en cueva. La cerámica es un material no perecedero, motivo por el cual suele ser el material arqueológico mejor conservado en todos los yacimientos. No obstante, sabemos que los montañeses utilizaban “*vasos de madera*”, costumbre que compartían con otros pueblos celtas como los galos según Estrabón (3, 3, 7). En este sentido, en la cueva de Hoyo de los Herreros (Reocín, Cantabria) se hallaron los fragmentos pertenecientes a cinco recipientes de madera con forma de “ensaladera” realizados a torno, lo que contrasta con las cerámicas de la misma, fabricadas a mano³⁰⁸. Han sido escasos los recipientes de madera conservados en otros yacimientos, pero aún así se cuenta con ellos en Alto de la Cruz (Cortes de Navarra, Navarra) o en lugares europeos como Altatarte (Condado de Monaghan, Irlanda) o Glastombury (Reino Unido)³⁰⁹.

La cerámica es el material más abundante hallado en las cuevas estudiadas, representando el 48% del total, con 419 piezas localizadas (fig.12.1). Aunque en la mayoría no se especifique su factura (65%), hay un 28% de cerámica realizada a mano, un 4,3% a torneta y un 2,9% a torno (fig. 12.2). En la base de datos se han especificado algunas de las formas más características de las vasijas cerámicas como las Ollas de perfil en “s” (17%), las de tipo “La Brazada” (15%), las orzas (6%), las de tipo celtibérico (2%) y las común romanas (2%) que, a pesar de clasificarse en época romana (2%), pudieron ser realizadas por indígenas y tener el mismo sentido que las depositadas en cueva anteriormente. El resto del porcentaje corresponde a tipos cerámicos sin especificar (fig. 12.2). Las formas anteriormente citadas han sido

³⁰⁷ Frazer, 1890:720-730; Sopeña, 1987:122-123; Torres, 2010: 699; 2011:481-482.

³⁰⁸ Morlote *et alii*, 1996:224-225; Gómez, 2003:223.

³⁰⁹ Torres, 2010:179

especialmente destacadas y estudiadas al estar bien representadas en yacimientos en cueva de esta cronología. Para una descripción de cada tipología, consultar el anexo 4.

Las “Ollas de perfil en s” son muy comunes también en los yacimientos al aire libre con cronologías que van desde la Primera Edad del Hierro (Monte Bernorio, Palencia) (fig. 16), la Segunda Edad del Hierro (El Ostrero del Alto Maliaño, Cantabria), el Bajo Imperio (Camedo Rebolledo, Cantabria) incluso en contextos más tardíos como la tardo-antigüedad (necrópolis de Aldaieta). Algunas cerámicas de las cuevas de Cofresnedo y el Aspío han sido analizadas por C. Olaetxea junto a cerámicas halladas en cueva del País Vasco de la misma cronología. En el caso de estas cuevas cántabras, los desgrasantes han sido denominados como “calcita de cuevas” al haber sido obtenidos de la trituración de estalagmitas y estalagmitas probablemente obtenidas de la misma cueva, lo que podría marcar la diferencia entre las formas cerámicas similares de los yacimientos al aire libre y las de las cuevas. En el caso de la cerámica hallada en todas las cuevas estudiadas por el autor, se indica que aunque la mayoría tiene un origen local, ha podido haber desplazamientos entre el área de aprovisionamiento de la arcilla y el lugar (la cueva) en el que se ha hallado la cerámica, lo que apunta a un uso ritual de la misma³¹⁰. De las cuevas estudiadas esta tipología se ha hallado en las de Callejonda, Las Monedas, Cudón, Calero II, Portillo del Arenal, Las Cubrizas, La Graciosa I, La Graciosa II, Linar, Riocueva, Cantal, Lamadrid, Barandas, Cueto o Lanzal, La Cueva, Barcenal II, El Portillo IV, La Raposa, El Cobarón, Sotarraña, La Puntida, Arín, Los Castros II, Saúco, La Llosa, Aspío y Puyo, con 70 piezas, lo que se corresponde con un 17% , del total tipológico cerámico (fig. 12.2).

Las cerámicas tipo “La Brazada” reciben su nombre de la cerámica completa que apareció en esta cueva y que ha servido para definir el tipo (fig. 16). Dada su predominante aparición en necrópolis, se ha planteado que esta tipología se tratara de urnas cinerarias, lo que le otorgaría una función sepulcral a todas aquellas cuevas donde han parecido: Las Cubrizas, Cofresnedo, Barabdas, Delante de la Cueva, Coventosa, La Tejera, El Cobarón, Cueva Mora de Calseca, Maciu, Acebo, Cigudal, Sotarraña, La Palenciana y La Cuquisera, con un total de 61 piezas, representando un 15% del total de la tipología cerámica (fig. 12.2).

Las cerámicas tipo orza están presentes durante toda la Prehistoria con cerámica³¹¹. En las cuevas estudiadas se han hallado un total de 24 piezas, un 6% de las tipologías cerámicas (fig. 12.2), en las estaciones de Hoyo de los Herreros, Callejonda, Cudón, Portillo del Arenal, Las Cubrizas, Lamadrid, Cofresnedo, Maciu, Cobrante, Aspío y Reyes.

Las vasijas denominadas “celtibéricas” están escasamente representadas, conformando un 2,3% de las tipologías cerámicas estudiadas, con 10 piezas localizadas en las cuevas de Las Cubrizas, La Graciosa I, Coventosa, Grande o de los Corrales y Las Cáscaras (fig. 12.2). La mayoría de las localizadas responden a grandes vasijas de tipo “olla”, aunque las formas de sus cuellos y bordes son muy variables³¹².

³¹⁰ Olaetxea, 2000:53.

³¹¹ Morlote *et alii*, 1996:206-207.

³¹² Bohigas *et alii*, 1984 : 140-142 ; Morlote *et alii*, 1996:209-210 ; Peralta, 2000:70.

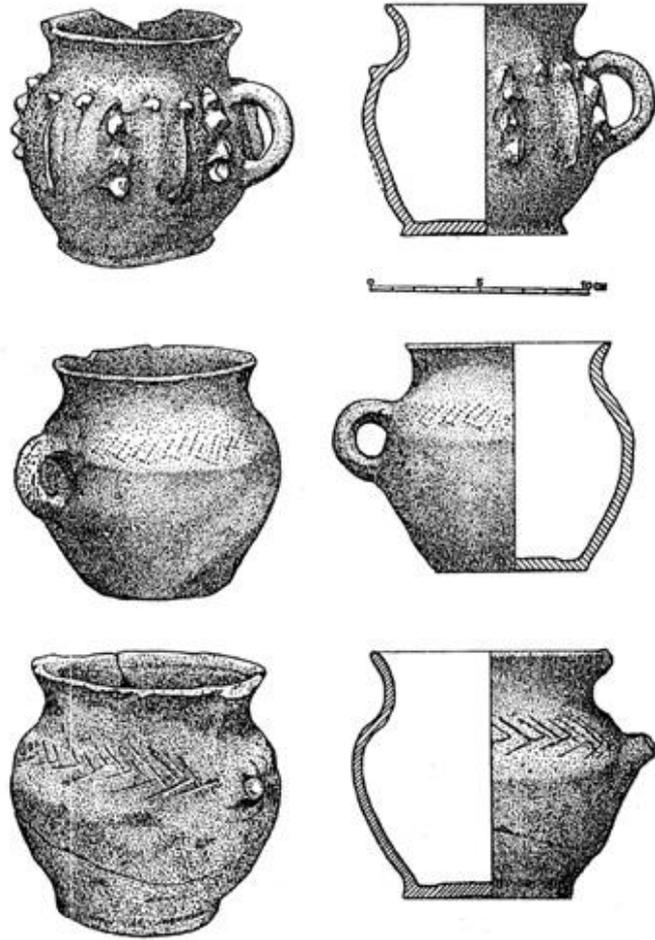


Figura 15. Vasijas completas halladas en la cueva de la Zurra (Asturias) (Maya, 1996)

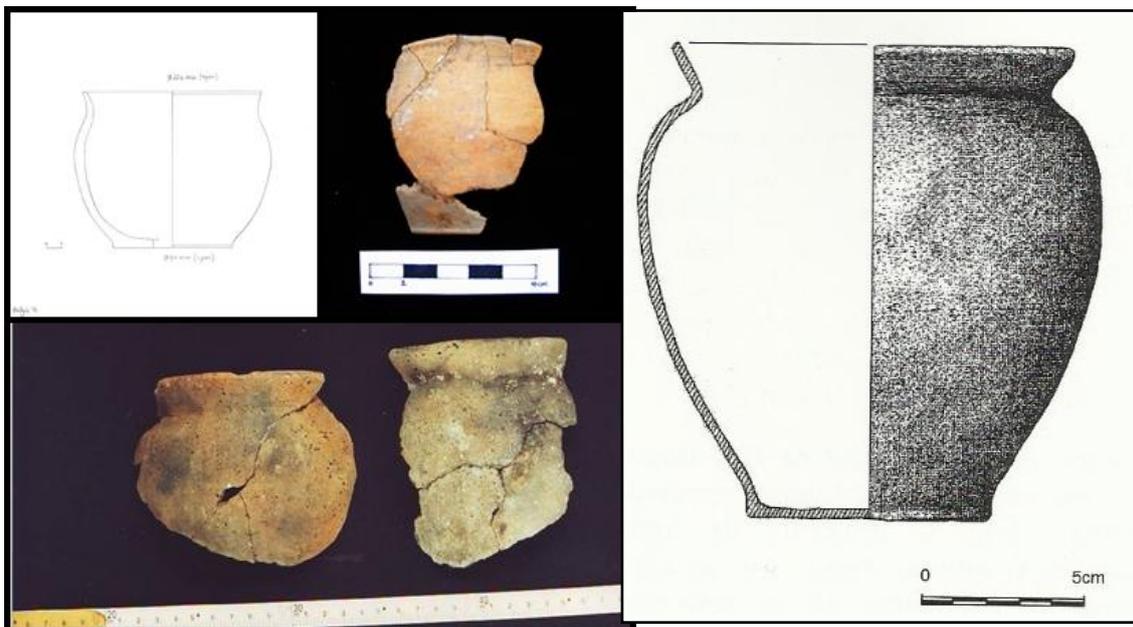


Figura 16. A la izquierda, pequeños vasos de perfil en “s”, arriba procedentes del yacimiento de Monte Bernorio (fotografía realizada por la autora y dibujo por P. Fuentes) y abajo procedentes de la cueva del Aspío (Cantabria) (fotografía donada por el C.A.E.A.P.) A la derecha, dibujo de la vasija tipo “La Brazada” que se halló completa en esta misma cueva (Cantabria) (Ruiz y Muñoz, 2003:40).

La cerámica común romana localizada en los yacimientos de la Edad del Hierro es escasa, representando un 2,3% del total tipológico cerámico con 10 piezas repartidas en las cuevas de Cudón, Las Cubrizas, Delante de la Cueva, Tío Marcelino, Cigudal, La Hazuca y Grande o de los Corrales (fig.12.2). Entre ellas destaca el denominado tipo 6 de Aguarod que aparece desde el centro del valle del Ebro hasta la costa cantábrica y aquitana, atribuidos generalmente al Bajo Imperio³¹³.

Es de destacar que en casi ninguna de las cuevas estudiadas aparece el recipiente completo, aunque en algunas cavidades como Lamadrid y La Tobalina se hallaron casi completos³¹⁴, y totalmente completos en la cueva de la Zurra (Asturias) (fig.15). Este hecho lleva a plantearse dos cuestiones: por un lado el hecho de si la fragmentación de los recipientes ha sido intencional al formar parte del procedimiento ritual; por otro lado, saber si la ofrenda fue en sí el recipiente, o si realmente lo que importaba era su contenido. En lo que se refiere a la primera reflexión, ya se ha comentado que la fragmentación de recipientes puede que formase parte del ritual, pues sería una manera de inutilizarlos en el mundo terrenal para que accediesen al mundo espiritual. No obstante, esto sólo es una hipótesis difícil de comprobar. En lo que respecta a la segunda reflexión, es complicado saber si la ofrenda son ellos, si lo es su contenido o ambas. En el caso de la cerámica hay que pensar que la gran mayoría de las formas halladas corresponden a tipos comunes hallados en los yacimientos al aire libre (fig. 16), por lo que no se trata de cerámicas específicas para el culto. No obstante, como indica J. Ruiz Cobo *"independientemente del uso concreto que se le diera a estas piezas en los poblados, parece que se seleccionaron después para la realización de depósitos rituales"* (Ididem, 1996a:143). Este hecho supone un punto a favor para pensar que la ofrenda ritual en realidad era su contenido, el cual no podremos conocer hasta que se realicen los análisis correspondientes. Pero contamos con la excepción de las tres cerámicas de la cueva de la Zurra (Asturias) que, además de hallarse completas, se corresponden con tipos cerámicos hallados en contextos rituales como el santuario de Capote y el depósito de Garvão. O funerarios como en la necrópolis de Cantamento de la Pepina, el primero y el último en la Beturia céltica³¹⁵. Sus paralelos tipológicos, además de indicar una conexión con el mundo celtibérico, así como su contexto de hallazgos (completas y depositadas en una oquedad de una cueva poco habitable y en zona oscura), parece que no dejan duda sobre su sentido ritual³¹⁶.

- Ofrendas de objetos personales y/o de adorno

Se han localizado 30 objetos clasificados como adornos, de los que un 39% corresponden a placas (con 7 piezas de bronce, 2 de hierro, 3 de cobre y 1 sin especificar), un 26% a cuentas (7 piezas de metal, 1 ósea y 1 de vidrio), un 13% a fibulas (las 4 de bronce), otro 13% a colgantes (3 de malacofauna y 1 de hueso), un 6% a remaches de metal y un 3% a un anillo de cobre (fig. 12.8).

³¹³ Bohigas *et alii*, 1984 : 142-145 ; Morlote *et alii*, 1996:210-211.

³¹⁴ Ruiz y Muñoz, en prensa: 233.

³¹⁵ Berrocal, 1988; 1994, 2004:105-112; Maya, 1996.

³¹⁶ Arias Cabal *et alii*, 1986; Maya, 1989:82.

En este apartado se omiten las descripciones de los objetos ya que se encuentran incluidos en la base de datos. Por ello me limitaré a establecer algunos apuntes relevantes desde el punto de vista ritual y de la función que pudieron desempeñar dichos objetos en este contexto.

En cuanto a las placas metálicas, algunas de ellas han sido clasificadas como placas pertenecientes a hebillas de cinturón como en los casos Hoyo de los Herreros³¹⁷ Cofresnedo³¹⁸ y dos de la Callejonda³¹⁹, todas ellas cuevas de Cantabria. Para el resto no se establece una funcionalidad concreta ya que muchas de estas placas pudieron incluirse como adorno en cualquier prenda, ya sea de tela o de cuero, siendo sujetadas con remaches.

En lo que se refiere a las cuentas, comenzando por las de metal, podemos diferenciar en primer lugar las amercilladas de la cueva de la Callejonda³²⁰ (fig.17). Este tipo de cuentas se han localizado en otros yacimientos del Cantábrico central como en Monte Bernorio (Palencia), La Hoya (Laguardia, Álava) y Las Rabas (Cantabria), siendo interesante los últimos casos, ya que en La Hoya formaban parte de una cadena que llevaba un colgante al igual que en Las Rabas, aunque aquí también se localizaron como decoración compleja de una placa de bronce con incisiones³²¹ (fig.17). Dos cuentas de la Callejonda y una de La Frontal son cilíndricas³²² mientras que la hallada en Cofresnedo es toneliforme³²³. La cuenta ósea se halló en la cueva de Cofresnedo, presentando una forma tubular o de sección biconvexa y cuya superficie había sido pulida³²⁴. En Cofresnedo también se halló

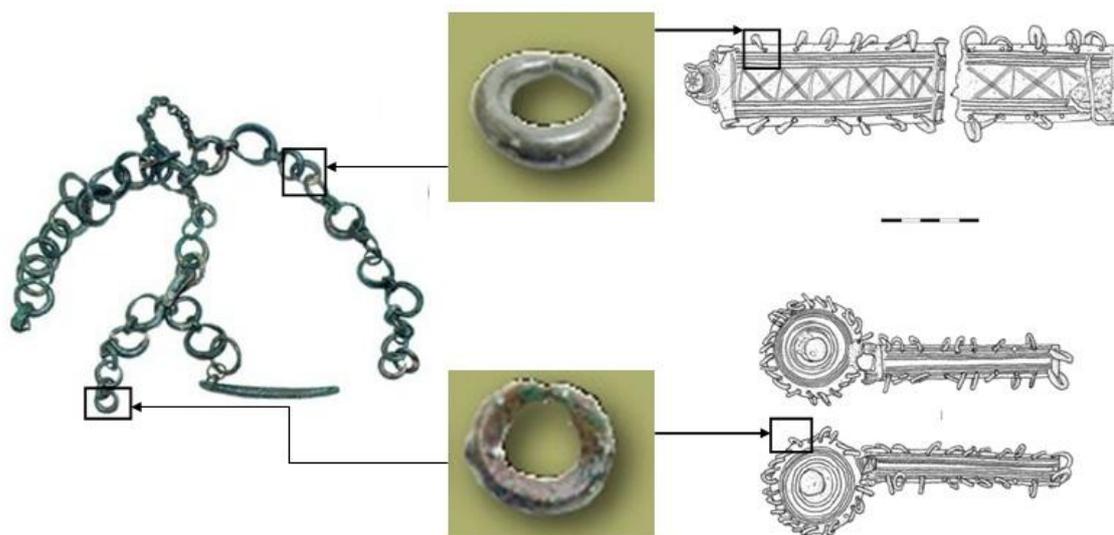


Figura 17. Cuentas amercilladas halladas en la cueva de la Callejonda (Cantabria) y su comparación con objetos de adorno hallados en el castro de Las Rabas (Cantabria) (Fotografías de las cuentas de Smith y Muñoz, 2010 y objetos de *Las Rabas* de Fernández Vega *et alii*, 2010,225).

³¹⁷ Gómez, 2003:223.

³¹⁸ Ruiz y Smith, 2003:88.

³¹⁹ Morlote *et alii*, 1996:226; Smith y Muñoz, 2010:688; Inventario del MRPYAS (nº registro 9992).

³²⁰ Morlote *et alii*, 1996:226; Smith y Muñoz, 2010:682; Inventario del MRPYAS (nº registro 9992).

³²¹ Caprile, 1986: 182,349; Fernández Vega, 2010:225-226.

³²² Morlote *et alii*, 1996:226, 255; Inventario del MRPYAS (nº registro 9992)

³²³ Morlote *et alii*, 1996:249; Ruiz y Smith, 2003:87.

³²⁴ Ruiz y Smith, 2003:88-89; Smith y Muñoz, 2010:682.

una cuenta de pasta vítrea de color azul oscuro decorada con motivos oculados en color amarillo y blanco, similares a otras localizadas en yacimientos del Cantábrico central como en Monte Bernorio (Palencia), Las Rabas (Cantabria), Espina del Gallego (Cantabria) y Julióbriga (Cantabria)³²⁵. Se han localizado un número elevado de ellas en el caso de las necrópolis como las de Numancia (Soria) o Las Ruedas (Valladolid), con una o dos por tumba. En las cuevas de la Europa Occidental se han localizado también cuentas de vidrio como en el caso de la “grotte-sanctuaire” de l’Ortiguat (Sainte-Eulalie-de-Cernon, Aveyron, Francia)³²⁶, en la cueva de Creux Beurnichot (Chenôves, en Saône-et-Loire, Bourgogne, Francia)³²⁷ o la cueva-abrigo de La Baume Du Four (Boudry, Bourgogne, Francia)³²⁸ entre otras, cuyos usos rituales van desde su lugar como santuario hasta su función sepulcral. Esta cuenta vítrea de Cofresnedo es relevante por varios motivos. En primer lugar por el carácter profiláctico que evidencian los motivos oculados, que seguramente serviría para proteger al difunto al que acompañó como ajuar, que se trató de un guerrero a juzgar por el resto de los materiales con los que se encontró³²⁹. Y en segundo lugar, porque muestra la existencia de unos intercambios comerciales de larga distancia, ya que este tipo de cuentas provenían o bien del oriente mediterráneo, o bien de los talleres centroeuropeos (el más cercano descubierto en Lacoste, suroeste de Galia)³³⁰. En el resto del Cantábrico central se han localizado algunas referencias a cuentas de adorno. Este sería el caso del “aro de cobre con extremos en espiral” localizado en la cueva de Antzuzkar (Guipúzcoa), que junto con un fragmento de cuenco pequeño y restos de fauna podría formar parte del ajuar de una incineración³³¹. En la cueva de Santimamiñe (Guernica, Vizcaya) se halló un fragmento de hueso pulido en forma de cuenta formando parte de lo que parece un depósito ritual³³². Por último, en la cueva de Los Moros o de Peña Rasgada (Álava), se localizaron 8 trozos de estagtitas isotubulares con los extremos biselados y pulimentados que probablemente fueron usados como cuentas de collar que parece que formaron parte del ajuar funerario³³³.

Se han localizado cuatro fíbulas de bronce en la cueva de Cobrante (Cantabria)³³⁴, de la Cuquisera³³⁵, del Covarón (Cantabria)³³⁶ y el fragmento de fíbula de cubo del Puyo (Cantabria), que otorga una cronología bastante exacta entorno al siglo III a.C³³⁷.

Los denominados como “colgantes” se corresponden con malacofauna (conchas perforadas en las cuevas de Calero II³³⁸ y el Puyo³³⁹ que formarían parte del ajuar) y hueso (colmillo de jabalí perforado en la cueva del Mapa o Angelita)³⁴⁰. En la cueva de

³²⁵ Smith, 1985:51-53; Morlote *et alii*, 1996:249; Ruiz y Smith, 2001 :123 ; Torres *et alii*, en prensa.

³²⁶ Pujol *et alii*, 1998:129.

³²⁷ Fitcher, 1982; Jeunot, 2007 :494.

³²⁸ Kaenel y Carrard, 2007: 499-532.

³²⁹ Ruiz y Smith, 2003: 168.

³³⁰ Torres *et alii*, en prensa.

³³¹ Altuna *et alii*, 1995.

³³² Marcos, 1982:40.

³³³ Llanes y Agorreta, 1962.

³³⁴ Morlote *et alii*, 1996:269; Gómez, 2003:227; Ruiz, 2009:223.

³³⁵ Caprile, 1986:235-236; Morlote *et alii*, 1996:273; Smith y Muñoz, 2011:688.

³³⁶ Morlote *et alii*, 1996: 248; Smith y Muñoz, 2010:684.

³³⁷ Morlote *et alii*, 1996:275; Serna *et alii*, 2010:560.

³³⁸ Muñoz *et alii*, 1992:311,316.

³³⁹ Serna *et alii*, 2010:560.

³⁴⁰ Muñoz y Malpelo, 1992:60.

Lazaldai (País Vasco) se hallaron dos colgantes de bronce, uno en forma de aguja y otro en forma de colmillo, ambos decorados, que se interpretan como parte del ajuar de la incineración que se localizó junto con varios fragmentos cerámicos³⁴¹.

El denominado en la bibliografía como “anillo” se localizó en la cueva de Cofresnedo formando parte del “depósito de guerrero” al que se hará mención en el próximo apartado. Al ser bastante pequeño para tratarse de un anillo, se propone su uso como colgante que pudo acompañar a la cuenta de vidrio junto a la que se encontró³⁴².

En otras cuevas han aparecido otro tipo de adornos. Es el caso de las pulseras halladas por un lado en Solacueva de Lakozmonte (País Vasco) (3 pulseras cerradas, una de oro y dos de plata comprendida como un depósito ritual junto a otros materiales)³⁴³ y por otro lado en Fontenegroso (Asturias)³⁴⁴ (dos pulseras metálicas abiertas halladas en las muñecas del cuerpo de la mujer inhumada)³⁴⁵ (fig.8).

Todos estos objetos personales o de adorno depositados en las cuevas pueden haber desempeñado dos funciones: una formando parte de la ofrenda realizada a la divinidad, u otra al ser parte del ajuar del difunto. El primer caso podría evidenciarse para las cuevas que no poseen restos humanos, y el segundo para los que sí los poseen (como en el caso de Cofresnedo o del Puyo). Puede que su sentido sea el mismo en los dos casos, puesto que estos objetos representarían a la persona que realiza el don o al difunto, teniendo además muchos de ellos un sentido profiláctico que en cierto momento habría que agradecer a la divinidad o dejarlo como ayuda al difunto en el Más Allá.

- Ofrendas de armas: cultura guerrera

Los autores grecolatinos destacaron el fuerte arraigo que la cultura guerrera tenía entre la sociedad prerromana de la Península Ibérica, sobre todo en las sociedades del Norte peninsular. En este sentido, Silio Itálico (III, 326-331) destacó como los cántabros no podían vivir sin las armas, renunciando a su vida antes que a ellas, algo en lo que coincidían con otros pueblos como los celtíberos según las informaciones de Justino (*Ep.* XLIV, 2). La cultura guerrera se convertirá en un elemento central en la elaboración de la identidad cultural colectiva e individual³⁴⁶, así como de la estructura social, pues como M. Almagro mantiene “*la guerra, aunque no fuera continua, afectaría a todo el sistema cultural, desde la economía hasta la religión*”³⁴⁷. Por este motivo se entiende que tuvieron que desarrollarse numerosas ceremonias y rituales relacionados con la cultura guerrera, cuyas evidencias más claras son las armas como ofrenda ritual.

³⁴¹ Caprile, 1986:162-164.

³⁴² Smith, 1985:51; Morlote *et alii*, 1996:249; Ruiz y Smith, 2003:87.

³⁴³ Llanos 1968, 1991; Caprile, 1986:164-166,258-259.

³⁴⁴ Llanos 1968, 1991; Caprile, 1986:164-166,258-259.

³⁴⁵ Rosa *et alii*, 2007:11.

³⁴⁶ Torres, 2011:385.

³⁴⁷ Almagro, 2002:64.

Se han localizado 17 objetos clasificados como armas, de los que la mayoría de ellos son cuchillos o puñales (un 35% con formado por 6 piezas), puntas (12% con 2 ejemplares), puntas de lanza (23% con 4 piezas), puntas de flecha (18% con 3 piezas) y restos de escudo (12% con 2 elementos) (fig. 12.9)

Con este conjunto de elementos tendríamos parte de la panoplia guerrera de infantería típica de los montañeses. Estrabón informa de que iban ligeramente armados con un pequeño escudo circular (*caetra*) sujeto con una correa, varias jabalinas arrojadas o lanzas, daga o espada al cinto, honda e iban protegidos con corazas de lino, cascos de cuero y grebas (*Geogr.* III, 3, 6 y 4,15). Además Dión Casio afirma que la mayor parte de cántabros y astures utilizaban armas arrojadas (LIII, 25, 5-6).

En relación a los cuchillos o puñales, todos ellos son de hierro. Se han localizado puñales de tipo biglobular en la cueva del Aspío (Cantabria) y puede que en la de Cofresnedo (Cantabria), pues en este caso hay quien piensa que se trata en cambio de una forma primitiva del tipo Miraveche- Monte Bernorio³⁴⁸. Los puñales biglobulares o de frontón típicos de la Meseta fueron también adoptados por los romanos, y cuyo uso por parte de los pueblos del norte se conoce, aparte de por estas evidencias arqueológicas, por su representación en las monedas de las Guerras Cántabras³⁴⁹. Para los dos casos de la cueva del Cigudal y La Covarona (ambas en Cantabria) no se ha determinado tipología. En una cueva del País Vasco, la de Aitzbitarte IV (Errentería, Guipúzcoa), se indica la presencia de un puñal de cobre³⁵⁰. Otro tipo de elementos puede indicar la presencia de cuchillos o puñales en los depósitos, como es el caso del objeto circular de cobre decorado, interpretado como un adorno de vaina de cuchillo, o el posible tahalí de bronce y hierro decorado de la cueva del Águila o Peña Sota³⁵¹. También los hallazgos de astas trabajados como empuñadura de las cuevas del Falso Escalón y Calero II (en Cantabria)³⁵², pudieron formar parte de cuchillos. Los puñales, característicos por su corto tamaño destinado al combate de cuerpo a cuerpo, fueron muy característicos de los pueblos del norte como indica Lucano, quien los compara con las largas armas de los teutones: "*Cantaber exiguis et longis Teutonius armis*" (*Phars.* VI, 259).

Las puntas, ya sean de flechas, lanzas, o jabalinas aparecen también bien representadas con 9 piezas, de las que 7 son de hierro y 2 de cobre. Las puntas de flecha como las halladas en Portillo del Arenal³⁵³ (aunque hay quien opina que podían ser ganchos de huso tardoantiguos)³⁵⁴, La Cuquisera³⁵⁵ y Cofresnedo³⁵⁶ (cuevas todas ellas de Cantabria), eran armas características de los cántabros según Silio Itálico (X, 15) que se utilizaban tanto en la lucha cuerpo a cuerpo como en la lucha a caballo, como muestra la estela cántabra de San Vicente de Toranzo. No obstante, hay que

³⁴⁸ Smith y Muñoz, 1984, 2010:682; Smith, 1985:51,65; Bohigas, 1986-87:122; Morlote *et alii*, 1996:249; Ruiz y Smith, 2003:87; Ruiz, 2009:181.

³⁴⁹ Peralta, 2000:194.

³⁵⁰ Altuna *et alii*, 1995.

³⁵¹ Muñoz y Malpelo, 1995:131; Morlote *et alii*, 1996:269-270,272; Gómez, 2003: 228; Ruiz, 2007:142; 2009:155; Smith y Muñoz, 2010:688.

³⁵² Morlote *et alii*, 1996:231,271.

³⁵³ Morlote *et alii*, 1996:230.

³⁵⁴ Valle *et alii*, 2005:265

³⁵⁵ Smith, 1985:57.

³⁵⁶ Ruiz y Smith, 2003:88.

dejar claro que Silio Itálico introduce una gran carga poética en sus escritos, por lo que se presenta como una fuente histórica prácticamente inutilizable³⁵⁷. Las lanzas y jabalinas aparecen como típicas de los pueblos del noroeste como muestran las monedas de los legados de Augusto. Los hispanos solían llevar al combate dos lanzas, una para ser arrojada, y otra como arma ofensiva o defensiva, como se plasma tanto en la Diadema astur de Mones como en acuñaciones augústeas de las Guerras Cántabras³⁵⁸. Puntas de lanza han aparecido en las cuevas de Covarrubias³⁵⁹, Cueto Ruvale³⁶⁰ y en Torca de la lanza (Cantabria). Es interesante el último caso, ya que el hallazgo dio nombre al lugar al ser la única evidencia arqueológica encontrada, que fue depositada en una estrecha repisa de piedra que pudo cumplir la función de altar, a 10 metros de profundidad y a 20 metros del fondo de la torca³⁶¹. Además, Cofresnedo conserva un regatón de lanza de hierro ligeramente doblado en su extremo inferior³⁶². Solo se conserva una punta de jabalina en la cueva de Las Cabras o La Bona (Cantabria)³⁶³.

La presencia de escudos en los yacimientos suele estar presente por la perennidad de su umbo central. El escudo hispano más numeroso, *caetra*, era pequeño, circular de forma cóncava, con un umbo metálico central alrededor del cual se remachaban adornos o se pintaban símbolos astrales o motivos geométricos, que podía tener el alma de madera recubierta luego con cuero. No obstante, los pueblos del norte podían llevar también los escudos tipo *scutum*, de grandes dimensiones que podían no tener umbo, como se muestra en la estela de Zurita³⁶⁴. El umbo y las decoraciones metálicas, además de desempeñar una función defensiva, eran la parte mágica de estas piezas: debido al sonido que los soldados hacían antes de la batalla al golpear sus armas contra ellos, Silio Itálico hablaba de las “*caetras sonoras*” de cántabros y galaicos (III, 348; X, 229-230; XVI, 30-32). Por un lado, en la cueva de Cofresnedo se halló una pieza de umbo de escudo acompañado de otros elementos de panoplia guerrera³⁶⁵. Por otro lado, hay noticias del hallazgo de “escudos de hierro” en el siglo XIX en la Cueva Mora (Cantabria)³⁶⁶, descubrimiento que habría que estudiar para conocer su veracidad y el paradero de las piezas.

Algunas de las piezas halladas en cuevas se han interpretado como elementos del equipo de caballería de la Edad del Hierro. Es el caso del fragmento de bocado de caballo de tipo celtibérico localizado en la cueva de Cofresnedo³⁶⁷ y del de la Coventosa (ambas en Cantabria)³⁶⁸. En la cueva de Pueblo Bajo de Lledías (Llanes, Asturias) el depósito considerado como de urnas de incineración contenía arreos de caballo en bronce que servirían para sujetar la silla al animal, indicando también la presencia de “*armas*”. La asociación de las urnas con los arreos recuerda a los

³⁵⁷ Quesada, 2001:146.

³⁵⁸ Peralta, 2000:192-194.

³⁵⁹ Serna *et alii*, 1996.

³⁶⁰ Morlote *et alii*, 1996:255.

³⁶¹ Smith y Muñoz, 2010:690.

³⁶² Smith y Muñoz, 1984; Smith, 1985:51; Morlote *et alii*, 1996:249; Ruiz y Smith, 2003:87.

³⁶³ Bermejo *et alii*, 1987:166.

³⁶⁴ Peralta, 2000:188-190.

³⁶⁵ Morlote *et alii*, 1996:249.

³⁶⁶ Bermejo *et alii*, 1987:172 ; Peralta, 2000 :70.

³⁶⁷ Morlote *et alii*, 1996:249; Peralta, 2000:195.

³⁶⁸ Morlote *et alii*, 1996:253 ; Ruiz, 2009 :146.

depósitos funerarios en la tradición de Campos de Urnas, aunque debido a su hallazgo en cueva se sitúa como una evidencia de continuidad de tradiciones locales en la Edad del Hierro³⁶⁹, aunque A. Fanjul intuya una adscripción a época tardorromana o altomedieval compartiendo opinión con E. Muñoz³⁷⁰.

Es necesario comentar el depósito guerrero hallado en la cueva de Cofresnedo (Cantabria), concretamente en la sala de los Pendants, que ya contaba con un enterramiento de inhumación sin ajuar de la Edad del Bronce. Para su descripción, incluimos un fragmento del libro monográfico sobre el estudio científico de la cueva:

“En el último siglo del milenio se depositarían los restos de otro muerto en la misma sala, aunque la práctica funeraria ya había cambiado, pasando de la inhumación a la incineración. Y esta vez un rico ajuar funerario, propio de un guerrero, se depositó junto a los restos del cuerpo, que se habría incinerado en las afueras de la cueva. Dicho ajuar consistía en varias vasijas y objetos de metal y vidrio. Quizás la urna mayor llevaba las cenizas, mientras las vasijas más pequeñas contenían los otros elementos: un puñal biglobular con su vaina y tahalí de bronce, un hacha y un regatón de hierro, y unas cuentas, tal vez de un collar, de pasta de vidrio azul”³⁷¹.

Con todos estos datos se puede intuir la existencia de dos funciones de las armas en las cuevas: por un lado su labor como ajuar funerario (como ocurre posiblemente en el caso de Cofresnedo y de Pueblo Bajo de Lledías) y, por otro, como depósito ritual, quizás realizado en algún tipo de ceremonia de iniciación guerrera para el que eran tan propicias las cuevas durante la Edad del Hierro³⁷². M. Gabaldón propone otros motivos rituales para la localización de armas en lugares de culto, como podría ser la ofrenda (como parte de un botín o como arma personal), el arma sagrada como objeto de culto, el arma como instrumento ceremonial o como tesoro/reliquia (al poder tratarse por ejemplo de armas utilizadas en juegos o competiciones, o que perteneciera a una persona relevante socialmente)³⁷³.

- Ofrendas de herramientas de trabajo: cultura campesina y artesana.

Las sociedades a las que nos referimos pueden ser definidas como campesinas, pues se caracterizan por explotar recursos naturales, y dedicarse económicamente a la ganadería y agricultura habitualmente en sistemas familiares de producción aunque también existía una producción de excedentes. Además, desde la Edad del Bronce los sistemas de producción de manufacturas (artesanía) son ya muy complejos y eficaces³⁷⁴. La importancia de estas labores, campesina y artesana, para la subsistencia y vida cotidiana, hace necesaria la realización de rituales (de demanda y agradecimiento) relacionados con la prosperidad en estos campos. En este sentido, parece que las cuevas estudiadas contienen algunas de estas evidencias.

³⁶⁹ Maya, 1989:82; Peralta, 2000:67; Fanjul *et alii*, 2010:20.

³⁷⁰ Fanjul, 2011:97; Muñoz, comunicación personal.

³⁷¹ Ruiz y Smith, 2003:168.

³⁷² Almagro, 1996; Torres, 2011:388-389, 391-395.

³⁷³ Gabaldón, 2004:23-29.

³⁷⁴ Smith, 1996a:189; Torres, 2011:65,173.

Antes de establecer conclusiones acerca de este tipo de depósitos, es necesario consultar bien el anexo 5 acerca de los depósitos de Reyes y de Coventosa, o bien las fichas de la base de datos de cada objeto del depósito.

Hay que decir que ambos contienen instrumentos que se pueden adscribir a diversas funciones de la vida campesina y artesanal, por lo que se presentan como depósitos de compleja interpretación. Hasta el momento, la única hipótesis que se ha expuesto ha sido que se trataran de ocultaciones en un periodo de inestabilidad como podría ser el periodo de las Guerras Cántabras³⁷⁵. Esta es una de las opciones, pero hay que contemplar también la posibilidad de que se trate de una ofrenda ritual de las herramientas de trabajo campesinas. El hecho de que aparezcan herramientas destinadas a trabajos diversos en el caso del depósito de la cueva de Reyes, puede informar acerca de una ofrenda realizada colectivamente, quizás por un grupo familiar si tenemos en cuenta el *llar*. No obstante, de lo que están informando con seguridad estos tecnocomplejos, es de la existencia de una economía agrícola en estos valles de tan difícil orografía, que se combinaría con la ganadería³⁷⁶.

Otras cuevas han proporcionado hallazgos aislados de herramientas de trabajo artesanal como por ejemplo el caso del Aspío (Cantabria), en el que se localizaron unas tenazas de hierro que podrían corresponder a los útiles de herrero a juzgar por sus comparaciones con los ajuares de las necrópolis de la Meseta³⁷⁷. Se han hallado también punzones en el caso de tres cuevas cántabras que podrían estar relacionados con un uso artesanal: en la cueva del Cudón apareció un punzón óseo realizado sobre apófisis de ciervo, en el Portillo del Arenal tres punzones-espátula, y en Cofresnedo un punzón fabricado en Cobre³⁷⁸. Otro punzón, esta vez especificando que se trata de “tipo brújula”, apareció en la cueva vasca de Santimamiñe junto con una gubia, ambos de cobre, por lo que puede que ambos estén relacionados con un trabajo de carpintería³⁷⁹, así como el punzón hallado en el nivel VI de Solacueva de Lakozmonte (Álava) es de hueso³⁸⁰. El caso de los punzones de hueso localizados en estas cuevas es controvertido, ya que para la cueva de Portillo del Arenal y de Cudón (Cantabria) se ha propuesto que se trate de “punzones de tejedor” tardoantiguos que servían para apretar la urdidumbre en el telar vertical, pues sus paralelos europeos los sitúan en esta época. También se propone esta cronología para los punzones hallados en la cueva del Linar, que habían sido atribuidos a la Edad del Bronce, así como para lo que fue clasificado como “puntas de dardo” en el Portillo del Arenal, que se interpreta como ganchos de huso tardoantiguos, como los de la cueva de Las Penas, Calero II y Cudón (Cantabria)³⁸¹. Este episodio vuelve a poner en evidencia la necesidad de la revisión de las piezas halladas en determinadas cuevas.

En cuanto a los objetos relacionados con la vida campesina, se han hallado cinco hachas de una sola hoja en cuevas de Cantabria (Cofresnedo, Covarrubias, Cuatrimbo,

³⁷⁵ Smith, 1996:189; Smith y Muñoz, 2010:689.

³⁷⁶ Ruiz y Smith, 2009:179.

³⁷⁷ Serna *et alii*, 1994:385,390.

³⁷⁸ Smith, 1985:51; Morlote *et alii*, 1996: 227, 230, 249; Ruiz y Smith, 2003:87.

³⁷⁹ Marcos, 1982:40.

³⁸⁰ Llanos, 1968:124.

³⁸¹ Gutierrez y Hierro, 2010:271-275.

Fresca y Los Santos)³⁸² muy similares a las localizadas en yacimientos al aire libre (como en Celada Marlantes, La Ulaña, Carabia o Sásamo). Si bien pudieron utilizarse para distintos trabajos campesinos como el de la madera, ocasionalmente también pudieron ser empleados para la guerra. No obstante, la panoplia guerrera pudo incluir otro tipo de hachas como son las *bipenne*, cuya hoja era muy parecida a la francisca y cuyas características conocemos gracias a Silio Itálico (XVI, 44-69) y a su representación en monedas acuñadas al término de las Guerras Cántabras³⁸³. No obstante, ya hemos comentado que este autor es una fuente mínimamente fiable³⁸⁴, además de que las monedas pueden estar representando hachas ceremoniales romanas.

La fabricación de tejido es otra actividad artesanal a la que dedicaban gran parte del tiempo las mujeres, quienes llevaban a cabo otras tareas domésticas como la manipulación de alimentos y la crianza de los niños, compaginada a veces tareas de agricultura y pastoreo³⁸⁵. Acerca de esta actividad, se han localizado varias evidencias arqueológicas en las cuevas estudiadas. Por un lado tres fusayolas, dos decoradas con incisiones en la cueva de Las Monedas y una lisa en el Aspío (ambas en Cantabria). El número ascendería a cuatro si la cabeza de fémur perforada hallada en Lamadrid (Cantabria) fuese una fusayola, algo que deben confirmar posteriores estudios, aunque tanto por su corte oblicuo y por su falta del desgaste típico de las Fusayolas de hueso parece que se trata más de un colgante. En La Cuquisera (Cantabria) apareció una aguja metálica y en Cofiar el extremo de una aguja de hueso así como en la cueva de Santimamiñe (Guernica, País Vasco) se localizó una pesa de telar³⁸⁶. No obstante, la ofrenda más completa en relación al tejido es la localizada en la cueva del Aspío (fig.18), que se detalla en el anexo 5 y en la base de datos. En la tardoantigüedad, el ajuar de herramientas para el trabajo del tejido en sepulturas en cuevas es bastante corriente, apareciendo utensilios como fusayolas, pesas de telar, punzones de tejedor, y posibles ruecas de mano como podrían ser los osculatorios³⁸⁷. Este tipo de ajuar apareció en varias cuevas demostrando una asociación entre estas herramientas y la mujer, manteniendo la práctica ritual de esta vinculación aunque su significado pudo cambiar significativamente.

Es interesante contrastar esta información arqueológica con la que aporta la mitología popular. Como se ha detallado en el capítulo 4, la mayoría de los seres mitológicos femeninos relacionados con las cuevas destacan por su relación con el hilado³⁸⁸. La relación de la mujer con el trabajo del tejido se establece desde la Prehistoria hasta prácticamente la actualidad, por lo que no es de extrañar que las leyendas sobre seres mitológicos femeninos conserven esta relación. Lo que sorprende es que muchas de ellas poseen como atributo un peine que utilizan para desenredar sus cabellos, como en el caso de las *Lamias* (fig. 6 y fig.18). Se puede llegar a pensar que este último objeto también estuviera relacionado con el trabajo del

³⁸² Smith y Muñoz, 1984; 2010:688; Smith, 1985:51; Morlote *et alii*, 1996:249, 271; Serna *et alii*, 1996; Gómez, 2003:228; Ruiz, 2009:153;

³⁸³ Peralta, 2000:195.

³⁸⁴ Quesada, 2001:146.

³⁸⁵ Torres, 2011:357.

³⁸⁶ Marcos, 1982:40.

³⁸⁷ Gutierrez y Hierro, 2010.

³⁸⁸ Ortiz-Oses, 1996:91.

tejido, pues son conocidos los peines utilizados para el preparado previo del hilado (como los peines hallados en el Aspío) así como para el hilado y el cardado, y que con el tiempo la mitología popular se haya encargado de otorgarle otra función como es el peinado del cabello. No obstante, esto se trata de una interpretación. Puede que el origen de estas historias no fuera casual, sino que esté informando acerca de un tipo de vínculo simbólico ya claro entre lo femenino y la cueva. Pero también entre éste y las ofrendas vinculadas a la artesanía del tejido.

Con esta información se llega a varias conclusiones. Por un lado, que aparecen hallazgos aislados de herramientas de trabajo campesino o artesanal en las cuevas. Por otro lado, que existen algunos depósitos especializados en un trabajo concreto, como son los depósitos de rejas de arado de la Coventosa o de los objetos del trabajo del tejido en el Aspío. También se observa la existencia de algunos depósitos mixtos que incluyen herramientas de diversos trabajos, como ocurre en la cueva de Reyes. Como apunte puede establecerse una relación entre los objetos del trabajo del tejido y los dedicados a otros trabajos artesanos como el herrero o carpintero, algo que puede ocurrir en las cuevas del Aspío (Cantabria) y de Santimamiñe (País Vasco) respectivamente. Lo que no tiene lugar a dudas es que las herramientas de trabajo pudieron ser también parte de las ofrendas depositadas en las cuevas, seguramente en relación a una demanda o agradecimiento relacionado con este tipo de actividades, como se propone para otros depósitos de este tipo hallados en cuevas de la Europa occidental³⁸⁹.



Figura 18. Algunos de los objetos de madera del depósito relacionado con la actividad artesanal del tejido de la cueva del Aspío (Smith y Muñoz, 2010:85).

³⁸⁹ Ducongé y Soto, 2007:488.

- **Ofrendas con molinos y alimentos**

La aparición de molinos en las cuevas estudiadas se ha demostrado en cinco casos, de los que tres se hallaron en el vestíbulo de entrada (Delante de la Cueva, El Portillo IV y Coventosa, Cantabria)³⁹⁰ (fig. 11.9) y tres en sala interiores (Maciu, Cofiar o Los Trillos y Cofresnedo Cantabria)³⁹¹. Todos estos molinos son circulares, razón por la cual los autores señalaban que eran de cronología romana, y por ello no en todas las publicaciones se cita su presencia. No obstante, hay que indicar que los molinos circulares son conocidos desde la Segunda Edad del Hierro³⁹², por lo que los citados podrían corresponder a esta cronología. Los fragmentos conservados pertenecen normalmente a la volandera, la parte del molino que más probabilidades de fractura tiene. En Hoyo de los Herreros (Cantabria) se localizó en un lugar no especificado una mano de moler, que se correspondería con un molino barquiforme.

Los molinos circulares se utilizaban para moler cereal (fig 11.9), mientras que los barquiformes eran más útiles para la molienda de frutos secos y el trabajo de la cecina. No obstante, algunos análisis han evidenciado que los molinos no sólo se utilizaron para obtener harinas, sino que en uno barquiforme se detectaron restos de raíces y residuos de ocre rojo³⁹³. Ambas tipologías se constituyen como herramientas domésticas básicas para la subsistencia y relacionadas con la preparación de alimentos. En este sentido se conservan algunos molinos barquiformes y circulares en cuevas de probable uso como hábitat esporádico como las del Alto de Reocín y Peñas Negras, con cronologías que abarcan toda la Protohistoria³⁹⁴.

Se puede pensar que, si el molino participó en la ceremonia ritual, pudo hacerlo de distintas formas: como ofrenda en sí misma (pudiendo ser fragmentada ritualmente), como parte activa del ritual que contemplaba la manipulación de alimentos (actividad en la cual se fragmentó y quedó allí), o ambas posibilidades a la vez.

En relación a los molinos, hay algunas evidencias del uso de alimentos en las cuevas de la Edad del Hierro estudiadas. La Cueva de los Moros o Peña Sogada (Atauri, Álava) posee un depósito en el vestíbulo de entrada perteneciente a un momento final de la Edad del Hierro e inicios de la romanización en el cual se han hallado restos humanos, cerámicas a mano y a torno, 17 fragmentos de vidrio, elementos líticos y restos de granos de trigo calcinados junto con bellotas³⁹⁵. Si consideramos que el depósito es sepulcral, hay que pensar que la ofrenda alimenticia formaba parte del ajuar del difunto. Por otro lado, al fondo de la galería principal de la cueva de Cofresnedo (Cantabria) se localizaron los restos de un cesto de mimbre y, detrás de él, una amplia concentración de carbón vegetal cubriendo la superficie de las cubetas naturales de calcita, de las que en una de ellas se halló una acumulación de granos de cereal carbonizados (fig. 19). Por su cercanía, el cesto podría estar relacionado con los granos de cereal, pues el sentido de su presencia en este punto de la cueva podría haber sido el transporte de los mismos. En anteriores publicaciones

³⁹⁰ Morlote *et alii*, 1996:251; Gómez, 2003:222, 228; Ruiz, 2007:136, 2009 :144.

³⁹¹ Bohigas *et alii*, 1992: 233 ; Morlote *et alii*, 1996:25 ; Ruiz y Smith, 2003:182.

³⁹² Berrocal, 2002:206-207; Torres, 2005:42.

³⁹³ Torres, 2005:44-45.

³⁹⁴ Ruiz y Muñoz, 2009:179.

³⁹⁵ Llanos y Agorreta, 1962.

se intuía una cronología tardoantigua-medieval para cesto de mimbre³⁹⁶ y, en consecuencia, para los restos de cereal. Recientemente la datación realizada en una muestra de cereal carbonizado otorgó una cronología de 2055±30 B.P (170 a.C.-20 d.C. fecha calibrada) lo que evidencia que la ofrenda se realizó en un momento avanzado de la Edad del Hierro³⁹⁷. Para fechas más recientes, se hace referencia a la aparición de “restos de comida” junto a otros materiales en la cueva romana de Las Brujas³⁹⁸. Gracias a M. Dumienne (*De Corr. Rust*) y a los Concilios Visigóticos (de Braga II y III) se sabe que en una época aún más tardía como fue el siglo VI, las ofrendas alimentarias eran comunes en las prácticas rituales consideradas paganas, informando de una costumbre arraigada en las sociedades del norte peninsular. Muestra de este tipo de prácticas la encontramos en la cueva de las Penas o Los Perros (Cantabria), donde una docena de individuos se hallaron con ricos ajuares (broches de cinturón visigóticos y franciscas) y evidencias de ofrendas de alimentos como gallinas y semillas de trigo, cuyas dataciones sitúan este conjunto entre los siglos VII y VIII³⁹⁹. Además, la mitología popular informa acerca de las ofrendas alimenticias que se les ofrecía a las *anjanas*, a las *lamias*, en los aquelarres o también a los difuntos⁴⁰⁰.

Se ha planteado que este tipo de ofrendas de cereales o frutos provenientes de la agricultura, se relacionara con una ofrenda a la divinidad con ocasión de las cosechas⁴⁰¹. Desconocemos su intención, pero ya hemos visto que en el caso de Solacueva esta ofrenda puede ser funeraria, lo que pone en evidencia que la gama puede ser amplia en cuanto a la intención de este tipo de ofrendas. En otras cuevas del Mediterráneo y la Europa occidental se ha evidenciado la presencia de este tipo de objetos, como en el caso de la cueva de Baume Rouge (Hérault, Francia), cuyos materiales con trazas de fuego que parecen evocar ofrendas alimentarias⁴⁰², los vasos caliciformes abundantes en las cuevas-santuario ibéricas relacionadas con la práctica de libaciones o con su función como contenedores de alimentos, o como ocurre en el santuario subterráneo de la Encarnación (Caravaca, Murcia) en cuyo altar se hallaron restos de una libación compuesta de leche humana, ovina y miel⁴⁰³.

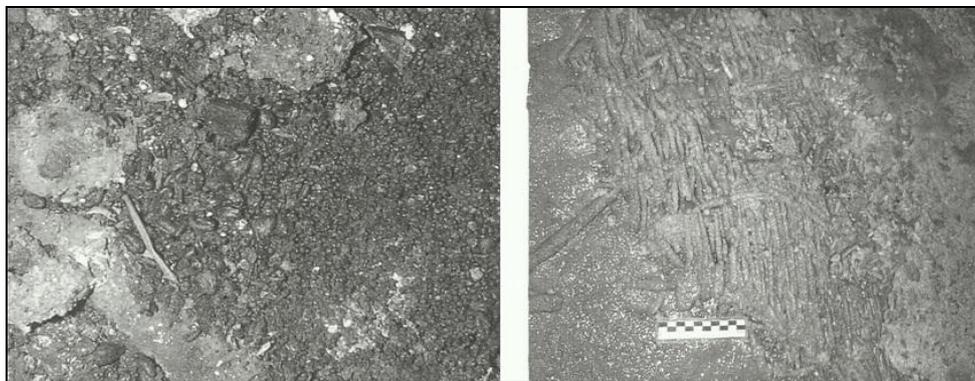


Figura 19. A la derecha, fotografía de los granos de cereal. A la izquierda, cesto de mimbre cementado. Ambos hallazgo procedentes del fondo de la cueva de Cofresnedo (Cantabria) (Ruiz y Muñoz, 2003:90)

³⁹⁶ Ruiz y Muñoz, 2003:90.

³⁹⁷ Ruiz y Muñoz, 2009:179; Smith *et alii*, en prensa.

³⁹⁸ Bohigas *et alii*, 1984 :143.

³⁹⁹ Valle *et alii*, 2005.

⁴⁰⁰ Barandiarán, 1984:109-117; Dueso, 1987:88-99; Ortiz-Osés, 1996:95 y 2007:53; Cano, 2007:26.

⁴⁰¹ Smith *et alii*, en prensa.

⁴⁰² Vidal *et alii*, 2000.

⁴⁰³ González-Alcalde, 1993:72; Ramallo, 1997:265.

6. CONCLUSIONES

El trabajo es un ensayo de aproximación al fenómeno del uso ritual de las cuevas durante la Edad del Hierro en el Cantábrico Central. Se encuentra fuertemente limitado por la normativa de estos Trabajos de Fin de Máster, motivo por el cual se incluyen anexos digitales y se ajusta su extensión y características.

La arqueología demuestra que ciertas cuevas del Cantábrico Central se establecieron como lugar ritual durante la Edad del Hierro. Parece que se escogieron aquellas cuyo acceso era complicado, predominando las de largo recorrido, como Coventosa u Ojo Guareña, pero contando con otras cuyo escaso desarrollo contrasta con sus ricos hallazgos, como podría ser el caso de La Graciosa I y II o Fuentenegro. Casi todas son cuevas secas, por lo que el elemento acuático, generalmente asociado a los ritos de paso, está prácticamente ausente, excepto en el caso del Puyo. A pesar de ello ciertos indicios, como los localizados en las cuevas de Ojo Guareña, Cueva del Puente o las leyendas populares y los objetos relacionados con el trabajo del tejido, parecen informar de la práctica de estos ritos en el interior de las cavidades. Es importante señalar que el territorio en el que se enclavan las cuevas estudiadas en la base de datos (Cantabria) se corresponde con una zona ausente de castros a pesar de haber sido exhaustivamente prospectada. Este hecho puede informar acerca del tipo de población que realiza rituales en las cuevas, pudiendo corresponder con los campesinos que habitan sus valles, con aquellos relacionados con la alta montaña que iban a pastorear o a buscar madera, algo ya propuesto para otros casos del Cantábrico Central como el de Fuentenegro (Asturias).

Desde el Paleolítico, las cuevas de la zona de estudio desempeñaron una función religiosa importante. Aunque con otro significado y otro ritual, este uso se prolonga desde entonces hasta la actualidad, encontrando puntos álgidos durante la Edad del Bronce y la tardoantigüedad, momentos en los que las cuevas se utilizaron sobretodo de manera sepulcral. La Edad del Hierro parece presentarse entonces como un punto de inflexión en esta tradición. No obstante, hay que ser cautos ante esta apariencia dado que el ritual funerario de la incineración deja un menor rastro material, pues puede que estemos ante un fenómeno de larga duración histórica. Por otro lado, muchas de estas cuevas suelen tener una notable presencia de restos arqueológicos de momentos cronológicos anteriores y posteriores. De esta manera se entiende que el hecho de su uso ritual en momentos anteriores pudo reforzar el carácter mágico de los rituales llevados a cabo posteriormente, algo que también se propone para los casos de arte esquemático-abstracto.

Las hallazgos arqueológicos que informan acerca del uso ritual de las cuevas en las que aparecen se localizan algunas veces en el vestíbulo (como en el caso del depósito de Coventosa) y en su mayoría en lugares interiores en zonas de oscuridad o semioscuridad, dependiendo del desarrollo de la cueva. En grutas de escaso desarrollo se localizan al final de estas mientras que en las de gran desarrollo se hallan en torno a los 100-200 metros de profundidad, habiendo localizado los materiales más profundos en Cofresnedo (Cantabria) a 400 metros de la entrada. Generalmente se busca la ocultación de los depósitos, ya sea colocándolos entre los bloques del suelo o en las cubetas piqueteadas por los oferentes, mientras que otras veces parece que no importa dejarlo en un lugar vistoso.

Los restos arqueológicos informan de la práctica de sacrificios cruentos (animales y, la posibilidad, aunque sin demostrar, de humanos) y no cruentos (ofrendas cerámicas, metálicas, alimenticias...etc.), realizados individual o colectivamente.

Los restos humanos localizados en estas cuevas ofrecen información acerca de distintos fenómenos. Por un lado, la mayoría son pequeños fragmentos que parecen ser la muestra recogida de una cremación previa, por lo que se le otorga a la cavidad una función sepulcral, algo que es claro en el caso del Puyo (Cantabria). Por otro lado, se han localizado varios cuerpos completos: el de la mujer de Fuentenegro interpretado como un depósito sepulcral, mientras que los cuerpos de los individuos hallados en La Graciosa I parecen corresponderse con los cráneos localizados en La Graciosa II, restos que se relacionan con el fenómeno de las "cabezas-cortadas". El caso del hombre de Ojo Guareña (Burgos) se propuso como un ritual de paso no superado en el que el iniciado se perdió al no encontrar la salida, algo también propuesto para el décimo acompañante que entró con *Nicolavo* en la Cueva del Puente (Burgos). No obstante, la cautela de los autores a la hora de proponer otro tipo de hipótesis les frena. El caso de los sacrificios humanos, algo tan difícil de demostrar como la propuesta de celebración de rituales de paso, pero que, sin embargo, debe de constar como posibilidad debido a los testimonios de las fuentes clásicas y a otros casos similares en zonas próximas como Galia.

Los restos faunísticos aparecen en casi la mitad de las cuevas estudiadas, pudiendo informar acerca del sacrificio del animal representado y su posible consumo en un banquete con motivo de la ofrenda depositada en la cueva o la ceremonia allí acontecida. La hipótesis de su consumo viene determinada por la presencia de fragmentos del esqueleto del animal y en ningún caso su cuerpo completo. Si se hubiera realizado un banquete, puede que este se hubiera desarrollado en algún lugar del exterior de la gruta puesto que su celebración en el interior hubiera dejado más restos arqueológicos. Un lugar propicio para el banquete se encontraría en el Puyo, donde la presencia de un banco corrido (puede que de la Edad del Hierro) en una necrópolis tumular parece recordar a la cita de Estrabón sobre los banquetes de los montañeses. La presencia de varios nasales de bóvido en varias cuevas de las estudiadas hace pensar, bien en un consumo de esta especie, en una preferencia por preservar esta parte del animal (como ocurriría con la preservación de partes del cráneo en huesos humanos) para su deposición en la cueva, o bien que se conformaran como un material mágico que pudo formar parte del instrumental ritual.

La presencia de hogueras y carbones en los lugares donde se depositan las ofrendas es común en las cuevas estudiadas. Los carbones aparecen dispersos por la sala situados en el interior de cubetas, en hoyos realizados en el suelo, encima de bloques...como si quisieran delimitar el espacio ritual dentro de la cueva. Muchas de las estaciones que contienen carbones dispersos no cuentan con hogueras en su interior, por lo que han debido traerse del exterior y esparcirse dentro posteriormente. Esta es una práctica localizada en algunas estaciones de la Edad del Bronce pero, sobre todo, común en los depósitos tardoantiguos. Las hogueras son difíciles de valorar ya que algunos autores han utilizado este término para referirse a la presencia de concentraciones de carbones. No obstante, en los casos en los que existan, tuvo

USO RITUAL DE LAS CUEVAS EN LA EDAD DEL HIERRO en el Cantábrico Central

Premisa

Los hallazgos de la Edad del Hierro localizados en cuevas pueden evidenciar el uso ritual de la cavidad donde se localizan



Postulados

1. La mitología popular las considera un lugar animado y receptor de leyendas
2. La cristianización de las cavidades puede indicar la existencia de un culto anterior
3. Las cavidades se han constituido como lugares rituales durante todas las épocas y en todos los lugares del planeta



Hipótesis

- A) La mitología popular debe conservar reminiscencias del uso ritual de las cuevas durante la Edad del Hierro
- B) Sus hallazgos arqueológicos deben responder a diversos tipos de ofrendas
- C) Puede que exista un patrón para la elección de estos lugares según sus características
- D) Puede que el uso ritual de las cuevas en la zona sea un fenómeno de larga duración histórica



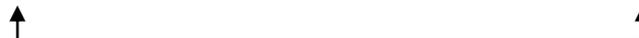
Comprobación

revisión de



Cuevas de Cantabria bien documentadas
y los hallazgos que contienen

Casos singulares del resto del
Cantábrico central



CONCLUSIONES

1. El uso ritual de las cavidades en la zona es un fenómeno de larga duración histórica
2. Existen diversos patrones de elección de las cuevas según sus características formales
3. Los hallazgos arqueológicos informan de distintos comportamientos rituales
4. La mitología popular es una fuente más de estudio y un elemento que mantiene el uso ritual de estos lugares

Figura 20. Síntesis del modelo teórico aplicado

que encenderse en el interior de la cueva por cuestiones rituales y no funcionales, excepto en el caso del Puyo, a cuya hoguera localizada bajo el túmulo se le otorga la función de *ustrina*.

Los recipientes cerámicos y en madera se han interpretado de distinta manera. Por un lado hay que tener presente que el recipiente pudo ser una ofrenda en sí y/o que el contenido (alimentos, cenizas funerarias, carbones...) fuera en realidad la ofrenda. Por otro lado, se puede pensar que, dado que la mayoría de los recipientes se encuentran fragmentados (excepto algunos casos como los de la Zurra, Asturias, o La Brazada, Cantabria), se procediera a una inutilización ritual a través de su rotura, algo que se ha propuesto en algunos casos de las cuevas-santuario mediterráneas.

Los objetos personales o de adorno así como las armas localizados entre otras evidencias arqueológicas puede que desempeñaran la función de ajuar, en el caso en el que acompañaran a restos humanos, o la función de ofrenda personal a la divinidad, que podría haber estado relacionada con la celebración de algún tipo de ritual de paso (de edad o guerrero).

Las cuevas de Reyes, la Coventosa y el Aspío (todas ellas en Cantabria) han proporcionado unos interesantes depósitos de herramientas para la agricultura, para la vida campesina y para el trabajo del tejido respectivamente. El hecho de que aparezcan entre 10 y 18 herramientas en cada depósito dota de un importante valor económico a los mismos, y se establece la posibilidad de que se trate de depósitos colectivos, sobre todo en los casos de la Coventosa y el Aspío. A pesar de que algunos autores propongan una función práctica de ocultación de los mismos en un momento de tensión como pudieron ser las Guerras Cántabras, su función ritual no puede ser descartada, sobre todo por el enclave elegido para su deposición: la cueva.

La presencia de molinos y de granos de cereales en estas cuevas parece indicar la existencia de ofrendas alimentarias en este tipo de contextos rituales, una práctica que continuó durante la Tardoantigüedad y que fue condenada por parte del Cristianismo.

El estudio de todos los materiales a los que se ha hecho referencia, pone de manifiesto la necesidad de una revisión de los mismos, pues mientras que el material metálico es más fácil de adscribir a una época concreta, determinadas formas cerámicas son constantes desde la Edad del Bronce hasta incluso la Edad Media, por lo que es probable que algunas piezas que han sido catalogadas como pertenecientes al fin de la Protohistoria, tengan en realidad otra cronología. Lo mismo ocurre con los restos óseos, que al ser hallados junto con materiales de la Edad del Hierro, se les otorga la misma cronología.

Para finalizar, se puede decir que este estudio ha revisado las cuevas adscritas a la Edad del Hierro en el Cantábrico Central, proponiendo un mapa orientativo de la expansión de este fenómeno. Además se ha otorgado un sentido a sus hallazgos estableciendo similitudes entre cuevas y se han establecido comparaciones cronológicas entre el periodo precedente y posterior a la Edad del Hierro para comprender el cambio o la continuidad del ritual. Gracias a esta investigación, las cuevas son el lugar ritual de la Edad del Hierro mejor conocido del territorio estudiado.

7. BIBLIOGRAFÍA

REFERENCIAS:

- . AAC: *Actuaciones arqueológicas de Cantabria (1984-1999)* (Roberto Ontañón Peredo coord.).
- . AVEE: *Actas del V Congreso español de Espeleología Camargo-Santander, 1-4 noviembre 1990*.
- . BCE: Boletín Cántabro de Espeleología.
- . CdE: Cuadernos de Espeleología.
- . CyC: *Castros y Castra en Cantabria: fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras contra Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*. coord. M.L. Serna, A. Martínez y V. Fernández, ed. Acanto, Santander.
- . LAC: *La arqueología de los cántabros: Actas de la Primera Reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria, A.C.D.P.S. y C.A.E.A.P., Fundación Marcelino Botín, mayo 1995, Santander*
- . Inventario del MRPYAS (Museo Regional de Prehistoria y Arqueología de Santander)

OBRAS CONSULTADAS:

ABIGAIL, ADAMS Y BRADY, JAMES E. (1994), Etnografía Q'eqchi' de los ritos en cuevas: Implicaciones para la interpretación arqueológica. En *VII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 1993* (ed. J.P. Laporte y H. Escobedo):174-181.

ABASOLO, J. A. (1998), Indígenas e Hispanorromanos en la Meseta Norte. Recientes descubrimientos de inscripciones hipogeas, en *Complutum. Roma en el interior de la Península Ibérica*: 29-37.

A.C.D.P.S. (1989), *Las cuevas con Arte Paleolítico en Cantabria*, Monografías A.C.D.P.S. Nº2, 2ª edición, Santander.

A.E.R. (1995), Trabajos en el Macizo del Asón, en *Boletín Cántabro de Espeleología*, nº11:69-82.

AJA SÁNCHEZ, JOSE RAMÓN; CISNEROS CUNCHILLOS, MIGUEL Y RAMÍREZ SÁDABA (coords.) (2008), *Los cántabros en la Antigüedad. La historia frente al mito*, Universidad de Cantabria, Santander.

ALFAYÉ, SILVIA:

. (2009), *Santuarios y rituales en la Hispania Céltica*, ed. BAR International Series 1963, Oxford.

. Y RODRÍGUEZ-CORRAL, JAVIER (2009), Espacios liminares y prácticas rituales en el noroeste peninsular, *Palaeohispánica*, 9: 107-111.

ALMAGRO-GORBEA, MARTÍN:

. (1996) Lobos y ritos de iniciación en Iberia, en *Iconografía ibérica e iconografía itálica. Presupuestos de interpretación y lectura, Coloquio Internacional, 11-13 noviembre 1993, Roma*: 103-127.

. (2002), Urbanismo y sociedad en la Hispania Húmeda, en *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña, Ed. Navia*: 47-79.

. (dir.) (1999), *Las Guerras Cántabras*, Real Academia de la Historia y Fundación Marcelino Botín, Santander.

. (2007), La etnología como fuente de estudios de la Hispania Céltica, en *Pasado y presente de los estudios celtas*: 15-74.

. Y ÁLVAREZ SANCHÍS, JESÚS (1993), La "sauna" de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico, en *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Granada*, nº1:177-253.

. ALTUNA, JESÚS *ET ALII* (1995), *Carta Arqueológica de Guipúzcoa, Vol II: Cuevas, Munibe*, suplemento nº10, San Sebastián.

ÁLVAREZ PEÑA, ALBERTO:

. (2007a), Mitos y folklore de las cuevas asturianas, en *Estudios varios de Arqueología Castreña: a propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*, I.E.P.A. y Ayuntamiento de Teverga: 217-224.

. (2007b), Arqueología y tradición oral asturiana, en *Estudios varios de Arqueología Castreña: a propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*, I.E.P.A. y Ayuntamiento de Teverga: 225-235.

ARAQUISTAIN, D. JUAN V. (1866), *Tradiciones vasco-cántabras*, ed. De Tolosa, Tolosa.

ARCELIN, PATRICE *ET ALII* (2003), Cultes et sanctuaires à l'Âge du Fer, en *La France du Centre aux Pyrénées, Gallia, nº60*: 1-268.

ARIAS CABAL, PABLO:

. Y ARMENDARÍZ GUTIERREZ, A. (1998), Aproximación a la Edad del Bronce en la región cantábrica, en *A idade do Bronce en Galicia: novasperspectivas, Cuadernos do seminario de Saragadellos, nº77*: 47-80.

. *Et alii* (1986) (PÉREZ SUÁREZ, CARLOS Y TREVIN LOMBAN, ANTONIO), Las cerámicas de la cueva de La Zurra (Purón, Llanes), en *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos, nº 117*:235-242.

ARMENDARIZ MARTIJA, JAVIER (1990), Las cuevas sepulcrales en el País Vasco, *Munibe, 42, Homenaje a D. José Miguel Barandiarán*: 153-160.

ARMENDARIZ, ÁNGEL; PALET, ANTONIO Y VILLATE, ENRIQUE (1989), Análisis del contenido de una vasija cerámica prehistórica de la Cueva de Armonaitze (Ataun, Guipúzcoa), en *Munibe nº41*:87-91.

BAENA PREYSLER, JAVIER (2000), Excavación en la cueva del Equileu (Castro Cillorigo), en *AAC1*: 359-361.

BARANDIARÁN, JOSE MIGUEL DE:

. (1972), Diccionario ilustrado de mitología vasca, ed. La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao.

. (1984), *Diccionario de mitología vasca*, ed. Txertoa, San Sebastián.

BARRIL VICENTE, MAGDALENA (2001), Pre-roman Ard-shares in Cantabria, en *In the Archaeology of the Matienzo Depression, North Spain, BAR International Series 975*:177-197.

BARROSO, ROSA (2007), Fuentenegro (Asturias), un enterramiento del Bronce Final-Hierro en el marco de las comunidades atlánticas peninsulares, *Pyrenae nº38, vol 2*:7-32.

BEDIA LABÍN, ROBERTO (1993), Algunas reflexiones sobre el origen de los mitos subterráneos, en *BCE, nº9*: 28-31.

BERMEJO, A.; FERNÁNDEZ, V.; GÓMEZ, J.; MUÑOZ, E. y SAN MIGUEL, C. (1987), *Carta Arqueológica de Cantabria*, C.A.E.A.P., Santander.

BERROCAL-RANGEL, L.:

. (1994), *El altar prerromano de Capote. Ensayo sobre un ritual céltico en el Suroeste Peninsular*, Universidad Autónoma de Madrid.

. (2004) Banquetes y Rituales colectivos en el Suroeste Peninsular, en *CuPAUAM, nº30*: 105-119.

. (2009), Del banquete y la bebida en la céltica del Suroeste, en *El vino y el banquete en la Europa Prerromana, C. Sanz y F. Romero Carnicer (eds)*:143-158.

BOHIGAS ROLDÁN, RAMÓN:

- . (1986), *Yacimientos arqueológicos medievales del sector central de la montaña cantábrica*, Monografías arqueológicas nº1, tomo 1, A.C.D.P.S., Santander.
- . (1986-87), La Edad del Hierro en Cantabria. El estado de la cuestión, *Zephyru*, nº 39-40: 119-138.
- . (2000), Prospecciones arqueológicas en la Cueva Cofiar o de Los Trillos (Macizo del Hornijo, Soba), en, *AAC1*:161.
- . *Et alii* (1982) (RAMÓN; BOHIGAS ROLDÁN, LUIS; OCEJA DIEGO, JOSÉ M.; JORDE FONTECILLA, LUIS A. Y HOYÓN MARQUE, JOSÉ A.), Las cuevas del oeste de Ruiloba (Rupicos, Tijeras, Portillo I): una hipótesis de funcionamiento hidrológico, *BCE*, nº3: 4-17.
- . *Et alii* (1984) (MUÑOZ FERNÁNDEZ, EMILIO Y PEÑIL MINGUEZ, JAVIER), Las ocupaciones recientes en cuevas, en *BCE*, nº4:140-159.
- . *Et alii* (1992) (MOLINERO ARROYAGE, JUAN TOMÁS Y MUÑOZ FERNÁNDEZ, EMILIO), Los materiales de cueva Cofiar o de Los Trillos (Hoyo Masayo, Sierra del Hornijo, Soba), en *AVEE*: 229-241.

CABRERA VALDÉS, VICTORIA Y MÚQUIZ PÉREZ-SEOANE, MATILDE (2000), El arte rupestre de la cueva de Las Monedas (Puente Viesgo). Resultados preliminares de las campañas de 1989-90, en *AAC1*: 145-146.

CABRIA GUTIÉRREZ, JUAN CARLOS (1997), *La mitología cántabra a través de los mitos europeos*, Ed. Javier Vidiella García, Cantabria.

C.A.E.A.P. (2003), Las investigaciones del C.A.E.A.P. y su aportación a la arqueología de Cantabria (1978-2003), en *C.A.E.A.P. Veinticinco años de investigaciones sobre el Patrimonio Cultural de Cantabria*, Santander:15-37.

CALVO, I (1913), Termes, ciudad celtíbero-arévaca, *RABM*, nº29:374-387.

CANO HERRERA, MERCEDES (2007), *Entre anjanas y duendes. Mitología tradicional ibérica*, Castilla Ediciones e Instituto Interuniversitario de estudios de Iberoamérica y Portugal, Valladolid.

CAPRILE, PATRICIA (1986), *Estudio de los objetos de adorno del Bronce Final y de la Edad del Hierro en la provincia de Álava*, en Estudios de Arqueología Alavesa, nº14 (monográfico), Vitoria-Gasteiz.

CARO BAROJA, JULIO

- . (1943), *Los pueblos del norte de la Península Ibérica*, ed. Txertoa, San Sebastián.
- . (1970), *Brujería vasca*, ed. Txertoa, San Sebastián.
- . (1985), *Mitos vascos y mitos sobre los vascos*, ed. Txertoa, San Sebastián.
- . (2003) (1ªed. 1985), *Los pueblos de España*, vol.2, ed. Alianza, Madrid.
- . (2003b) (1ª ed.1966), *Las Brujas y su mundo*, ed. Alianza, Madrid.

DE BLAS CORTINA, MIGUEL ÁNGEL:

- . (1983), *La Prehistoria Reciente en Asturias*, Estudios de Arqueología asturiana nº1, Fundación Pública de cuevas y yacimientos prehistóricos de Asturias, Oviedo.
- . (2007), Los calderos de Lois (León) y Cabárceno (Cantabria) y su paradero subterráneo: ¿azar u oblación a la tierra?, en *El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica*: 238-257.

DE BRAGA, MARTÍN (572) (ed. 1981), *Sermón contra las Supersticiones rurales*, texto revisado y traducción de Rosario Jove Clols, ed. El Albir, Barcelona.

DÍAZ, YOLANDA (1995), El arte esquemático-abstracto: ¿Más de lo mismo?, en *LAC*: 303-312.

DOMINGUEZ MONEDERO, ADOLFO J. (1985), Algunas interpretaciones entorno a la religiosidad de los pueblos prerromanos del área cántabro-astur, en *In Memoriam Agustín Díaz Toledo*, Universidad de Granada: 53-75.

DUCONGÉ, SÉBASTIEN Y GÓMEZ DE SOTO (2007), Les dépôts à caractère cultuel en milieux humides et dans les cavités naturelles du Centre-Ouest de la France à l'Âge du Fer, en *L'Âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF, Bienne, 5-8 mai, 2005, vol 2* : 477-492.

DUESO, JOSÉ (1987), *Nosotros los vascos: mitos, leyendas y costumbres. Vol 1: Mitología*, ed. Lur, San Sebastián.

DUMÉZIL, GEORGE (1977), *Les dieux souverains des indo-européens*, ed. Gallimard, Paris.

ELIADE, MIRCEA:

. (1981), *Tratado de Historia de las religiones. Morfología y dinámica de lo sagrado*, ed. Cristianidad, Madrid.

. (1979) (ed. 2010), *Historia de las creencias y las ideas religiosas: de la edad del piedra a los misterios de Eleusis*, vol 1, Ed. Paidós, Barcelona.

. (1979b) (ed. 2010), *Historia de las creencias y las ideas religiosas: de Gautama Buda al triunfo del cristianismo*, vol 2, Paidós, Barcelona.

FABIÃO, CARLOS (2002), Leite de Vasconcellos e a génese de Religiões da Lusitânia, en *Religiões da Lusitânia: loquuntur saxa*, Lisboa.

FANJUL PERAZA, ALFONSO:

. (2011), Las últimas cuevas. Observaciones entorno a la ocupación histórica de las cuevas astur-leonesas, en *Arqueología y territorio medieval*, n18: 91-116.

. et alii (2010) (ÁLVAREZ PEÑA, A.; HIERRO GÁRATE, J.M. Y SERNA GANCEDO, ALIS) El santuariu astur-romanu en cueva, d'el Ferrán (Piloña), en *Asturies*, nº19:14-23.

FERNÁNDEZ ACEBO, VIRGILIO:

. (1984), Afloramientos cársticos en Cantabria, en *BCE*, nº5: 11-14.

. (1986), La leyenda de la cueva de Roberto el Pirata (Castro Urdiales, Cantabria), en *BCE*, nº7:21.

. (1987), El monstruo de la cueva de Valdicio y otras tres leyendas recientes sobre serpientes y dragones, en *BCE*, nº8: 64-69.

. (1994), *Estudios, patrimonio e inventario de las cavidades del municipio de Miera*, Monografía del BCE, nº10, Santander.

. (1998), Exploraciones en cavidades de Cantabria en el siglo XIX y principios del XX, realizadas con el moderno enfoque científico de la Espeleología, *Actas del 7º Congreso Español de Espeleología, 5-8 diciembre 1997, Sant Esteve ses Rovires, Barcelona 1997*: 189-203.

. (2002a), Paleontología humana en Cantabria, en *Sautuola*, nº 8:57-96.

. (2002b), Cultura tradicional ligada a las cavidades de Camargo: usos, leyendas y toponimia, en *Cavidades del Municipio de Camargo. Actuaciones espeleológicas 1986-2002*, Victor Crespo (coord.): 39-46.

. (2003) Paleontología humana en Cantabria. Actualización del año 2002, en *Altamira*, nº61: 27-82.

. (2010), La Cueva de El Puyo (Miera). Necrópolis de incineración en la vertiente marítima de Cantabria, en *CyC*: 551-562.

FERNÁNDEZ GUTIERREZ, J. C. (1966), Notas sobre la depresión cerrada de Matienzo, en *CdE*, nº 2: 17-97.

FERNÁNDEZ VEGA, M.A; BOLADO DEL CASTILLO, R; CALLEJO GÓMEZ, J. Y MANTECÓN CALLEJO, L. (2012), El Castro de Las Rabas (Cervatos, Cantabria) y las Guerras Cántabras: resultados de las intervenciones arqueológicas de 2009 y 2010, en *Munibe*, nº63: 213-253.

FISCHER, BRIGITTE (1982), Le tresôr de Chenôves, en *Revue Archéologique de l'Est et du Centre-Est*, nº127: 99-109.

FRAZER, JAMES GEORGE (1890) (ed. 2011), *La rama dorada. Magia y religión*, nueva edición a partir de la versión original en 12 volúmenes, ed. FCE España, España.

G.E.I.S. C/R Y C.A.E.A.P (1986), Catálogo topográfico de las cavidades con interés arqueológico (1ª parte), en *BCE*, nº 7: 89-107.

GABALDÓN MARTÍNEZ, M^a DEL MAR (2004), *Ritos de armas en la Edad del Hierro. Armamento y lugares de culto en el antiguo Mediterráneo y el mundo celta*, Anejos de Gladius, nº7, Madrid.

GARCÍA, DOMINIQUE (1993), *Entre ibères et ligures. Iodévois et moyenne vallée de l'Hérault protohistoriques*, Revue Archéologique de Narbonnaise, Supplément 26, Paris.

GARCÍA DíEZ, MARCOS Y GONZÁLEZ MORALES, MANUEL R. (2003), En torno al llamado "arte esquemático-abstracto": a propósito de unas fechas de Covalanas (Ramales de la Victoria, Cantabria), *Veleía* nº 20: 227- 241.

GARCÍA LOMAS, A (1964), *Mitología y supersticiones de Cantabria*, Diputación Provincial, Santander.

GARCÍA QUINTELA, V. Y SANTOS ESTÉBEZ, M (2008), *Santuarios de la Galicia Céltica: arqueología del paisaje y religiones comparadas en la Edad del Hierro*, ed. Abada, Madrid.

GARCÍA Y BELLIDO, ANTONIO Y FERNÁNDEZ DE AVILÉS, AUGUSTO (1963), *Fuentes Tamáricas. Velilla del Río Carrión (Palencia)*, Excavaciones Arqueológicas en España, nº29, Palencia.

GARCÍA-GUINEA Y RINCÓN (1970), *El asentamiento cántabro de Celada Marlantes (Santander)*, Institución Cultural de Cantabria, Santander.

G.E.I.S. C/R Y C.A.E.A.P. (1986), Catálogo topográfico de las cavidades con interés arqueológico (1ª parte), en *BCE*, nº7: 89-107.

GÓMEZ, ALBERTO ALFONSO (1971), Estudio espeleológico de la cueva del Linar, en *CdE*, nº 5-6: 61-78.

GÓMEZ AROZAMENA, JESÚS (2003), Arte esquemático-abstracto. Una actualización, en *C.A.E.A.P. Veinticinco años de investigaciones sobre el Patrimonio Cultural de Cantabria*, Santander: 215-232.

GÓMEZ-PANTOJA (1997), Las madres de Clunia, en *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania Prerromana, VII Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*, Francisco Beltrán y Francisco Villar (eds.), Salamanca: 421-432.

GONZÁLEZ-ALCALDE, JULIO:

. (1993), Las cuevas-santuario ibéricas en el País Valenciano: un ensayo de interpretación, *Verdolay* nº5: 67-78.

. (2006), Totemismo del lobo, rituales de iniciación y cuevas-santuario mediterráneas e ibéricas, en *Quaderns de Prehistòria y Arqueologia de Castelló*, nº 25: 249-269.

. (2009), Una aproximación cultural a los vasos caliciformes ibéricos en cuevas-santuarios y en yacimientos de superficie, en *Quaderns de Prehistòria y Arqueologia de Castelló*, nº 27: 83-107.

. y CHAPA BRUNET, TERESA (1993), Meterse en la boca del lobo: una aproximación a la figura del *carnassier* en la religión ibérica, *Complutum*, nº4: 169-174.

GONZÁLEZ ÁLVAREZ, DAVID (2011) Arqueología, folklore y comunidades locales: los castros en el medio rural asturiano, en *Complutum*, nº22 (1):133-153.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, JOAQUIN:

. (1971), Yugos y arados en la provincia de Santander, *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore Hoyos Sainz*, nº 3: 123-168.

. (1979-80), Algunas prácticas paganas conservadas en el folklore de Cantabria, *Revista del Instituto de etnología y folklore Hoyos Sainz*, 10: 97-113.

- . (1988), Los cultos religiosos y el proceso de romanización en Cantabria, *Altamira*, 47:27-45.
- . (2004) (1ª edición 1966), *Los Cántabros*, Ed. Guadarrama, Madrid.
- . *Et alii* (2004), (DEL CAMPO, ALBERTO Y FREEMAN, LESLIE G) *Beato de Liébana. Obras completas y complementarias, vol. 1*, ed. Biblioteca de autores cristianos, España.

GONZÁLEZ LUQUE, CARLOS; MUÑOZ FERNÁNDEZ, EMILIO Y SERNA, ALIS (1995), Exploraciones en el karst de Peñajorao (Cantabria): I. cuevas del sector de Covalejos (Velo, Piélagos), en *BCE*, nº11: 45-63.

GONZÁLEZ SAINZ, CÉSAR; BOHIGAS, RAMÓN; TOMÁS MOLINERO, JUAN; MUÑOZ, EMILIO; FERNÁNDEZ, MARIO Y AROZAMENA JUAN F. (2000), Prospección arqueológica de la Cueva Grande o de Los Corrales, en Otañes (Castro Urdiales): industrias de superficie y arte rupestre, *AAC1*:209-210.

GONZÁLEZ TABLAS, F.J. (1980), Las pinturas rupestres de Peña Minguibela, *Zephyrus*, nº30-31: 43-62.

GÓMEZ AROZAMENA, JESÚS (2003), El arte esquemático-abstracto. Una actualización, en *C.A.E.A.P., 25 años de investigaciones sobre el Patrimonio Cultural de Cantabria*: 215-232.

GÓMEZ-PANTOJA, JOAQUÍN (1997), Las madres de Clunia, en *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania Prerromana, VII Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*, Francisco Beltrán y Francisco Villar (eds.): 421-432.

GRAU MIRA, IGNACIO (2000), Territorio y lugares de culto en el área central de la Contestania ibérica, en *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, nº21: 195-226.

GREEN, MIRANDA JANE:

- . (1995), *Mitos celtas*, ed. Akal, Madrid.
- . (1997) (ed. en castellano de 2010), *El mundo de los druidas*, ed. Akal, China.

GRUAT, PHILIPPE (1998), Approche des croyances et des rites Protohistoriques en Rouergue, en *Croyances et rites en Rouergue des origines à l'An mil, Musée Archéologique de Montrozier, Guide Archéologique nº6* : 89-126.

GUERRA DOCE, ELISA (2006), *Las drogas en la Prehistoria: evidencias arqueológicas del consumo de sustancias psicoactivas en Europa*, ed. Bellaterra, Barcelona.

GUTIERREZ CUENCA, ENRIQUE:

- . Y HIERRO GÁRATE, JOSÉ ÁNGEL (2010), Instrumentos relacionados con la actividad textil de época tardoantigua y altomedieval en Cantabria, en *Munibe*, nº61: 261-288.
- . Y HIERRO GÁRATE, JOSÉ ÁNGEL (2012), El uso de las cuevas naturales en Cantabria durante la Antigüedad Tardía y los inicios de la Edad Media (s. V-X), en *Munibe*, nº31:175-206.
- . *Et alii* (2012) (HIERRO GÁRATE, JOSE ÁNGEL; RÍOS GARAIZAR, JOSEBA; GÁRATE MAIDABAN, DIEGO, GÓMEZ OLIVENCIA, ASIER Y ARCEDERILLO ALONSO, DIEGO), El uso de la cueva de Arlanpe (Bizcaia) en época tardorromana, en *Archivo Español de Arqueología*, nº85:229-251.

HERNÁNDEZ GUERRA, LIBORIO (1997), El culto a las *Matres* en la Península Ibérica, *Congresso Internazionale di Epigrafia Greca e Latina*, Roma 18-24 settembre 1997:806-809.

HIERRO GÁRATE, JOSE ÁNGEL:

- . (2002), Arqueología de la tardoantigüedad en Cantabria. Yacimientos en cueva, en *Nivel Cero*, nº10:113-128.
- . (2011), La utilización sepulcral de las cuevas en época visigoda: los casos de Las Pernas, La Garma y el Portillo del Arenal (Cantabria), en *Munibe* nº62:351-402.

IGLESIAS-GIL, JUAN MANUEL:

- . (1976), *Epigrafía Cantabra: estereometría, decoración, onomástica*, Institución Cultural de Cantabria, Santander.
- . Y SAAVEDRA GUERRERO, M^a DARIA (1988), La teonimia en la Antigüedad romana de las áreas de montaña del norte de la Península Ibérica hasta la costa cantábrica a través de la epigrafía, *Altamira*, 47: 47-74.

JEUNOT, LUCILE (2007), Les dépôts monétaires gaulois dans les grottes en Bourgogne orientale et Franche-Comté, en *L'Âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux et territorialité à l'Âge du Fer. Actes du colloque international de l'AFEAF, Bienne, 5-8 mai, 2005, vol 2*: 493-498.

JUAN-TRESERRAS, JORDI:

- . (2000), La arqueología de las drogas en la Península Ibérica. Una síntesis de las recientes investigaciones arqueobotánicas. *Complutum*, Vol.11:261- 274.
- . Y MATAMALA, JUAN CARLES (2003), Textil, material lítico de molienda y cálculo dental humano procedentes del yacimiento de Pintia, en *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea: investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003)*, Valladolid; 311-316.

KAENEL, GILBERT Y CARRARD, FRÉDÉRIC (2007), La Baume du Four (Boudry, canton de Neuchâtel) : un « Temple helvète » ?, en *L'Âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF, Bienne, 5-8 mai, 2005, vol 2* :499-536.

LEÓN GARCÍA, JOSÉ:

- . (1987), *Las grandes cavidades de Cantabria*, vol. 1, Federación Cantabra de Espeleología, Santander.
- . (1989), *Las grandes cavidades de Cantabria*, vol. 2, Federación Cantabra de Espeleología, Santander.
- . (1988), (coord.) *El deterioro en las cuevas de Cantabria*, Monografías A.C.P.P.S. nº3, Santander.
- . (1993), Antecedentes Históricos de las exploraciones de la cueva de la Coventosa, *BCE*, nº9:20-23.
- . (1997), *Cantabria subterránea: catálogo de grandes cavidades*, tomo 1, Santander.
- . *Et alii* (1973) (GÓMEZ CALDERÓN, M; PRIETO, R Y FERNÁNDEZ, P), El karst de Pechón. Descripción de los fenómenos espeleológicos de la zona, *CdE*, nº7:15-31.

LEROY D'ABERTIAGUE, M (1896), *Étude sur l'origine des Basques*, Paris.

LLANO, M. (1982), *Mitos y leyendas de Cantabria*, ADIC, Santander.

LLANOS ORTÍZ DE LANDALUZE, ARMANDO:

- . (1991) Dos nuevos yacimientos del horizonte Cogotas I en Álava. El depósito en hoyo de "El Pau" y cueva de Los Goros, en *Cuadernos de sección. Prehistoria y Arqueología*, nº4:219-238.
- . (2003) De nuevo sobre el arte rupestre esquemático-abstracto en cuevas. Reflexiones sobre su cronología, en *Estudios de Arqueología Alavesa*, nº20: 94-116.
- . Y AGORRETA, J.A. (1962), La cueva sepulcral de Los Moros o de Peña Sesgada (Atauri, Álava), en *Noticiarios Arqueológico Hispánico*, nº6, cuadernos 1-3: 135-146.

MADRIAGA DE LA CAMPA, BENITO (1996), Hugo Obermaier en el contexto de la Prehistoria cántabra: una valoración del Altamira, en *"El hombre fósil" 80 años después*, Alfonso Moure Romanillo (ed.), Universidad de Cantabria, Fundación Marcelino Botín y Institute for Prehistoric Investigations, Gijón: 51-77.

MARCOS MUÑOZ, J. L. (1982), *Carta arqueológica de Vizcaya: yacimientos en cueva*, Cuadernos de Arqueología de Deusto, nº8, Bilbao.

MARIËN, M. E. (1970), *Le Trou de l'Ambre au Bois de Wérimont Eprave, Monographies d'Archéologie Nationale*, nº4, Bruxelles.

MARTÍNEZ, S. Y MANGAS, J. (2005), Tiermes celtibérica, en *Celtíberos*: 169-175.

MARTÍNEZ BREA, M (2004), Un arte no tan levantino. Perduración ritual de los abrigos pintados: el ejemplo de La Vacada (Castellote, Teruel), *Trabajos de Prehistoria*, nº61.2:111-125.

MARTÍNEZ VELASCO, A.; FERNANDEZ ACEBO, V. Y SERNA GANDEZO, M.L. (2010), Presentación, en *CyC*: 16-33.

MAYA, JOSE LUIS:

. (1989), *Los castros en Asturias*, ed. Silverio Cañada, Gijón.

. (1996), Cerámica de época celtibérica en la Edad del Hierro asturiana, en *Pyrenae*, nº27:287-294.

MENENDEZ PELAYO, MARCELINO (1963), *Prolegómenos. Cuadro general de la vida religiosa en la península antes de la predicación del cristianismo, Historia de los heterodoxos españoles, Vol VIII, Apéndice II*, Segunda edición, CSIC, Valencia.

MIRANDA DUQUE, ANDREA M (2006), Arqueología del espacio simbólico en el concejo de Salas (Asturias). Dos montes sagrados: El Visu y el Picu Muxagre y el culto a Taranus, *Territorio, sociedad y poder*, nº1: 205-220.

MONTES BARQUÍN, RAMÓN Y SANGUINO GONZÁLEZ, JUAN (2000), Trabajos arqueológicos en la cueva de El Linar (La Busta, Alfoz de Lloredo), en *Actuaciones arqueológicas en Cantabria (1984-1999)*, Roberto Ontañón (coord.), Gobierno de Cantabria: 231-233.

MORLOTE, JOSE MANUEL:

. Y MUÑOZ FERNÁNDEZ, EMILIO (2000), Investigación de las cuevas sepulcrales del Peñajorao. Intervenciones arqueológicas en las cuevas del Mato, Las Cubrizas, La Raposa y el abrigo de Barcenillas (Piélagos), en *AAC1*: 373-376.

. Y MUÑOZ FERNÁNDEZ, EMILIO (2000b), Prospección arqueológica y toma de muestras de la cueva de Las Cubrizas (Barcenilla, Piélagos), en *ACC1*: 383-385.

. *Et alii* (1996) (SERNA, M.L.; MUÑOZ, E. Y VALLE, M^a. A.), Las cuevas sepulcrales de la Edad del Hierro en Cantabria, en *LAC*: 195-280.

MORVERAND, PHILLIPE (1993), La nueva travesía Tibia- Fresca (Cantabria, España), en *BCE*, nº9: 133- 136.

MOURE ROMANILLO, ALFONSO (1999), Los milenios del cambio de era, en *Cántabros: la génesis de un pueblo*, J. A. Muñiz Castro y J. M. Iglesias Gil (coord.), Caja Cantabria: 17-59.

MOYA MALENO, PEDRO (2012), *Paleoetnología de la Hispania Céltica: etnoarqueología, etnohistoria y folklore como fuentes de la Protohistoria*, Tesis doctoral con mención Europea, Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, dirigida por Dr. M. Almagro-Gorbea, Madrid.

MUÑOZ FERNÁNDEZ, EMILIO:

. (1992), Las cavidades con yacimiento arqueológico en Cantabria, en *AVEE*:247-255.

. (1996), Los yacimientos en cueva de Cantabria, en *BCE*, nº 12: 90-104.

. Y BERMEJO CASTRILLO, ALEJANDRO (1987), Catálogo de los mitos y leyendas de las cuevas de la zona II (Besaya. Miera), en *BCE* nº8: 17-18.

. Y MALPELO GARCÍA, BELÉN (1992a), *Carta Arqueológica de Camargo*, C.A.E.A.P. y G.E.I.S. C/R, Santander.

. Y MALPELO GARCÍA, BELÉN (1992b), Las cavidades sepulcrales de Cantabria, en *Actas del VI Congreso Español de Espeleología, La Coruña, 10, 11 y 12 de Octubre*: 285-

. Y MALPELO GARCÍA, BELÉN (1995), Topografía de las cavidades con interés arqueológico: Arredondo- Soba. Parte VI, en *BCE*, nº11: 129-135.

- . Y MALPELO GARCÍA, BELÉN (1996), *Carta Arqueológica de Torrelavegga y su comarca*, C.A.E.A.P. y G.E.I.S. C/R, Santander.
- . Y SAN MIGUEL LLAMOSAS, CARMEN (2000), Estudio del arte rupestre paleolítico en la cueva de El Linar (La Busta, Alfoz de Lloredo), en *AVEE*: 121-123.
- . Y MORLOTE EXPÓSITO, JOSE MANUEL (2000), Documentación arqueológica de la cueva del Calero II y la sima del Portillo del Arenal, en Piélagos, en *AVEE*: 263-266.
- . Y RUIZ COBO (2010), *De Pesúes a Pejanda: Arqueología de la Cuenca del Nansa (Cantabria, España)*, BAR International Series 2134, England.
- . *Et alii* (1985) (SAN MIGUEL, CARMEN; SERNA, MARIANO Y DÍAZ, ANA), Yacimientos arqueológicos de Altura. Valle del Deva, en *BCE*, nº6: 67-74.
- . *Et alii* (1986) (GÓMEZ AROZAMENA, JESÚS; SAN MIGUEL LLAMOSAS, CARMEN Y MALPELO GARCÍA, BELÉN), Catálogo de los mitos y leyendas de las cuevas de la zona I (Miera- Asón), en *BCE*, nº7: 16-20.
- . *Et alii* (1987) (GÓMEZ AROZAMENA, JESÚS Y SAN MIGUEL LLAMOSAS, CARMEN), Catálogo Topográfico de las cavidades con interés arqueológico: Besaya-Miera (zona II), en *BCE*, nº8:33-52.
- . *Et alii* (1991) (SAN MIGUEL LLAMOSAS, CARMEN Y GÓMEZ AROZAMENA, JESÚS), Carta arqueológica de los municipios de Argoños, Arnuelo, Escalante, Meruelo y Noja, en *Cartas Arqueológicas y yacimientos arqueológicos*, ed. Arqueñas: 2-59.
- . *Et alii*, (1992) (SERNA GANCEDO, A. Y GÓMEZ AROZAMENA, J), Los materiales arqueológicos relacionables con las zonas de decoración en las cavidades con conjunto parietales esquemático-abstractos en Cantabria, en *Actas del VI Congreso Español de Espeleología, La Coruña, 10-11-12 de octubre de 1992*: 309-322.
- . *Et alii* (1993a) (GÓMEZ AROZAMENA, JESÚS Y SAN MIGUEL LLAMOSAS, CARMEN), Topografía de las cavidades con interés arqueológico: Ruiloba- Besaya. Parte III, en *BCE*, nº9: 57-73.
- . *Et alii* (1993b) (MALPELO GARCÍA, BELÉN Y GÓMEZ AROZAMENA, JESÚS), Topografía de las cavidades con interés arqueológico: Ruiloba- Extremo Occidental. Parte IV, en *BCE*, nº9:74-88.
- . *Et alii* (1996) (MALPELO GARCÍA, BELÉN Y GÓMEZ AROZAMENA, JESÚS), Topografía de las cavidades con interés arqueológico. Parte IX, en *BCE*, nº12: 105-122.
- . *Et alii* (1996b) (VALLE, M^a ÁNGELES; MORLOTE, JOSE M.; SMITH, PETER Y SERNA, ALIS), Las pinturas esquemático-abstractas. Estado de la cuestión, en
- . *Et alii* (2003) (SANTAMARÍA SANTAMARÍA, SILVIA Y SAN MIGUEL LLAMOSAS, CARMEN), Nuevas aportaciones a la historia de la investigación de los años 1950-1970. El manuscrito "Las cuevas de la Montaña que contienen interés arqueológico" de V. Gutierrez Cuevas, en *C.A.E.A.P. Veinticinco años de investigaciones sobre el Patrimonio Cultural de Cantabria*, Santander: 311-317.

NICOD, JEAN (1998), Les grottes: rétrospective historique et insertion des grottes-aménagées dans l'espace géographique, en *Annales de Géographie*, t. 107, nº603 : 508-530.

OCEJO HERRERO, ÁNGEL (1984), Algunos relatos míticos de Lamasón, en *BCE*, nº5:62-63.

OLAETXEA, CARLOS (2000), *La tecnología cerámica en la Protohistoria Vasca*, Munibe, suplemento nº12, Dan Sebastián.

OLIVARES PEDREÑO, JUAN CARLOS (2002), *Los dioses de la Hispania céltica*, Real Academia de la Historia, Alicante.

ORTEGA MARTÍNEZ, ANA ISABEL (1999), Arqueología y paleontología del karst de Monte Santiago, Sierra Salvada y Sierra de la Carbonilla, en *Estudios de Espeleología Burgalesa*, nº7:243-281.

ORTIZ-OSÉS, ANDRÉS:

- . (1996), *La Diosa Madre. Interpretación desde la mitología vasca*, ed. Trotta, Madrid.
- . (2007), *Los mitos vascos. Aproximación hermenéutica*, ed, Universidad de Deusto, Bilbao.

PASTOR MUÑOZ, MAURICIO:

- . (1981a), Reflexiones sobre la religión de los astures en época romana, *Religión romana en Hispania, Simposio organizado por el Instituto de Arqueología "Rodrigo Caro" del C.S.I.C. del 17 al 19 de diciembre de 1979*, Madrid.
- . (1981b), *La religión de los astures. Estudios sobre sus divinidades y creencias religiosas desde la época prerromana al Bajo Imperio*, Universidad de Granada, Granada.

PERALTA, EDUARDO (2003), *Los cántabros antes de Roma*, ed. Real Academia de la Historia, Madrid.

PINTÓ, ALFONSO:

- . (1982), Leyendas y mitos en las cuevas: breves apuntes para el conocimiento de las leyendas relacionadas con las cuevas ubicadas en la provincia de Santander, en *BCE*, nº2:51-52.
- . Y CANALES, FELIPE (1985), El oso de Codisera, en *BCE*, nº6: 75-76.
- . *Et alii* (1993) (PALACIOS, TEODORO Y CANALES, FELIPE), Leyendas y mitos en las cuevas (II): breves apuntes para el conocimiento de las leyendas relacionadas con las cuevas ubicadas en la provincia de Santander, en *BCE*, nº9:49-50.
- . *Et alii* (1996) (PALACIO TEODORO Y CANALES, FELIPE), Trabajos en el karst de Riotuerto, *BCE*, nº12: 5-50.

PRADOS TORREIRA, LOURDES (1994), Los santuarios ibéricos. Apuntes para el desarrollo de una arqueología del culto, en *Trabajos de Prehistoria nº51,1:127-140*.

PUERTA GONZÁLEZ, ALBERTO JOSÉ (1996), Jornada de limpieza en la cueva de la Coventosa, 1995, en *BCE*, nº12: 135-136.

PUJOL, JEAN; VERNHET, ALAIN Y VIDAL, MICHEL (1998), Grottes-sanctuaires en Rouergue à la fin de la Protohistoire, en *Croyances et rites en Rouergue des origines à l'An mil, Musée Archéologique de Montrozier, Guide Archéologique nº6 :127-162*.

PUNCH, CARLOS (1998), *Grandes cuevas y simas de España*, Federación Española de Espeleología.

RAMALLO, BROTONS (1997), El Santuario ibérico de la Encarnación, en *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló, nº18: 257-268*.

RASINES DEL RÍO, PEDRO:

- . (1986-1988), Algunos hallazgos antropológicos en cuevas de Cantabria, *Sautuola nº5: 19-46*.
- . (2000), Actuación arqueológica en la cueva de Cobrante (San Miguel de Aras, Voto), en *AAC1: 377-378*.
- . (2009), Investigaciones arqueológicas en la cueva de Cobrante, *Sautuola nºXV: 39-42*.

RODRÍGUEZ DÍAZ, ALONSO Y BERROCAL RANGEL, LUIS (1988), Materiales cerámicos de la Segunda Edad del Hierro del Cantamento de la Pepina (Fregenal de la Sierra, Badajoz), en *CuPAUAM, nº15:215-252*.

RUIZ COBO, JESÚS:

- . (1996a), La cerámica de la Edad del Hierro en el sector central de la Cornisa Cantábrica: aspectos tipológicos, *LAC: 149-172*.
- . (1996b), Notas historiográficas sobre la Prehistoria Reciente de Cantabria, en *El final de la Prehistoria: ocho estudios sobre Protohistoria de Cantabria, Actas de la II reunión de sobre el arte esquemático-abstracto, diciembre 1996: 14-32*.
- . (2000), Recogida de material arqueológico de superficie en la Cueva de Las Grajas (Matienzo, Ruesga), en *AAC1:235-236*.
- . (2007), *Paisaje y Arqueología en el Alto Asón (Cantabria, España). Resultados del proyecto de prospección arqueológica del Alto Asón*, BAR International Series 1614, England.
- . (2009), Los restos cerámicos en el contexto de las ocupaciones recientes de la cueva de Cobrante, *Sautuola, nºXV: 221-224*.

- . Y MUÑOZ, EMILIO (en prensa), *El registro arqueológico del valle del Miera*.
- . Y MUÑOZ, EMILIO (2009), *La Prehistoria del Bajo Asón. Registro arqueológico e interpretación cultural (Cantabria, España)*, BAR International Series 1936, Oxford.
- . Y SMITH, PETER (1997), El depósito cerámico de la Cueva de las Grajas (Matienzo, Ruesga), *Munibe* nº49: 65-76.
- . Y SMITH, PETER (2001), *The archaeology of the Matienzo Depression, North Spain*, Oxford.
- . Y SMITH, PETER (2003), *La cueva de Cofresnedo en el valle de Matienzo. Actuaciones arqueológicas 1996-2001*, Gobierno de Cantabria, Santander.
- RUIZ VÉLEZ, IGNACIO (2009), La cueva de Ojo Guareña (Burgos): el “príncipe” que se perdió y murió en ella, en *Sautuola* nº15:261-264.
- RUIZ ZAPATERO, G. Y LORRIO, A. J. (1995), La muerte en el norte peninsular durante el primer milenio a.C, en *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medioevo, Actas do curso de Verán da Universidade de Vigo, 4 ó 8 xullo de 1994*:225-248.
- SAN MIGUEL, JOSE A. (1971), El karst de Santillana del Mar, *CdE*, nº 5-6: 13-43.
- SAN MIGUEL LLAMOSAS, CARMEN:
- . *Et alii* (1991) (MUÑOZ FERNÁNDEZ, EMILIO; FERNÁNDEZ ACEBO, VIRGILIO Y SERNA GANCEDO, ALIS), La cueva del Puyo (prospecciones arqueológicas destructivas en el año 84), en *Arqueas*: 159-199.
- . *Et alii* (2000) (MUÑOZ FERNÁNDEZ, EMILIO Y GÓMEZ AROZAMENA, JESÚS), Estudio de arte rupestre en la cueva de Cudón (Miengo, Cantabria), en *AAC1*: 97-99.
- SANCHEZ MORENO, EDUARDO (1997), Aproximación a la religión de los vettones: dioses, ritos y santuarios, *Studia Zamorensia*, 4: 115-147.
- SANCHÍS, JESÚS (1999), *Los vettones*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- SANZ SERRANO, ROSA (2003), *Paganos, adivinos y magos: análisis del cambio religiosos en la Hispania Tardoantigua*, Anejos Gerión, Madrid.
- SANZ VILLA, JUAN RAMÓN (1996), *Los dioses astures*, ed. Breviarios de la calle del Pez, León.
- SERNA GANCEDO, ALIS:
- . (1992), Conclusiones previas a extraer del inventario de cavidades con yacimiento arqueológico en Cantabria, en *AVEE*:256-267.
- . *Et alii* (1994) (MALPELO GARCÍA, BELÉN; MUÑOZ FERNÁNDEZ, EMILIO; BOHIGAS ROLDÁN, RAMÓN; SMITH, PETER Y GARCÍA ALONSO, MANUEL), La cueva del Aspío (Ruesga, Cantabria): avance al estudio del yacimiento, en *Museo y Centro de Investigación del Altamira, Monografías nº 17, Homenaje al Dr. Joaquín González Echegaray*: 369-396.
- . *Et alii* (1996a) (VALLE, M^a. A. Y MORLOTE, J), Las cuevas con restos de ocupaciones de la Edad del Hierro, en *LAC*: 95-111.
- . *Et alii* (1996b) (MUÑOZ, E.; VALLE, M^a.A; MORLOTE, J.M Y SMITH, P), Las pinturas esquemático-abstractas: estado de la cuestión, en *LAC*: 281-294.
- . *Et alii* (2010) (coord.) (MARTÍNEZ VELASCO, A. Y FERNÁNDEZ ACEBO, V.), CyC.
- SEVILLA RODRÍGUEZ, M (1979), Posibles vestigios toponímicos de cultos célticos en el norte de la Península Ibérica, *Memorias de Historia Antigua*, 3: 261-271.
- SHÜLE, W (1969), *Die Meseta Kulturen-der Iberischen Halbinsen, Mediterrane und eurasische Elemente in früheisenzeitlichen Kulturen Südwesteuropas*. Kulturen Südwesteuropas, Berlin.
- SMITH, PETER:
- . (1985), Restos de la Edad del Hierro en Matienzo, en *Altamira*, nº45: 45-66.
- . (1996a), El depósito arqueológico de la Cueva de los Reyes (Matienzo), en *LAC*: 173-192.
- . (1996b), Sobre las técnicas y motivación de la realización de las marcas negras, *La arqueología de los cántabros: Actas de la Primera Reunión sobre la Edad del Hierro en*

Cantabria, A.C.D.P.S. y C.A.E.A.P., Fundación Marcelino Botín, mayo 1995, Santander: 295-302.

. (1998), Notas para la interpretación del arte esquemático-abstracto, en *El final de la Prehistoria. Ocho estudios sobre la Protohistoria de Cantabria, Actas de la IIª reunión sobre arte esquemático-abstracto en Cantabria, Santander diciembre 1996*: 185-201.

. Y MUÑOZ FERNÁNDEZ, EMILIO (1984), La ocupación de las cuevas en la Edad del Hierro, *BCE, nº4*:129-139.

. Y MUÑOZ FERNÁNDEZ, EMILIO (2010), Las cuevas de la Edad del Hierro en Cantabria, en *CyC*: 676-693.

. *Et alii* (en prensa) (RUIZ COBO, J. Y CORRIN, J.), La cueva de Barandas (Matienzo, Cantabria): depósito y muerte, en *Sautuola nº 18*.

SOPEÑA GENZOR, GABRIEL (1987), Dioses, ética y ritos. *aproximaciones para una comprensión de la religión entre los pueblos celtibéricos*, ed. Humanidades, Zaragoza.

SPELEO CLUB CÁNTABRO (S.C.C.) (1981), El karst del macizo de Tres Peñas, *Boletín Cántabro de Espeleología, nº1*: 17-27.

TARACENA AGUIRRE, B. (1941), *Carta arqueológica de España, Soria*, Madrid.

TORRES-MARTÍNEZ, JESÚS F.:

. (2010), Arqueología de la religión protohistórica en los pueblos del norte: el caso cántabro, en *CyC*: 694-749.

. (2011), La Arqueología de la Edad del Hierro en Cantabria: investigación, carencias y conocimientos, *X Jornadas de Acanto sobre Patrimonio Cultural y Natural en Cantabria, 12-13 de noviembre de 2010*, Santander: 119-138.

. (2011b), *El Cantábrico en la Edad del Hierro: medioambiente, economía, territorio y sociedad*, Real Academia de la Historia, Bibliotheca Archaeologica Hispana 35, Madrid.

. (2003), *La economía de los celtas de la Hispania Atlántica: agricultura, ganadería y recursos naturales, vol I*, ed. Toxosoutos, A Coruña.

. (2005), *La economía de los celtas de la Hispania Atlántica: economía territorio y sociedad, vol II*, ed. Toxosoutos, A Coruña.

. *Et alii* (en prensa) (MARTÍNEZ VELASCO, ANTXOKA Y DE LUIS MARIÑO, SUSANA), Cuentas de pasta vítrea en el *oppidum* de Monte Bernorio (Villarén, Palencia). Relaciones comerciales en el Cantábrico de la Edad del Hierro, *Archivo Español de Arqueología*.

ULLASTRE-MARTORELL, JUAN (1975) Aportación al conocimiento morfokárstico de la depresión de Matienzo (Santander), *CdE, nº8*:63-90.

URROZ ERRO, EUGENIO (1916), *Protohistoria religiosa del País Vasco*, Revista Vascongada, nº 65, San Sebastián: 353-450.

URRUELA QUESADA, J. J.:

. (1979), Religión romana y religión indígena: el problema del sacerdocio en los pueblos del norte, *Religión romana en Hispania, Simposio organizado por el Instituto de Arqueología "Rodrigo Caro" del C.S.I.C. del 17 al 19 de diciembre de 1979*, Madrid.

. (1980), *Romanidad e indigenismo en el norte peninsular a finales del Alto Imperio. Un punto de vista crítico* (tesis doctoral), ed. de la Universidad Complutense de Madrid.

VALDÉS, LUIS (2005), El santuario protohistórico de Gastiburu (s. IV al I a.C) y el calendario estacional (Arratzu, Bizkaia), *Munibe, 57*, San Sebastián: 333-343.

VALLE GÓMEZ, Mª ÁNGELES:

. Y SERNA GANCEDO, ALIS (2003), El castro de Castilnegro y otros asentamientos de la Edad del Hierro en el entorno de la Bahía de Santander, en *La Arqueología de la Bahía de Santander, C. Fernández Ibañez y J. Ruiz Cobo (dir.):* 353-390.

. *Et alii* (1996) (MORLOTE, JOSE M. Y SERNA, ALIS), Las cuevas con restos de ocupaciones de la Edad del Hierro, en *LAC*: 95-111.

. *Et alii* (1998) (MORLOTE EXPOSITO, JOSE Mª; SERNA GANCEDO, ALIS; MUÑOZ FERNÁNDEZ, EMILIO Y SMITH, PETER), La cueva del Portillo del Arenal (Velo, Piélagos,

Cantabria). El contexto arqueológico de las manifestaciones “Esquemático-abstractas”, en *El final de la Protohistoria: ocho estudios sobre la Protohistoria de Cantabria, Actas de la IIª reunión sobre el arte Esquemático-abstracto, diciembre de 1996, Santander, A.C.D.P.S.*: 33-80.

.Et alii (2005) (HIERRO GÁRATE, JOSE ÁNGEL Y SERNA GANCEDO, ALIS), Broches de cinturón hispanovisigodos y otros materiales tardoantiguos de la Cueva de las Penas (Mortera, Piélagos), en *Sautuola nº11*: 45-247-277.

VAN GENNEP, ARNOLD (1969) (ed. 2008), *Los ritos de paso*, ed. Alianza, Madrid.

VERGÉS, J.M.; ALLUÉ, E.; ANGELUCCI, D.E.; CEBRIÁ, A; Díez, C.; FONTANALS, M.; MANYANÓS, A.; MONTERO, S.; MORAL, S.; VAQUERO, M. Y ZARAGOZA, J. (2002), La sierra de Atapuerca durante el Holoceno: datos preliminares sobre las ocupaciones de la Edad del Bronce en la cueva del Mirador (Ibeas de Gaurros, Burgos), en *Trabajos de Prehistoria, nº59, nº1*:107-126.

VIDAL, MICHEL; VERNHET, ALAIN Y PUJOL, JEAN (2000), Les grottes sanctuaires. À propos des exemples aveyronnais, première approche d'une étude comparative étendue au Sud de la France et à la Péninsule Ibérique, en *Aspects de l'Âge du Fer dans le sud du Massif Central, Actes du Colloque International de l'AFEAF, Conques- Montrozier, 8-11 Mai 1997*: 65-80.

VILLA VALDÉS, ÁNGEL Y CABO PÉREZ, LUIS (2003), Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro de Chao San Martín: argumentos para su datación, en *Trabajos de Prehistoria, nº2*:143-151.

VV.AA (1995a), LAC.

VV.AA (1995b), *Carta Arqueológica de Guipúzcoa. Volumen II: Cuevas, Munibe, Suplemento nº10*.

WARMENBOL, EUGÈNE (2007), Le dépôt d'ossements humains en grotte aux Âges des Métaux en Belgique. Nouvelles questions, en *L'Âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF, Bienne, 5-8 mai, 2005, vol 2* :537-548.

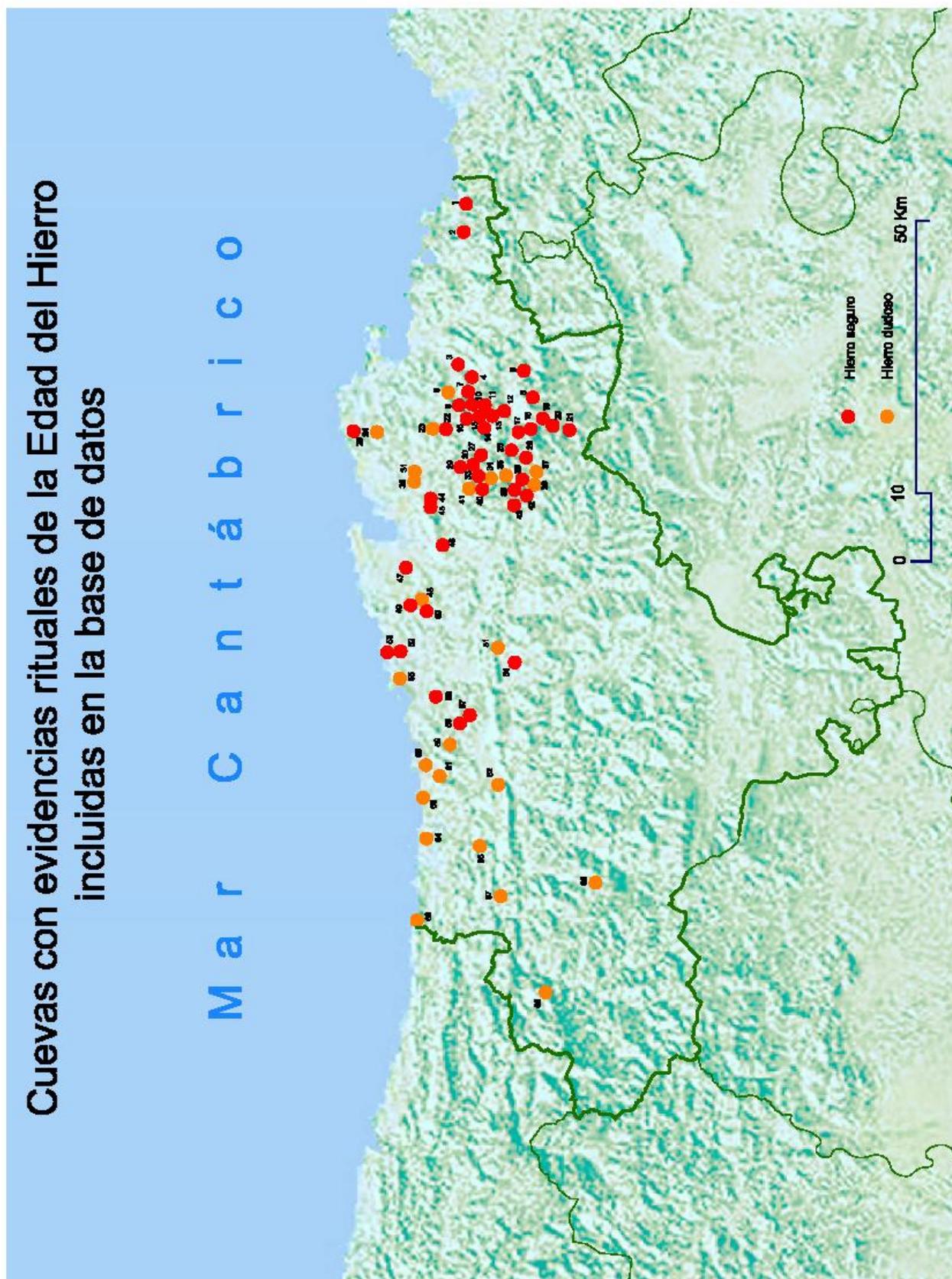
ZUBIETA HILLENIIUS, PEDRO Y NORIEGA SUAREZ, JAVIER (1975), Primeros datos sobre el karst del valle medio del río Miera (Santander), en *Cuadernos de Espeleología, nº8*: 17-34.

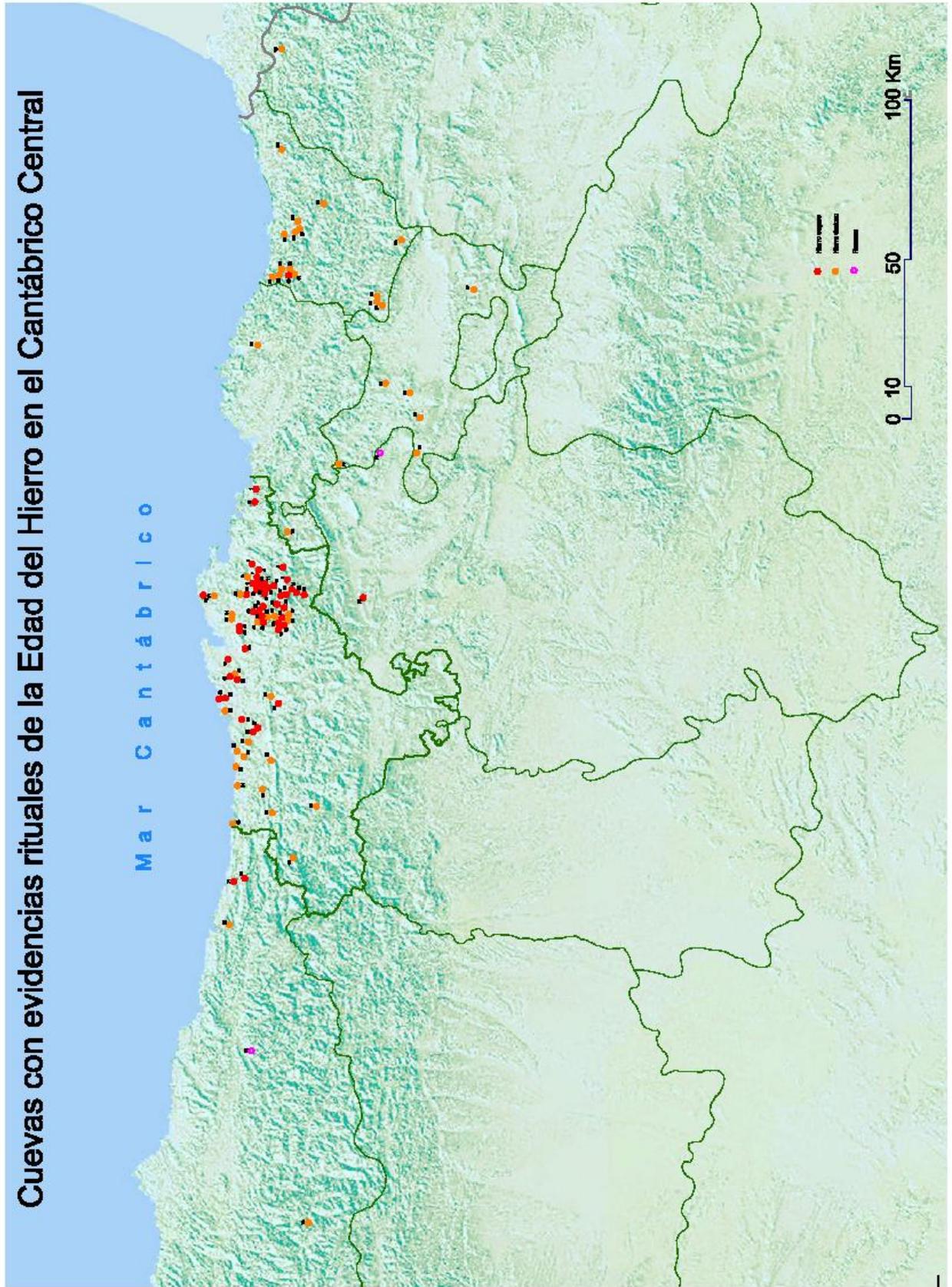
OTRAS FUENTES:

Comunicación personal (abril 2013) de:

- Virgilio Fernández
- Emilio Muñoz
- Alis Serna
- Peter Smith

7. ANEXOS





CANTABRIA

- | | |
|--------------------------|-------------------------|
| 1. Los Corrales | 29. Lamadrid |
| 2. Covarrubias | 30. Salto del Cabrito |
| 3. El Sahúco | 31. Recueva I |
| 4. Cobrante | 32. Recueva II |
| 5. El Aspío | 33. El Covarón |
| 6. Los Castros II | 34. EL Acebo |
| 7. Cantal | 35. La Bona |
| 8. Cofiar | 36. La Puntida |
| 9. Reyes | 37. La Mora |
| 10. Torca de la Lanza | 38. La Hazuca |
| 11. Cuatribú | 39. La Soterraña |
| 12. La Brazada | 40. Cigudal |
| 13. La Cuquisera | 41. El Maciu |
| 14. El agua o del Molino | 42. La Palenciana |
| 15. Cofresnedo | 43. El Puyo |
| 16. La Covarona | 44. La Graciosa I |
| 17. La Llosa | 45. La Graciosa II |
| 18. Coventosa | 46. La Tobalina |
| 19. Peña Sota III | 47. El Mapa |
| 20. Fresca | 48. Portillo del Arenal |
| 21. Los Santos | 49. Calero II |
| 22. Ruchano | 50. Cubrizas |
| 23. Los Moros | 51. Las Monedas |
| 24. La Llusa | 52. Cudón |
| 25. Arín | 53. Carabias |
| 26. Masío | 54. Callejonda |
| 27. Barandas | 55. La Tejera |
| 28. Falso Escalón | 56. La Raposa |
| | 57. Gurugú II |

IDENTIFICACIÓN DE CUEVAS EN EL MAPA 1 Y 2

58. Hoyo de los Herreros

59. El Linar

60. Villejas II

61. Las Cáscaras

62. Cueto Ruvalle

63. Portillo IV

64. El Barcenal II

65. La Frontal

66. Tío Marcelino

67. La Cueva

68. El Cueto

69. Covará

ASTURIAS

70. Fuentenegro

71. La Zurra

72. Pueblo Bajo

73. El Ferrán

74. Fresnedo

BURGOS

75. Ojo Guareña

78. El Puente

PAÍS VASCO

- **Álava**

77. La Iglesia

79. Peña Orao

80. Solacueva de Lakozmonte

81. Los Goros

82. Lazaldai

87. Peña Rasgada

- **Guipúzcoa**

84. Gazteluamo IV

85. Iruaxpe II

86. Iruaxpe III

88. Arbil

89. Kiputz II

90. Parandai I

91. Kupeltegui

92. Txominen

93. Potaiz

94. Antzuzkar

95. Ekain

96. Aitze

97. Agor-Erreka

98. Danbolín

99. Beondegui I

100. Aizbitarte IV

- **Vizcaya**

76. El Bortal

83. Santimamiñe

NAVARRA

101. Zugarramurdi

ANEXO 1 : Características de las cuevas

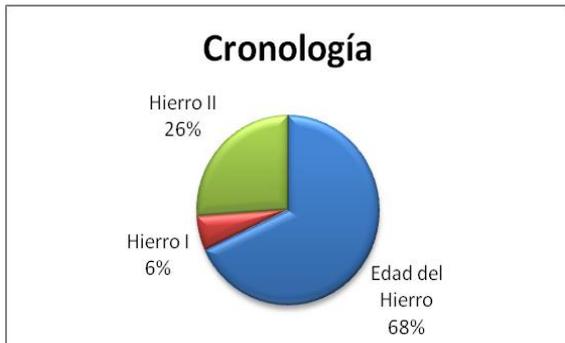


Gráfico 1



Gráfico 2



Gráfico 3

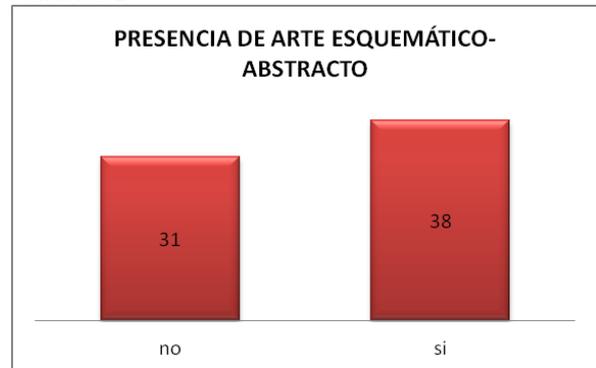


Gráfico 4



Gráfico 5



Gráfico 6



Gráfico 7



Gráfico 8

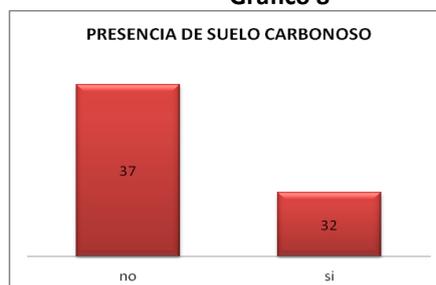


Gráfico 9

ANEXO 2 : cantidad y porcentaje de *tipos* por cada cueva incluida en la base de datos

ACEBO		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	50.00
Óseo	3	50.00

AGUA O DEL MOLINO		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	50.00
Metal	1	50.00

ÁGUILA O PEÑA SOTA III		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	2	22.22
Metal	2	22.22
Óseo	5	55.56

ARÍN		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	100.00

ASPIO		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	26	43.33
Madera	23	38.33
Malacofauna	1	1.67
Metal	3	5.00
Óseo	7	11.67

BARANDAS		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	5	41.67
Metal	6	50.00
Óseo	1	8.33

BARCENAL II		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	75.00
Óseo	1	25.00

CALERO II		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	21.43
Estructuras	4	28.57
Malacofauna	2	14.29
Metal	1	7.14
Óseo	4	28.57

CALLEJONDA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	4	33.33
Metal	6	50.00
Óseo	2	16.67

CANTAL		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	50.00
Óseo	1	50.00

CARABIAS		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	2	66.67
Óseo	1	33.33

COBRANTE		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	4	50.00
Metal	1	12.50
Óseo	3	37.50

COFIAR O LOS TRILLOS		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	14	58.33
Estructuras	3	12.50
Lítico	1	4.17
Madera	1	4.17
Óseo	5	20.83

COFRESNEDO		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	28	51.85
Metal	19	35.19
Vídreo/Past	1	1.85
Óseo	6	11.11

CUETO O LANZAL		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	75.00
Óseo	1	25.00

COVARRUBIAS		
Tipo	Frequency	Percent
Metal	2	100.00

CUEVA MORA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	20.00
Lítico	1	20.00
Metal	1	20.00
Óseo	2	40.00

COVENTOSA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	19	34.55
Estructuras	4	7.27
Lítico	2	3.64
Metal	23	41.82
Óseo	7	12.73

DELANTE DE LA CUEVA O DEL MASÍO		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	7	70.00
Lítico	1	10.00
Óseo	2	20.00

CUATRIBU		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	33.33
Metal	1	33.33
Óseo	1	33.33

EL COVARÓN		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	6	54.55
Lítico	1	9.09
Metal	3	27.27
Óseo	1	9.09

CUDÓN		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	16	72.73
Estructuras	2	9.09
Lítico	1	4.55
Óseo	3	13.64

EL PORTILLO IV		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	33.33
Lítico	1	33.33
Malacofauna	1	33.33

CUETO RUVALLE		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	50.00
Metal	1	50.00

FALSO ESCALÓN		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	2	28.57
Lítico	1	14.29
Óseo	4	57.14

FRESCA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	37.50
Metal	1	12.50
Óseo	4	50.00

GRANDE O DE LOS CORRALES		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	100.00

GURUGÚ II		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	37.50
Lítico	1	12.50
Malacofauna	1	12.50
Metal	1	12.50
Óseo	2	25.00

HOYO DE LOS HERREROS		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	4	22.22
Estructuras	3	16.67
Lítico	1	5.56
Madera	6	33.33
Metal	3	16.67
Óseo	1	5.56

LA BRAZADA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	100.00

LA COVARONA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	33.33
Metal	1	33.33
Óseo	1	33.33

LA CUEVONA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	100.00

LA CUQUISERA O LA CODISERA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	2	33.33
Metal	3	50.00
Óseo	1	16.67

LA FRONTAL		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	33.33
Metal	1	33.33
Óseo	1	33.33

LA GRACIOSA I		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	5	29.41
Óseo	12	70.59

LA GRACIOSA II		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	16.67
Lítico	3	16.67
Malacofauna	1	5.56
Metal	1	5.56
Óseo	10	55.56

LA HAZUCA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	2	100.00

LA LLOSA O LA ARENA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	5	50.00
Metal	1	10.00
Óseo	4	40.00

LA LLUSA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	2	22.22
Óseo	7	77.78

LA PALENCIANA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	8	42.11
Lítico	4	21.05
Óseo	7	36.84

LA PUNTIDA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	5	71.43
Metal	1	14.29
Óseo	1	14.29

LA RAPOSA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	2	100.00

LA TEJERA O LAS BRUJAS		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	33.33
Lítico	2	22.22
Óseo	4	44.44

LA TOBALINA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	2	100.00

LOS CASTROS O LA GARMA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	2	66.67
Metal	1	33.33

LAMADRID		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	31	63.27
Lítico	3	6.12
Malacofauna	6	12.24
Óseo	9	18.37

LAS CABRAS O LA BONA		
Tipo	Frequency	Percent
Metal	1	100.00

LAS CUBRIZAS		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	30	50.00
Lítico	9	15.00
Malacofauna	3	5.00
Óseo	18	30.00

LAS CÁSCARAS		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	50.00
Óseo	1	50.00

LAS MONEDAS		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	5	62.50
Metal	1	12.50
Óseo	2	25.00

LINAR		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	14.29
Malacofauna	2	28.57
Óseo	4	57.14

LOS MOROS		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	33.33
Óseo	2	66.67

LOS SANTOS		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	25.00
Lítico	1	25.00
Metal	1	25.00
Óseo	1	25.00

MACIU		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	50.00
Lítico	3	50.00

PORTILLO DEL ARENAL		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	2	33.33
Metal	1	16.67
Óseo	3	50.00

PUYO		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	59	53.64
Estructuras	24	21.82
Lítico	16	14.55
Malacofauna	1	0.91
Metal	1	0.91
Óseo	9	8.18

TÍO MARCELINO		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	60.00
Estructuras	1	20.00
Madera	1	20.00

RIOCUEVA O RECUEVA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	6	60.00
Lítico	1	10.00
Óseo	3	30.00

RIOCUEVA II		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	4	50.00
Óseo	4	50.00

RUCHANO O RUCHANA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	3	60.00
Metal	1	20.00
Óseo	1	20.00

SALTO DEL CABRITO		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	2	50.00
Óseo	2	50.00

SAÚCO O DEL CHILE		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	100.00

SOTARRAÑA O DE LAS REGADAS		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	9	75.00
Óseo	3	25.00

TORCA DE LA LANZA		
Tipo	Frequency	Percent
Metal	1	100.00

VILLEJAS II		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	1	100.00

DE COVARÁ		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	11	55.00
Lítico	4	20.00
Metal	1	5.00
Óseo	4	20.00

DE REYES		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	8	29.63
Metal	19	70.37

DEL MAPA O ANGELITA		
Tipo	Frequency	Percent
Cerámica	8	34.78
Lítico	1	4.35
Malacofauna	2	8.70
Óseo	12	52.17

ANEXO 3: cuevas de Ojo Guareña (Burgos) y del Puente (Burgos)

1. OJO GUAREÑA

Ojo Guareña es uno de los complejos kársticos con mayor desarrollo de la Península Ibérica y Europa. En él, aparecen representados yacimientos arqueológicos que van desde época paleolítica hasta la tardoantigüedad, y que llegan hasta la actualidad si se tienen en cuenta las ermitas de San Tirso y San Bernabé, ambas semirupestres. En unas estrechas galerías a 500 metros de la entrada de Rampa de la Palomera aparecieron los restos de un hombre de unos 20 años del siglo VI a.C. acompañados de una fíbula de bronce típica de la meseta y de los restos de un cinturón con un bronche tartésico. El carácter exógeno de estos objetos ha llevado a interpretar que se tratarían de objetos de prestigio que portaría un personaje de la élite local. Cerca de su cuerpo se encontraron marcas en el suelo de pies, manos y rodillas, así como improntas de su ropa y una pequeña presa realizada con barro y estalagmitas para captar agua que habría sido realizada por el joven como intento de supervivencia⁴⁰⁴.

2. CUEVA DEL PUENTE

La Cueva del Puente (Orduña, Burgos) es una cavidad de 1km de longitud que amplía su desarrollo hasta los 2263 metros al unirse con dos cuevas más. Las evidencias arqueológicas (restos de antorchas, tizonazos, remociones de arcilla e inscripciones rupestres romanas) se localizan por toda la cavidad. A pesar de que las evidencias más esclarecedoras son los epígrafes de época romana, puede que estemos ante la prueba de la pervivencia de creencias indígenas en esta fecha, motivo por el cual se expone este caso. En la cueva aparecen cinco inscripciones rupestres latinas: cuatro a 350 metros de la entrada y una a 650 metros. En el primer caso, están cercanas a una zona de remoción de arcillas, por lo que podrían estar en relación con ella. La pared izquierda alberga tres inscripciones escritas por diversas manos. La primera es bastante clara, en la que puede transcribirse "PLACIDVS VENIT V". La V se interpreta bien como la inicial de "votum" o como indicación de que *Placidus* entró en la cueva por quinta vez. Las otras son de compleja lectura, para las que se sugiere la siguiente transcripción: QVI ANTE HIC FVIT SVPRA/ SCRIPSIT TIMVIT VLTRA IRE/ DEXTRVM PARIETEM HIC/ ET CYM (---), cuya lectura sería "el que estuvo antes aquí y más arriba escribió esto, temió ir más allá, en la pared derecha escribió esto y con ...". La tercera inscripción presenta una lectura compleja debido a sus lagunas: VOTUM X DEXDL (...) AL (...) LVRIS LEGI (---)/ ET SAES (...) DILECTISSIMVS QVIST (---)/ (...) QVE. Abasolo opina que en los dos últimos textos alguien se burla de otra persona a la vez que los autores de los epígrafes sugieren que serán capaces de adentrarse más en la cueva. La palabra *votum* en la última inscripción puede que no se refiera a un voto sagrado, si no a la promesa de entrar en la cueva. La pared de la derecha alberga una larga inscripción que indica "VLTRA ACCEDE MILLIA PASSVS/ QVATTVOR DVM SEVERV/ EX (...) HIC FVIT NICOLAVVS CVM HOMINIBVS N.X/ SEVERO ET QVINTIANO COS. VI KAL. NOV.", que se traduce como "Después de andar 4000 pasos (6 km), aquí estuvo Nicolavo con diez hombres. A finales de octubre del año consular 235". La quinta y última inscripción se localiza a 650 metros de la entrada, en un punto en el que un pozo de doce metros da

⁴⁰⁴ Ruiz Vélez, 2009.

paso a una galería inferior. Se transcribe como “HIC VIRI FORTES(ISSIMI) VENERVNT/ DVCE NICOLAVO SEVERO/ ET QUINTINIANO COS. VI. KAL. NOV. / HOMINES N. VIII”, traducido como “aquí llegaron los hombres más fuertes conducidos por Nicolavo. Comienzos de noviembre del 235. Nueve hombres”. Las inscripciones sugieren que un grupo de diez hombres entró en la cueva dirigido por el *dux* Nicolavo, llegando sólo nueve al punto más profundo⁴⁰⁵. Hay diversas interpretaciones de este hecho. J. A. Abasolo considera el hecho como una emulación “deportiva” aunque con tintes rituales al modo de las ceremonias que se daban en los *antra* romanos, al interpretar como *votum* a la divinidad las dos referencias epigráficas⁴⁰⁶. A. I. Ortega propone que Nicolavo fue un decurión que dirigió una pequeña unidad militar perteneciente al destacamento romano de Aloria (a 7km) para realizar una expedición minera, de ahí las remociones de arcilla⁴⁰⁷. M. Almagro y J. Álvarez Sanchís consideran que los epígrafes evidencian la perduración de costumbres indígenas de raigambre céltica en una fecha tan avanzada como el siglo III⁴⁰⁸, a lo que el primer autor añade que podría tratarse de una ceremonia de raigambre céltica acontecida en *Samain* como puede sugerir la fecha inscrita⁴⁰⁹. Debido a esta última interpretación añadimos este caso de época romana en el *corpus* de cuevas a estudiar.

⁴⁰⁵ Ortega, 1999:258-263; Alfayé, 2009:56-58.

⁴⁰⁶ Abásolo, 1998:31.

⁴⁰⁷ Alfayé, 2009:58.

⁴⁰⁸ Almagro y Álvarez, 1993:217.

⁴⁰⁹ Comunicación de M. Almagro a Abásolo, (Abásolo, 1998).

ANEXO 4: Descripción de la tipología cerámica que aparece más a menudo en las cuevas estudiadas

- CERÁMICA DE PERFIL EN “S”

Son vasijas con la panza muy prominente, el cuello muy vuelto y los labios de distintas sección, es, abundando las planas y convexas, con bases planas y no indicadas. Generalmente son de pequeño tamaño, pero algunas son grandes y se asemejan las ollas de cocina comunes celtibéricas, como en el caso de las halladas en el Aspío, Callejonda y el Covarón. Suelen ser lisas y estar mal decantadas, no siendo característico que posean asa (excepto las de Riocueva, Lamadrid, Cueva y Castros II). En ocasiones están decoradas con peinado/cepillado (Cudón, Lamadrid, Barandas, Sotarraña, Águila, Puyo y Aspío), estriado grueso (Linar), incisiones finas y oblicuas en el cuello (Aspío), digitaciones en el cuello (Cudón y Barcenal II) y tres equidistantes en la parte superior de la panza (Aspío y Cofresnedo) o incisiones bruñidas formando meandros enmarcados por líneas horizontales (Cudón, Riocueva, Cantal)⁴¹⁰.

- LA BRAZADA

Se trata de vasijas de gran tamaño, de perfil periforme con el borde muy vuelto y el labio ligeramente plano, con base frecuentemente indicada. Las pastas son normalmente oscuras, a menudo con el alma “a sandwich”, que poseen gruesos desgrasantes. Suelen ser vasijas lisas, aunque algunas tienen engobe y otras poseen decoraciones como cepillados (Covarón, Cofresnedo, Barandas, Acebo, Palenciana, Coventosa) o digitaciones en la base del cuello (Palenciana, Coventosa). Su aparición es común en yacimientos al aire libre de La Primera Edad del Hierro (como en las zonas vecinas de la cuenca del Duero y del Ebro) y de la Segunda (como en el Castro de Triquinela de Argüeso, Cantabria), incluyendo las necrópolis de distintas zonas como la de Las Ruedas (Valladolid), La Atalaya de Cortes (Navarra), El Raso de Candeleda (Ávila), posiblemente Celada Marlantes (Cantabria) o en algunas de la región de Arcachón (Aquitania., Francia)⁴¹¹.

- ORZAS

Son de tamaño grande, por lo que se le atribuye una función de almacenaje. Tienen el perfil ovoide, con la base plana, en ocasiones ligeramente indicada, con el cuello recto o ligeramente vuelto. Algunas poseen una sección triangular y no están decoradas (Callejonda, Las Cubrizas, Lamadrid, Cofresnedo), o lo están con impresiones de uñadas simples (Hoyo de los Herreros, Las Cubrizas, Lamadrid, Aspío), digitaciones y uñadas (Callejonda, Cubrizas, Aspío), o poseen una sección rectangular resaltada y están decoradas (Hoyo de los Herreros, Lamadrid, Cofresnedo), con algunas que poseen perforaciones realizadas tras la cocción (Cofresnedo)⁴¹².

⁴¹⁰ Morlote *et alii*, 1996:204-205,219; Ruiz, 1996 ; Ruiz y Smith, 2003 :176.

⁴¹¹ Morlote *et alii*, 1996: 205-206 ; Ruiz, 1996 :127-130.

⁴¹² Morlote *et alii*, 1996:206-207.

- VASIJAS CELTIBÉRICAS

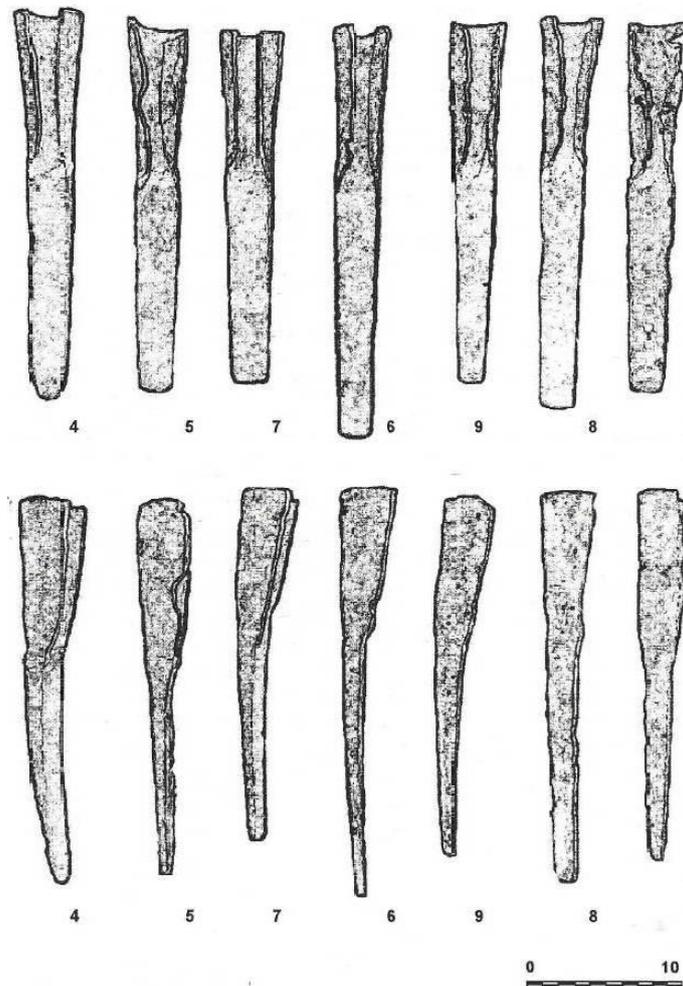
Son cerámicas elaboradas a torno rápido, de cocción oxidante, en ocasiones pintadas y de buena calidad, similares a las localizadas en los yacimientos al aire libre como en Monte Bernorio (Pomar de Valdivia, Palencia), Celada Marlantes o Iulióbriga (Cantabria) entre las que se distinguen las celtibéricas y las tardoceltibéricas, estas últimas mejor representadas⁴¹³.

⁴¹³ Bohigas *et alii*, 1984 : 140-142 ; Morlote *et alii*, 1996:209-210; Peralta, 2000:70.

ANEXO 5: Descripción de los depósitos de herramientas de trabajo hallados en las cuevas de Coventosa, Reyes y el Aspío (Cantabria)

1. DEPÓSITO DE LA COVENTOSA

En la entrada de la cueva de la Coventosa, se dio noticia en 1930 del descubrimiento bajo una piedra situada contra la pared, de “una veintena de piezas, 3 de gran tamaño y bien construidas” de las que se señala que 17 de ellas, denominadas como “lanzas de hierro”, se depositaron en el Museo Regional de Prehistoria, aunque sólo se conservan 10 y una “punta de lanza”⁴¹⁴, que fueron las analizadas por J. González Echegaray posteriormente. Este último autor se encargó del estudio de las 10 piezas que resultaron ser rejas de arado, dos de ellas de forma lanceolada con aletas, de ahí que pudieran confundirse con lanzas. Se determinó que de los tres grupos diferenciados, había similitudes de rejas actuales en el norte de España, especialmente en Galicia, así como de rejas romanas en yacimientos del sur de la península, y procedentes de ciudades ibéricas como La Bastida, Los Villares y Covalta⁴¹⁵.



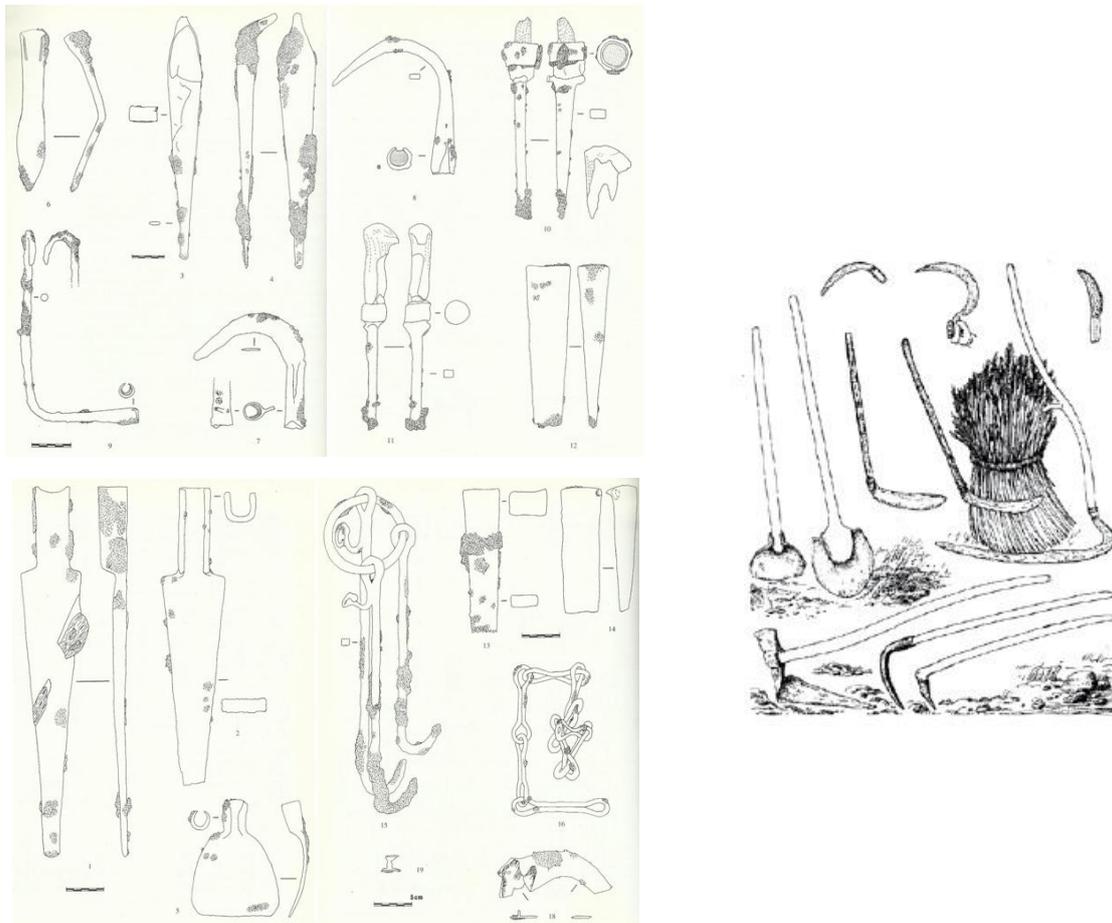
Rejas de arado de la cueva de la Coventosa (Barril, 2001)

⁴¹⁴ Bohigas *et alii*, 1984:143; León, 1993:22.

⁴¹⁵ González Echegaray, 1971:139-140; Barril, 2001.

2. DEPÓSITO DE LA CUEVA DE REYES

La cueva de Reyes ha proporcionado dos depósitos, uno a cada lado de la pared de la boca y sin relación aparente entre ambos. El primero se compone de fragmentos cerámicos correspondientes a un mínimo de ocho vasos, la mayoría orzas, que pueden corresponder a una cronología del Bronce Final- Hierro I. El segundo se compuso de toda una serie de herramientas de trabajo fabricadas en hierro que se localizaron unas encima de otras, ocultas en un área muy reducida. Entre los útiles hallados se localizan cuatro rejas de arado, una azada, un plantador, una podadera, dos ganchos, dos escoplos, tres cuñas, un llar, una cadena y tres objetos no identificados debido a su fragmentación y corrosión. A pesar de que se le atribuyera un origen romano sin haberse realizado un estudio pormenorizado, los paralelos tipológicos (de entre los que destaca el de los escoplos) parecen apuntar a una cronología prerromana correspondiente con los últimos siglos antes de Cristo. Con respecto a la función de las herramientas, puede decirse que estaría dentro de la polivalencia necesaria para la vida campesina (agricultura, la ganadería, carpintería, construcción) sin olvidar un objeto de uso doméstico como es el llar. Por este motivo se ha propuesto que se tratase de un depósito de un campesino, o bien de un herrero o comerciante⁴¹⁶.

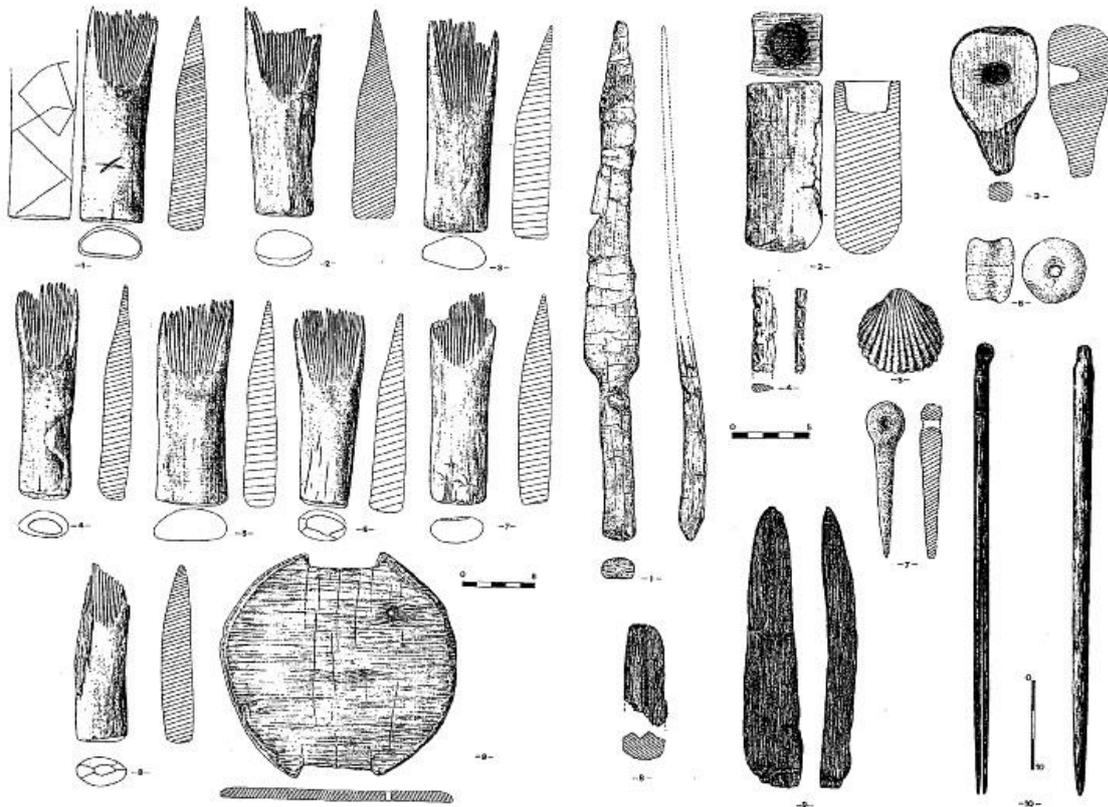


Depósito de la cueva de Reyes (izquierda) y reconstrucción del mismo (derecha) (Smith, 1996a)

⁴¹⁶ Smith, 1996a; Peralta, 2000:72-73; Smith y Muñoz, 2010:87.

3. DEPÓSITO DEL ASPIO

A 120 metros de la entrada de la cueva y situados junto a la pared y entre bloques se halló un depósito formado por 8 peines de madera (que podrían ser 10 debido a la presencia de fragmentos), una pieza en forma de lanza, otra en forma de disco, una fusayola de terracota y restos de al menos dos vasijas. A escasa distancia de este depósito, se localizó otro formado por otra serie de piezas de madera y metal que parecen haber formado parte de un telar, junto a los cuales también se hallaron fragmentos cerámicos. Todo este lote se localizó entre carbones, además de que sus materiales presentaban marcas de haber sido expuestos a la acción del fuego. Los peines han sido comparados con otros hallados en el asentamiento de Meare (Gran Bretaña) y en representaciones gráficas como los del relieve de la tejedora de Lara de los Infantes (Burgos), pero se llega a la conclusión de que se trata de objetos para una funcionalidad diferente, seguramente destinados a la “ripa”, “gramado” o “rastrillado” previo al hilado, como parecen demostrar las semillas halladas entre sus púas⁴¹⁷, posiblemente de lino⁴¹⁸. Ya se ha comentado en el capítulo 5.2.2., que lo más seguro es que se trate de un depósito realizado colectivamente por un grupo de mujeres cuya demanda podría estar relacionada con la ofrenda realizada.



Dibujos de los objetos del depósito del Aspio (Serna et alii, 1994)

⁴¹⁷ Muñoz, 1990:253; Serna *et alii*, 1994:376, 390; Morlote *et alii*, 1996:273-274; Peralta, 2000 :72-73.

⁴¹⁸ Serna, comunicación personal.